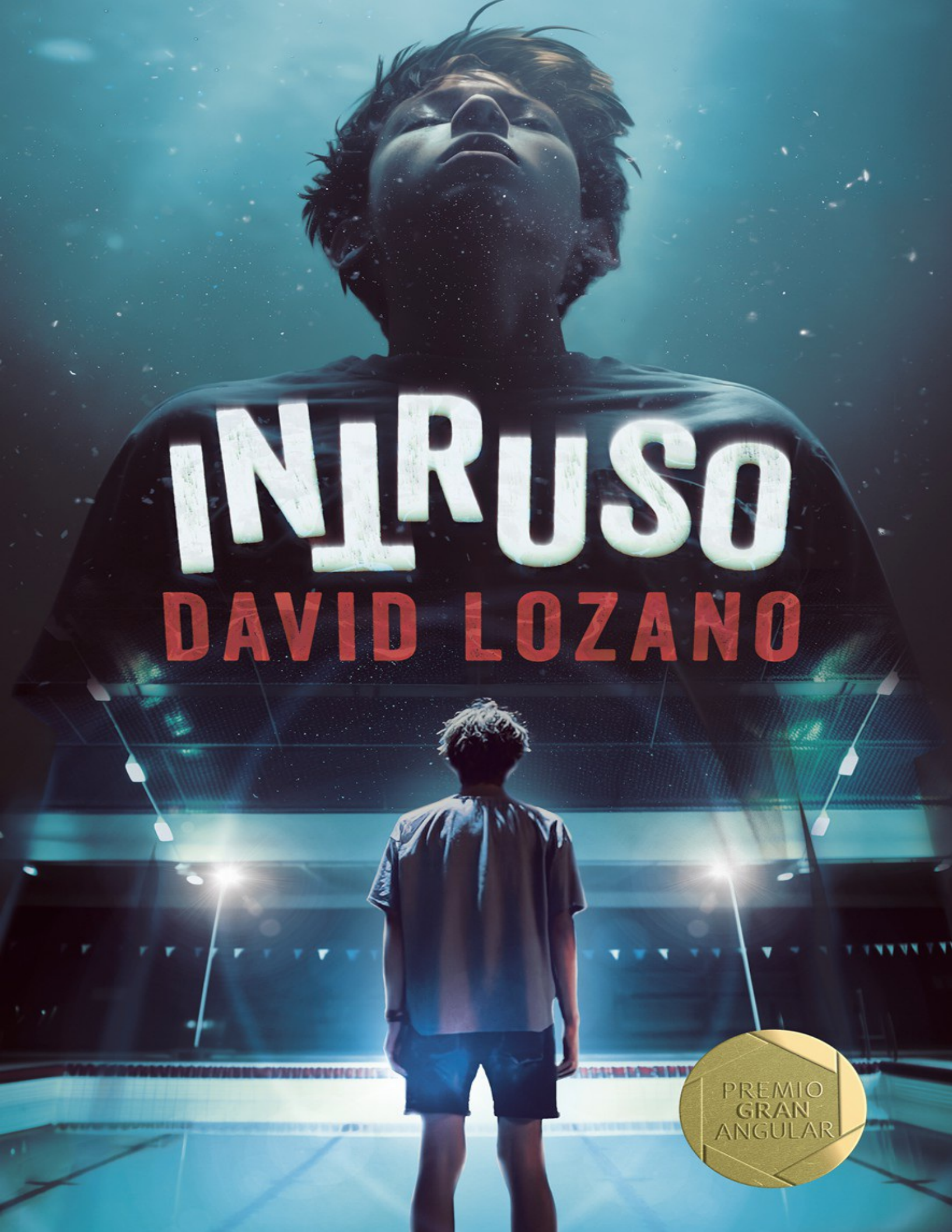
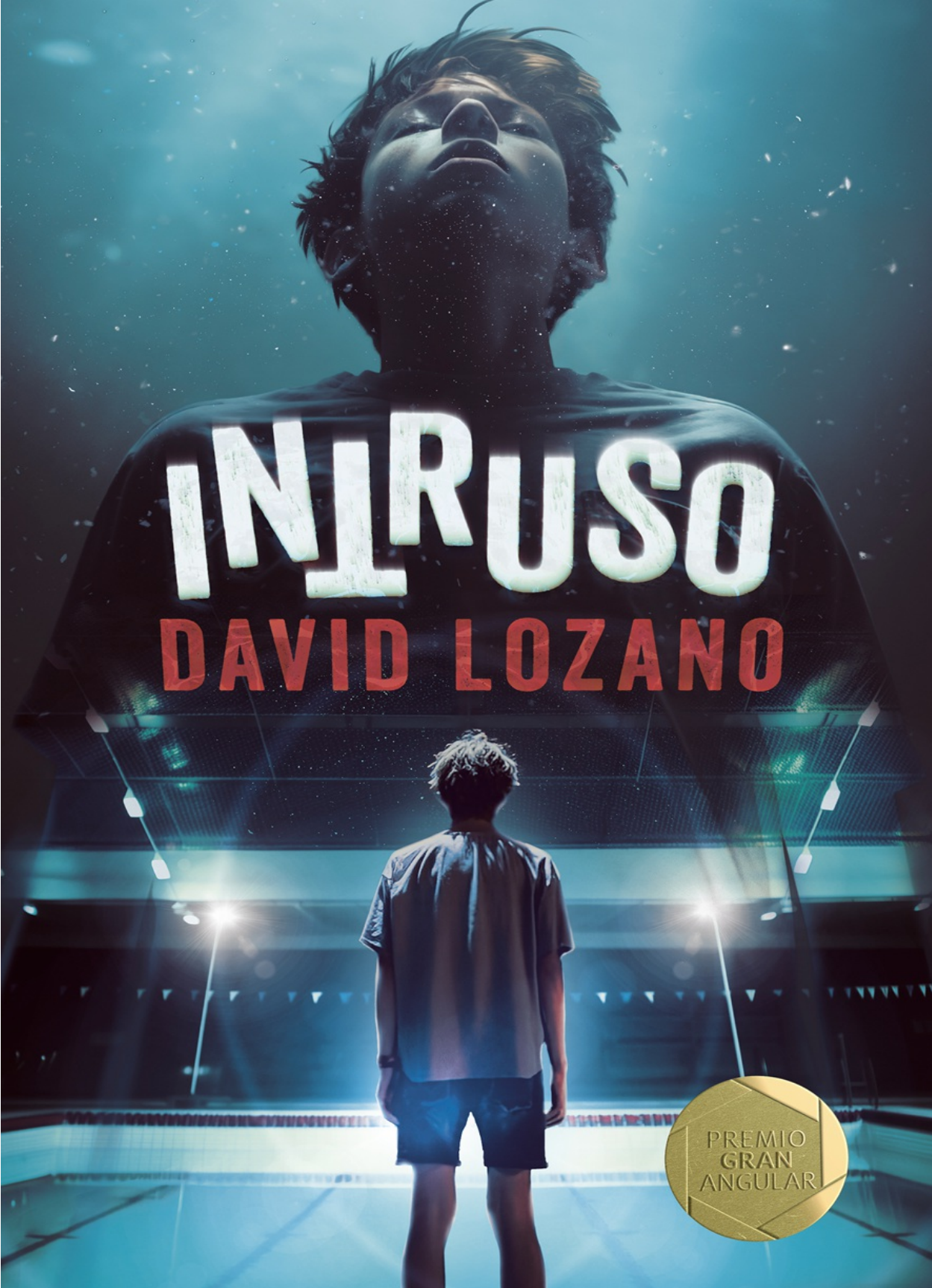




INTRUSO

DAVID LOZANO

PREMIO
GRAN
ANGULAR



INTRUSO

DAVID LOZANO





Intruso

DAVID LOZANO



*A quienes están dispuestos a jugar la partida
a pesar de sus malas cartas.*

«Las personas son como la Luna: siempre tienen un lado oscuro que no enseñan a nadie».

MARK TWAIN

Día 1

Ya estabas muerto, aunque no lo sabías.

Apuraste tus últimas horas mientras te hacías un selfi en ese ascensor. De haber sospechado que iban a asesinarte, habrías cambiado tus planes de aquella tarde.

Poco importa ya.

Y yo me fijo en tus ojos, aún vivos en esta imagen que de pronto solo es un recuerdo, como si a través de la foto pudiera seguir el rumbo de tus pensamientos.

Pero eso tampoco queda a mi alcance.

¿Qué se siente cuando se tiene la muerte tan cerca? ¿Qué sentías tú?

Intento adivinarlo a partir de tu mirada. Pensé que tu gesto ofrecería un tono de ausencia, el de quien, sin darse cuenta, intuye ya su despedida. Así te imaginaba yo antes de encontrarte en Instagram, cuando leí la noticia, porque nunca he estado cerca de alguien joven que fuera a morir en poco tiempo.

Vuelvo a fijarme en la foto que publicaste quince horas antes. La amplío en la pantalla del ordenador. Lo mío es intriga, nostalgia no sé de qué, morbo...

Me tienta interpretar tu expresión como la de alguien que ha empezado a dejar de interesarse por el mundo. Lo cual quizá sea un modo de despedirse.

Sin embargo, tu mirada no habla de eso. Ese brillo, esa luz. La sonrisa. Destruyes con tu vitalidad mi ideal de víctima, no encuentro en ti ni el aire vulnerable ni la rendición que uno imagina en alguien que ha de someterse a un destino trágico. No hay en ti fragilidad. A tu modo, eras un provocador.

Y eso me desconcierta. No esperaba que en un cuerpo tan delicado como el tuyo –el aire aristocrático que irradia tu figura, la piel suave y pálida, tus grandes ojos negros bajo el mechón de pelo– cupiera semejante rebeldía.

¿Quién eras, Joel?

Sigo revisando tu perfil de Instagram. Hasta hace unos minutos, solo representabas el papel de un desconocido que acaba de morir en mi propia ciudad a los diecisiete años, alguien que ya es historia. Pero las circunstancias de tu muerte prematura te vuelven interesante para mí.

Quiero saber más.

* * *

Me va lo fúnebre. Las fotos de gente que ya no está, las últimas imágenes que compartieron, tienen para mí un magnetismo irresistible. Me cautiva la muerte por su misterio como atrae un punto sin retorno, un abismo, esa puerta cerrada que no puedes abrir sin condenarte a lo que se oculta tras ella.

Me adentro en vidas que acabaron demasiado pronto. Soy un intruso, un profanador. Lo llevo haciendo desde los trece; a la menor noticia de una tragedia, busco esas muertes en Google, en las redes, me informo sobre sus protagonistas en la penumbra de mi habitación, reconstruyo las trayectorias a partir de lo que publicaron. Guardo las imágenes y esas palabras que han quedado huérfanas bajo la quietud galáctica de la red en una carpeta,

dentro de mi portátil de segunda mano que ahora, aquí, me dejan tener –privilegios de ser un veterano con buena conducta– porque no hay acceso libre a la wifi. Esta carpeta es mi particular fosa común, a la que regreso de vez en cuando para recuperar la memoria de personas a las que, en realidad, nunca conocí.

Suena turbio, lo sé.

Me considero un *voyeur* de perfiles condenados al silencio. Me asomo a sus muros, donde la gente abandona comentarios que son un homenaje a quien se fue. Como esos ramos de flores que salpican los arcones de las carreteras.

Sí, me interesa la muerte. Sobre todo, cuando es abrupta, inesperada, injusta.

Y acabo de encontrarme con la tuya, Joel.

Estudio de nuevo tu última foto de Instagram. Tu rostro limpio, esos labios tan bonitos que dibujan una sonrisa ingenua. Sigo buscando en tus ojos una sombra, algún indicio de la desgracia que en ese instante ya se gestaba. Qué absurdo; tú no sospechabas tu destino cuando te hiciste el selfi en ese ascensor. Domingo, siete y media. Me pregunto adónde te dirigías tan confiado, tan satisfecho, o si se trata tan solo de una pose. En la imagen, el cristal refleja tu perfil alto y esbelto. ¿Quién te esperaba en esa última cita?

La incógnita se aloja en mi mente, alimenta mi curiosidad de cronista *post mortem*: quién te vio aquella tarde, qué persona disfrutó de tu compañía antes de que amaneciera el día de tu muerte.

Ambos ignorabais que ese encuentro no volvería a repetirse. ¿Quedó algo por decir?

Día 2

La casualidad me ha llevado hasta tu insta, Joel. Estaba viendo vídeos en TikTok y, de pronto, he llegado a uno en el que dos amigas tuyas te dedican un bonito mensaje de despedida con el sonido de fondo de una canción de Taylor Swift: *Shake It Off*. Por lo visto, te gustaba mucho. Yo ya había leído la noticia de tu muerte y enseguida me he dado cuenta de que se referían a ti. Solo podías ser tú. Así he descubierto tu perfil, que nunca habría encontrado porque no utilizas tu nombre real: @Endimion_17.

Se ve que eras un tío discreto, aunque, por algún motivo, dejaste la cuenta abierta. Quizá necesitabas cierto anonimato para mostrarte, pero no quisiste renunciar a que quien te buscara pudiera dar contigo. Gracias a eso he visto tu última foto, bajo la que se van multiplicando los comentarios de quienes te conocieron y estaban al tanto de este perfil. Todos tienen algo que contarte, algo que hubieran debido decirte antes.

Una muerte imprevista provoca muchas conversaciones definitivamente inacabadas.

Tienes cuatrocientos setenta seguidores y sigues a ciento veinte personas. Eso demuestra que, además de exigente, eras activo en redes. Interactuabas con quien te interesaba mientras dejabas al resto de tu mundo –apuesto a que la familia y la mayoría de tus compañeros de clase– al margen de esta otra realidad. Entre las doscientas treinta y cuatro publicaciones que tuviste tiempo de compartir se acumulan muchas fotografías –algunas de rincones de la ciudad sorprendentemente buenas, parecen de profesional– y unos cuantos vídeos. Sí, te estoy *stalkeando*. Sigo con mi tarea de reconstruir esta vida que solo a ti te ha pertenecido.

Por la frecuencia de sus comentarios y su presencia acompañándote en buena parte de las imágenes que publicaste, no he tardado en identificar a una de tus mejores amigas: @Begogreen. Una graciosa pelirroja con aire *hippy*, alta y de caderas anchas. Dirige a la cámara un rostro sin maquillaje de facciones suaves, bajo un cabello muy largo que le cae hasta media espalda. Transmite un optimismo desbordante, parece de esas personas que se mueven por la vida con la certeza de que todo va a terminar bien. Le imagino una voz dulce y serena. En sus dedos brillan varios anillos de plata y lleva al cuello un colgante de jade con forma de media luna. Intuyo que su ropa, aparentemente sencilla, es muy cara.

Otra de tus amigas es @LauraaaWWW. Intento meterme en su perfil, pero tiene cuenta privada. Pequeña y de piel muy blanca, en tus fotos esta chica parece más introvertida que vosotros y juega con una estética oscura: uñas pintadas de negro, labios de tonalidad violeta y prendas poco coloridas. Su sonrisa es menos expansiva que las vuestras, pero toda ella transmite una extraña audacia. Algo en su expresión resulta desafiante y cordial al mismo tiempo, como una invitación que incluyera una advertencia. Apuesto a que es la inquieta del grupo, la que os arrastraba a las aventuras más locas.

Vaya trío peculiar. Me gusta.

Tal vez os uniese el talante soñador que se adivina en tus ojos, Joel.

En muchas imágenes estáis los tres juntos: tirados sobre la hierba en un parque, haciendo el tonto en unos columpios, exagerando gestos de miedo en un *escape room*... Se nota la complicidad entre vosotros.

Qué dolor que esa amistad se haya roto por tu muerte, Joel. ¿Cómo cicatriza una herida así?

Consulto la hora. Mi permiso para estar solo en la sala de informática (he puesto la excusa de un curso *online* en el que me he matriculado) se va a terminar en diez minutos, y tendré que irme.

Miro a mi alrededor. No se ve a ningún educador cerca, no hay nadie.

Debo aprovechar este último rato. Me voy ahora hacia publicaciones menos recientes de tu Instagram, en las que los tres continuáis siendo protagonistas. A veces, junto a otra gente. En algunas fotos, en cambio, solo apareces tú. Aquí estás de perfil, sentado sobre una roca frente al mar, al atardecer, contemplando el horizonte en plan místico. Siempre con zapatillas, vaqueros y camiseta.

Me quedo observando un selfi que te hiciste junto a un chico rubio con los ojos más azules que he visto nunca. Los dos os pasáis el brazo por los hombros, atentos a la cámara. Incluso esa simple muestra de camaradería se me antoja íntima, especial. Contigo, Joel, siempre parece que hay algo más de lo que atrapa la foto, como si fuera absurdo pretender abarcar momentos de tu existencia de un vistazo, como si la realidad captada consistiera tan solo en un atisbo de lo que ofreces.

No localizo entre los comentarios a esa foto ningún perfil que encaje con el rubio desconocido ni tú lo has etiquetado. A tus amigas les parece que está muy bueno, a juzgar por las palabras que te escribieron sobre él.

Vuelvo a girarme hacia la puerta de la sala.

Me quedan cinco minutos.

Sigo bajando en tu perfil hasta las publicaciones más antiguas. Ahora me entretengo con una foto que os muestra a ti y a tus dos amigas con un vestuario increíble de personajes de manga en un salón del cómic. Tú posas con una peluca blanca y un uniforme oscuro. Llevas un pendiente dorado y te has pintado una marca roja en el ojo izquierdo. Parece maquillaje profesional.

Vaya, Joel. Erais unos artistas del *cosplay*. Os lo currabais hasta el mínimo detalle.

El manga es un mundo que desconozco, y no puedo identificar tu personaje. Me limito a admirar el inesperado efecto que produce tu físico con ese atuendo. Te queda fenomenal, impresiona. Un comentario de Begogreen desvela la incógnita: vas vestido de Allen Walker, un exorcista, protagonista de manga y anime.

Quién iba a sospechar tu lado otaku.

Me queda un último minuto, que decido dedicar a ver uno de los vídeos que publicaste hace unos meses. Y ahí estáis de nuevo los tres, en un jardín. Os miráis entre risas, comienza la música y, de repente, os ponéis a bailar siguiendo una coreografía muy estudiada que ya he visto en otros vídeos de TikTok. Te mueves bien, Joel. Muy bien.

Me pregunto quién conocía en el colegio estas facetas tuyas.

Día 3

El furgón que trae a tu asesino acaba de llegar al centro. En su interior todavía permanecerá ese chico aguardando con las manos esposadas y sin acabar de creerse lo que está viviendo.

Les sucede a todos la primera vez que son enviados aquí.

Sin embargo, pronto descubrirá que su situación es tan real como tu muerte.

Comprobará que esto va en serio.

Y sentirá a sus dieciséis años un miedo que no ha experimentado nunca. El miedo que mastica tus entrañas, que te anula. Su incredulidad se irá agrietando a cada paso, perderá esa posibilidad de huida que es la inconsciencia.

No se puede escapar cuando la realidad te alcanza. Aquí no.

Tu asesino habrá notado ya que el vehículo se ha detenido, el súbito silencio del motor. Fin de trayecto. Y le faltará el aire. Se dispararán sus pulsaciones. Notará el sudor en sus manos como lo noté yo, temblará como hemos temblado todos porque, a estas alturas, sabrá que el viaje ha terminado, que ya nada puede salvarle.

La primera vez que te esposan tampoco se olvida: el roce del metal, la postura con los brazos a la espalda que te deja indefenso, ese sonido del resorte que ajusta los grilletes a tus muñecas y el clic del cierre que se escucha tan definitivo. Lo has visto muchas veces en las películas y, sin embargo...

La cadena de las esposas apenas te permite separar las manos y te quedas quieto, inclinado sobre tu asiento, procurando asimilar que te has convertido en un delincuente. Así, de repente, cuando hace solo unas horas eras un simple estudiante que pensaba en el sexo, los amigos y, de vez en cuando, los exámenes. La familia ha ganado protagonismo para ti, pero es tarde. Todo eso ha quedado atrás, a una distancia remota. Recuerdo perfectamente cuando me estrené en esta espiral de los arrestos e internamientos judiciales.

Sí, el primer arresto marca. Hay un antes y un después en el acto de ser detenido, de ser tratado así. La vergüenza se arrastra como si jamás fueras a recuperar la dignidad.

Es el precio que se paga.

«¿Qué ha sido de mi vida?», se estará preguntando ahora tu asesino, Joel, sin reconocerse, inmóvil dentro del furgón policial. Le asaltará el temor de que, esta vez, papá y mamá no puedan protegerle. Se acaba de dar cuenta de eso, seguro. La lucidez que provoca la desesperación. Esto va en serio, chaval. El problema no se solucionará dando un portazo y tumbándote en la cama de tu habitación.

No. En esta ocasión, Joel, tu asesino no despertará por la mañana y descubrirá que todo ha sido una pesadilla. Porque tú seguirás muerto y él, lejos de casa, rodeado de extraños.

Ya no estás, pero él sí. Y me parece injusto.

Tu cadáver permanece aún en el depósito del Instituto de Medicina Legal. Eso he leído. Van a enterrarte pronto. Los resultados de la autopsia los custodia ya la policía, y a mí me

duele tu final como si te hubiera conocido mientras vivías. No tiene sentido, pero es lo que me ocurre contigo.

Me importas. Eres un extraño que me importa.

Y todo a partir de una simple foto en un ascensor.

No soy capaz de bucear en tu historia con la distancia con que he curioseado los finales de otros mientras acumulaba mi colección de cadáveres en la carpeta secreta de mi ordenador. Contigo no puedo; siento que tus ojos en esa última imagen me observan solo a mí, que me reprochan mi actitud inofensiva de testigo.

¿Quién fuiste, Joel?

Y tu asesino continuará dentro del furgón, sin atreverse a descubrir este nuevo escenario que aguarda más allá de su último espacio seguro. Se abrirán las portezuelas. El policía lo cogerá de un brazo y lo obligará a levantarse, a reaccionar. A saltar del vehículo y pisar este recinto.

Bienvenido a tu nuevo hogar.

Lo peor de acabar aquí es la soledad, Joel. Él la sufrirá. Yo la he notado a menudo en los que llegan por primera vez. Ese chico habrá pasado cuarenta y ocho horas en un calabozo sin pegar ojo, hartándose de llorar, separado de sus padres. No habrá podido impedirlo su abogado, que tampoco –por lo que veo– ha conseguido salvarle de unas medidas cautelares que le obligarán a pasar una temporada en este centro de internamiento de menores. Apartado de su familia, de sus amigos, de su vida.

Ni todo el dinero e influencia de sus parientes han podido frenar la «alarma social» que provoca su crimen, así que la petición de la Fiscalía ha prosperado en el juzgado. Eso he leído en Google.

Tu asesino, Joel, no ha necesitado recurrir a un abogado de oficio, como nos pasa a los demás que somos unos muertos de hambre, sino que su familia habrá contratado a un penalista muy caro, de esos de apellido compuesto que almuerzan con jueces y políticos. Pero de nada le ha servido, ya lo ves. Por una vez, la Justicia ha sido ciega. La orden de internamiento descansará ahora en la mesa de la directora de este centro, con los datos del presunto culpable, Joel. Y ya te adelanto que le van a caer varios años en régimen cerrado. Un homicidio es un homicidio.

Eso se paga, aunque sea un consuelo insuficiente para tu familia. Y para ti.

El procedimiento debe continuar: a tu asesino, Joel, lo van a recibir en unos minutos un guardia de seguridad y un educador del programa de acogida. Esta es otra liga.

Después, encogido, vacilante, hambriento, con la mirada hacia el suelo, como hemos aterrizado todos en nuestro primer ingreso aquí, él se tendrá que desnudar en la sala de cacheos; se guardarán sus pertenencias y se procederá a su registro en presencia del educador. Un nuevo trauma para alguien que viene de un mundo tan lejano y que seguirá demasiado asustado como para rebelarse. Tiene que resultar muy duro desprenderse del último retazo de tu mundo, la ropa de marca, el único elemento que conservas de tu existencia anterior.

Continúa siendo un coste muy pequeño para lo que te ha hecho, Joel. Y esa ropa se la devolverán. Recuperará su aspecto de privilegiado. Incluso en este lugar.

A continuación, le darán de comer. Se alimentará como un autómatas, ajeno a sí mismo. Como hemos comido todos al llegar aquí. Se moverá flotando en un sueño que no es un sueño.

Bienvenido a mi mundo, asesino. Comienza tu travesía. Te espero aquí, en el módulo de acogida.

Tu nueva vida acaba de empezar.

IV

Nunca me había afectado tanto la llegada de un chico nuevo al centro, Joel. Tampoco es habitual la presencia de menores homicidas. A mis diecisiete años, ya he estado aquí cuatro veces –soy de los más veteranos–, y jamás había coincidido con ninguno. Los internos suelen ocultar delitos de robo con violencia o intimidación, tráfico de drogas, agresiones sexuales...

En la jerarquía del crimen, los asesinos ocupan la cúspide. Y eso, en este entorno hostil, es poder. Yo prefiero no cruzarme con ellos.

Dicen que hace años sí hubo aquí un chico sentenciado por homicidio. Tenía un trastorno mental debido al consumo de drogas. Lo internaron en el módulo terapéutico.

El hecho de que en este caso seas tú la víctima, Joel, lo vuelve todo especial, más intenso. Honestamente, no sé si voy a estar a la altura. En apenas unas horas me he implicado demasiado en tu muerte. Incluso he empezado a odiar al recién llegado por lo que te hizo, y ese es un sentimiento que no puedo permitirme. Bastante difícil es ya mi vida y, a fin de cuentas, los dos sois para mí simples extraños. O, al menos, deberíais serlo.

Nuevas noticias, Joel. Mi tutor me acaba de confirmar que tu asesino ya ha superado el registro. Estoy a punto de conocerlo. Se llama Iván, compañero tuyo de clase en un colegio privado del que jamás he oído hablar. A estas horas ya le habrán explicado las normas y asignado un educador-tutor. Le visitará el médico y también un psicólogo, encargado de determinar si hay que activar el protocolo de prevención de suicidios.

Pasará en este módulo de acogida veinticuatro horas. Para que se vaya adaptando. Lo hacen siempre cuando llega un interno nuevo. Su destino será el módulo de régimen cerrado hasta que haya sentencia.

Y a mí me han encargado que le acompañe durante los primeros días «para ayudar en la aclimatación», ya que soy «un veterano tranquilo».

Pues qué bien.

Yo no quiero recibir a tu asesino, Joel. No quiero ponerle las cosas más fáciles, no quiero perdonarle por lo que te hizo ni fingir que no me importa.

Aun así, me intriga. No te extrañará mi interés en saber cómo es la persona que acabó con tu vida. Llámalo curiosidad científica. Y es que la prensa, al tratarse de un menor, se ha conducido con tal discreción que no he logrado descubrir su identidad hasta ahora. Ha resultado más fácil localizarte a ti como víctima que a él como agresor.

¿Quién es ese Iván que se dirige hacia aquí?

¿Cómo es, de verdad, un asesino?

Da igual. Entre los muros de este centro no hay donde esconderse, ni siquiera de lo que uno ha hecho. Esto es, quizá, lo más duro aquí. Tu agresor, Joel, no podrá huir de sus remordimientos.

Porque seguro que los tiene. Antes o después, despertarán en su cabeza, si es que no lo han hecho ya.

Ese es el auténtico castigo, y no la falta de libertad.

Me pregunto si se puede distinguir a un homicida nada más verlo. Lo dudo. El aspecto engaña. Muchos de los criminales más sanguinarios parecían buenas personas hasta que los detuvieron.

Lo que cuenta es que ahora voy a encontrarme con tu asesino, Joel.

Faltan solo unos minutos, y nos veremos cara a cara.

¿Qué aspecto tendrá?

Algo tiene el mal que nos inquieta y, al mismo tiempo, nos resulta tan fascinante.

La llegada de Iván ha despertado en mí esa curiosidad. Perdóname.

¿Cómo será enfrentarse a las pupilas de alguien que ha acabado con una vida?

Siempre he pensado que mirar a un asesino a los ojos, a corta distancia –la suficiente, no sé, como para sentir su aliento–, debe de ser como asomarse a una oscuridad líquida, sinuosa. Hay gente que seduce por su halo perverso. Sostener la mirada de un asesino tiene que parecerse a contemplar el rostro de la muerte.

Y yo te voy a contar nuestro encuentro, Joel, porque tú ya no puedes verlo. Creo que es lo justo.

Oigo pasos y una puerta que se abre. Tu asesino llega.

V

Se mueve con aire sombrío, levemente confuso, como quien camina entre ruinas en plena noche y descubre que el paisaje cambia bajo la penumbra. Todos nos hemos arrastrado así la primera vez.

Ya está aquí.

Me mira al encontrarse conmigo, pero no me ve. Viste ropa que le han entregado aquí, ropa barata. A partir de mañana le devolverán la suya, ya revisada. Hoy se la quedarán en depósito para registrarla.

Es el procedimiento.

Iván lleva una bolsa al hombro y las manos libres, con marcas aún en sus muñecas. Se le ve muy pálido y ojeroso. Se ha detenido, junto al educador que le acompaña, en este entorno aséptico del módulo de acogida. Sigue sin asimilar lo que está sucediendo, lo noto. Tiene demasiado miedo. Aún se gira de vez en cuando, como si pudiera aferrarse a lo que deja atrás, más allá de las puertas hidráulicas de cárcel que se cierran a tu paso, que te arrancan del exterior con la violencia de una mordedura. Así se siente uno cuando llega aquí: devorado.

No, Joel, esta vez tu asesino no descubrirá a su espalda la salvadora aparición de sus padres ni un escenario familiar.

Yo respeto su silencio, aprovecho para fijarme en él: alto, cachas, el cuerpo típico de quienes lo han tenido todo desde generaciones. Los ojos claros, ese pelo rubio y sedoso, en mechones, clásico de los pijos; la dentadura perfecta que alcanzo a ver bajo sus labios, de esas que se logran con unos *brackets* carísimos en familias donde la ortodoncia es un trámite.

Iván exhibe la constitución física de alguien que ha practicado deporte siempre. No solo fútbol, sino otros más exclusivos como el esquí o el surf. Seguro que también ha recibido clases de natación. Apostaría a que no me equivoco en nada. Solo así se consigue esa espalda ancha de hombros fuertes que yo jamás tendré, pero con la que siempre he soñado. Su estatura es la que permite una buena alimentación y, a pesar de las circunstancias, seguro que recupera pronto su aplomo frente a este escenario de reformatorio que no reconoce como suyo.

Iván ya ha empezado a mirarme mal, con cautela y prejuicios, porque yo sí formo parte de este universo, y él se ha dado cuenta.

No soy de los tuyos, pringao.

Me lo dice sin decírmelo. Incluso ahora. Existen diferentes mundos y, de vez en cuando, se cruzan, colisionan. De pronto, las circunstancias provocan que te asomes a una realidad que no es la tuya. Como le ocurre a él ahora. Pero Iván ya me lo advierte con su expresión: *No te equivoques. Seguimos perteneciendo a galaxias distintas.*

Apártate.

Para él, esto es solo un espejismo, tiene que serlo. Está de visita, se esfuerza por creérselo. Quizá tenga razón. Al fin y al cabo, Iván conserva un refugio al que regresar cuando su

pesadilla termine, y eso aquí marca la diferencia. A los demás no nos aguarda ninguna seguridad ahí fuera.

No tenemos nada que perder, nada que recuperar.

Admiro ahora la piel de su rostro, lisa, sin rastro de barba ni granos, preparada para el bronceado rápido de quien veranea en la casa de la playa. Iván tiene un cuerpo que no necesitaría ropa cara para establecer esa lejanía, la superioridad que ya empiezo a vislumbrar incluso bajo su desesperanza. Imagino su auténtica mirada, tan segura de sí misma, con la que te juzgaba en clase cuando aún vivías, que por primera vez se habrá roto al verse atrapado aquí.

Bienvenido a mi reino, Iván.

Y yo que pensaba que su atractivo sería el del lado oscuro. Yo nunca podré tener ese aspecto. Soy un tipo larguirucho, alto, huesudo y eternamente despeinado, al que jamás le ha preocupado cuidar su sonrisa porque, la verdad, la vida me ha ofrecido tan pocos motivos para reír que no me sale rentable perder un minuto (no digamos un euro) en esta cuestión. Si hago ejercicio, no es por estética, sino por supervivencia. Tienes que estar fuerte para defenderte, para hacerte respetar en las calles. También leo mucho, me esfuerzo por aprender y conocerlo todo, aunque apenas he podido estudiar. Se hace necesario buscar otras armas cuando la naturaleza no te ha dado músculos.

Qué vidas tan diferentes. No estábamos destinados a conocernos. Y aquí estamos los dos. Tu muerte nos ha reunido, Joel.

Lo peor es que intuyo que Iván, en el fondo, no es mala gente. Un imbécil, seguro. Pero en sus ojos no veo el brillo del mal, esa luz fría que conozco bien. Aquí, en el centro, ha entrado uno que la tiene. Se llama Cristian Pardo. Ese sí es peligroso.

Iván no. Tengo la impresión de que solo ha cometido un error. Un terrible error.

Y va a pagar por ello.

En las redes resulta fácil informarse sobre lo que te sucedió el pasado lunes, Joel. Fue durante el recreo. Después teníais Educación Física. Ese día tocaba natación.

Pero vosotros no esperasteis a que sonara el timbre. Fuisteis a la piscina cubierta veinte minutos antes de que terminara el descanso. Mientras, el resto de vuestros compañeros se quedaba allí fuera. Como marcan las normas.

Era una mañana normal, tranquila. La víspera, a las siete y media de la tarde, tú te habías hecho la foto en el ascensor que publicaste en Instagram.

Te imagino sentado en tu pupitre durante la segunda hora de ese maldito lunes, absorto, quizá soñando despierto bajo el sonido de fondo de la voz del profesor. Suena un timbre. Te veo entonces caminar por los pasillos del colegio con esos vaqueros de la foto, la camiseta, tus zapatillas. Un día como cualquier otro. Tu último día.

Vosotros abandonasteis el patio sin que ninguno de los profesores de guardia reparara en ello. Iván, los otros dos compañeros, y tú, Joel. Los cuatro. Nadie os vio. Ese día, tu asesino y sus colegas renunciaron a veinte minutos de fútbol, y tú, a almorzar con tus amistades, de las que –según he leído– eras inseparable.

Me pregunto qué os interesaba tanto. Qué te apartó de ellas.

¿Por qué los acompañaste, Joel?

No sé si os marchasteis juntos u os reunisteis en los vestuarios. Lo que parece claro es que, quince minutos antes de que terminara el recreo, los cuatro os encontrabais junto a la piscina. Sin testigos.

En un periódico digital aparece una foto de esas instalaciones. Se señala el punto exacto donde tuvieron lugar los hechos, que yo he estudiado con detenimiento. Tu escenario final.

Casi noto el silencio, la solemnidad. Y el olor a cloro.

Se trata de una piscina grande, olímpica, con seis calles y una profundidad suficiente. A pocos metros del bordillo, en el lado opuesto a la zona de las gradas, se levanta un murete contra el que se apoya una fila de anticuadas taquillas que es doble, porque encima de las que quedan a la altura del suelo han colocado otra hilera. Así, deduzco, hay suficientes para toda una clase. Tendrán cada una un metro de altura y medio de ancho. Cuentan con unos cierres en la parte frontal que parecen unas ruedas de combinación numérica. Sorprende lo viejas que son en medio de semejantes instalaciones.

Recreo la escena: allí estáis, arriesgándoos a que os castiguen si os pillan y perdiendo el valioso tiempo del recreo. Iván, sus dos amigos de identidad desconocida y tú. Qué absurdo. Los cuatro con vuestro aspecto de ganadores, ellos más fuertes y rudos, tú con esa delicadeza que no puedes ni quieres disimular.

¿Qué hacías allí, Joel? ¿Qué te impulsó a aceptar ese encuentro?

Tenía que merecer la pena.

Y entonces ocurre: se ríen, te provocan, no sé si Iván te reta, te obliga o si, entre todos, se limitan a jugar contigo. No creo que tú hayas ido ahí para eso, pero ya es tarde. Y lo aceptas. Como tantas otras veces, probablemente.

Y de nuevo me sorprende la mirada firme de tu última foto de Instagram, tu sonrisa y esa aguda ironía de la que hablan con admiración quienes te conocieron. Lo he leído en los comentarios de tu perfil. Y pienso en tus amigas, tal vez menos superficiales que otras alumnas de tu colegio porque tú buscas compañías diferentes, porque tienes inquietudes que van más allá. Porque no encajas allí, aunque estés acostumbrado a moverte en tierra de nadie. Pienso en esas buenas calificaciones que obtenías, en tu familia de clase alta, en esa belleza involuntaria. En tu brillo. Tú no eras de esos, Joel. Tampoco de los que se someten o se resignan porque no tienen armas con las que protegerse. Tú contabas con recursos. Otros no tienen tanta suerte. ¿Por qué acudiste a aquella cita, entonces?

¿Qué esperabas conseguir?

¿Por qué no te defendiste?

Diez minutos para el fin del recreo. Has acabado dentro de una de esas taquillas que tantas veces habrás empleado en clase de Educación Física. Quizá se trate de la misma que te dispones a utilizar durante la hora siguiente.

Jamás llegará ese momento, aunque aún no lo sabes.

Todavía piensas que esa jornada terminará como todas. Te ves en el autobús escolar, parloteando con tus amigas sobre los planes del fin de semana. Sueñas con ese futuro que tienes por delante, con escapar de un presente que te asfixia, tu semblante reflejado en el cristal de la ventanilla y los árboles que pasan veloces desde los arcones en esa ruta que conduce a casa.

Pero nunca regresarás.

La situación se prolonga. Oyes desde el interior de la taquilla las risas de tus compañeros, con el cuerpo encogido. La broma ha terminado. Anuncias en voz alta que vas a salir.

Ocho minutos y sonará el timbre.

El cubículo se mueve, lo zarandean desde fuera y tú, dolorido por los golpes contra esa jaula de metal, empiezas a enfadarte. De pronto, un empujón provoca que la taquilla vuelque. Notas cómo alguien empieza a arrastrarla entre carcajadas. Nuevas patadas contra el metal y el propio suelo que bloquea tu salida. Gritas. Estás harto y empiezas a agobiarte.

Llega el primer síntoma de la claustrofobia.

Ya no tiene gracia. En realidad, no la ha tenido en ningún momento.

Te has cansado de disimular, de fingir que les sigues el juego.

No eres capaz de adivinar que esas manos que empujan te van aproximando al borde de la piscina.

Una voz se escucha: «Déjalo ya».

Pero el arrastre no se interrumpe.

Más risas.

Luego llega la inclinación que no entiendes, la caída, el impacto contra la superficie del agua. El hundimiento demasiado rápido. Y tu muerte.

VII

El educador-tutor que le han asignado, Jaime Martín, nos presenta:

–Iván, aquí tienes a Dani, un compañero del módulo de régimen semiabierto que te acompañará durante los próximos días, hasta que sepas cómo funciona todo.

–Hola –le saludo sin moverme de mi posición.

El primer contacto verbal acaba de producirse. Estoy frente a él, muy erguido. Es más alto que yo. No nos estrechamos la mano, mantenemos las distancias. Iván asiente sin decir nada. Le queda bien la ropa prestada, tanto los pantalones –unos vaqueros algo cortos para su estatura– como la camisa, de cuadros azules, que le marca pectorales.

Su expresión hundida, en cambio, traiciona ese esfuerzo por aparentar que no pasa nada, que lo tiene todo controlado. Está aterrorizado. No va a engañar a nadie porque nadie hay que no haya sentido miedo la primera vez. Y la segunda.

Iván ha dejado la bolsa en un rincón por indicación del educador, y ahora se limita a esperar más instrucciones. Dócil, temeroso. Hace días que le quitaron el móvil. Aquí se han debilitado su convicción en sí mismo y la conexión con el mundo. Sus ojos enrojecidos me siguen observando con cautela. Yo formo parte de este lugar y eso le hace desconfiar. Pura supervivencia.

Ha perdido el aire desdenoso con que mira la gente como él.

–Toma –Jaime le entrega un documento–. Es el reglamento de régimen interno. Ya tendrás ocasión de estudiarlo con calma.

Iván lo mira por encima y se lo queda en las manos. Se trata de un folleto con varias páginas donde se recogen las normas que rigen aquí, junto a las sanciones y castigos que implica su incumplimiento. Para el funcionamiento del día a día es importante conocerlo bien.

Ahora nosotros dos, junto al educador, vamos recorriendo las instalaciones del centro: los comedores, el aula donde se imparte clase a los internos en régimen cerrado, la enfermería, el jardín y los huertos que cuidamos a diario, el pabellón deportivo, la nave de talleres donde algunos aprenden formación profesional sobre electricidad, automoción y climatización, la biblioteca de donde suelo coger mis lecturas, las dos salas de juegos... También le señalamos la ubicación de los diferentes módulos: el A, para internos en régimen cerrado de corta o media duración; el B, para chicos con medidas de internamiento cerrado de larga duración; luego está el C, donde viven los internos más jóvenes de régimen abierto y semiabierto; finalmente, queda el módulo terapéutico, destinado a menores que han cometido delitos por culpa de trastornos de salud mental o por el consumo y abuso de tóxicos.

Me conozco de memoria el discurso inicial de los tutores.

El educador no le anticipa dónde acabará él ni durante cuánto tiempo. Por un homicidio a los dieciséis pueden caerle cinco años en régimen cerrado. Mejor ir poco a poco.

Volvemos al exterior e Iván observa con atención los espacios destinados a hacer ejercicio. Un grupo de internos juega al fútbol más allá, y eso parece tranquilizarle. El deporte es un lenguaje común, por fin algo que reconoce, que asocia con su vida.

Aun así, el horizonte aquí, mires donde mires, es siempre el mismo: un muro de hormigón de seis metros de altura marca el primer perímetro del recinto y te recuerda la naturaleza del sitio en el que te encuentras. Las cámaras en puntos estratégicos, los focos, la vigilancia permanente, las alarmas y el personal de seguridad confirman esa impresión. Esto es una cárcel para menores y cada elemento cumple su función: los portones de metal que aíslan cada sector, las rejas, las sillas y mesas ancladas al suelo, los horarios estrictos... Incluso el olor, la atmósfera, el ambiente. Todo te impide olvidar la falta de libertad, cada detalle te recuerda que debes cumplir las normas porque mereces estar aquí.

Hay que ganarse el derecho a regresar a la sociedad, demostrar que uno se ha rehabilitado.

* * *

El educador y yo acompañamos a Iván a su habitación para que pueda colocar sus cosas y descansar. Ahora querrá estar solo, tumbarse en la cama y dejar de simular la entereza que ha mostrado hasta el momento y que se resquebraja a cada minuto. Necesita intimidad, o la tensión estallará dentro de él.

Ninguno de los tres dice nada mientras subimos peldaño a peldaño hasta la planta de arriba. Las escaleras que conducen a la zona de dormitorios cuentan con un enrejado de hierro hasta el techo que salva el hueco, una estructura destinada a impedir que alguien se caiga. El ojo atento detecta enseguida este tipo de dispositivos antisuicidio por diferentes rincones de cada uno de los edificios de este centro de internamiento, incluidas las habitaciones. Tú te habrías dado cuenta, Joel. Se trata de equipamientos diseñados para cobijar estados críticos de ánimo y, por ello, no resulta fácil descubrir puntos que puedan servir para hacerse daño.

No hay nada más peligroso que la falta de esperanza. Y eso, aquí, lo saben. Incluso habrán revisado el equipaje de Iván para quitarle cordones, cremalleras... Todo forma parte del mismo protocolo.

Aun así, a pesar de tantas precauciones, no todos acaban con vida sus sentencias. Cuando uno ha tomado la decisión, tarde o temprano encuentra su oportunidad.

Eso se vive aquí como un temible fracaso.

El pasillo de los dormitorios, que a estas horas está vacío, no consigue disimular lo que es: una galería de celdas. El resplandor de una pequeña ventana –con barrotes, por supuesto– brilla al fondo de este corredor flanqueado de portones de metal, numerados en negro con la letra del módulo y una cifra. En cada uno de ellos, a la altura de los ojos, hay una tapa rectangular cerrada con pestillo. Es la mirilla que utilizan los vigilantes para controlar lo que sucede en el interior de las habitaciones.

Los colores de la pintura que cubre paredes, planchas de metal y suelo son neutros. El resultado transmite la sensación desvaída de una mezcla de hospital y presidio. Limpio, pero poco acogedor. Uno se acostumbra pronto, pero Iván estrena este paisaje y ahora se mueve a menor velocidad.

Vamos dejando habitaciones a ambos lados. Sobre la puerta de una de ellas aún hay pegada una cartulina de hace días donde pueden leerse, escritos a rotulador, varios mensajes de despedida que otros internos dirigen al ocupante de ese dormitorio, un compañero que se llama Maikel y que ha recuperado la libertad recientemente.

«Moreno sin suerte pero gitano asta la muerte», dice uno de ellos. Después de un «Yo voy con Dios», alguien ha añadido: «Y yo también». Hay firmas, dibujos, iniciales. En una

esquina, otro colega ha puesto: «Dios encárgate de mis amigos que de mis enemigos me encargo yo».

Mi participación en ese cartel consiste en una firma y un guiño.

Maikel es un buen tío, Joel. Te habría caído bien.

Jaime, el educador, se detiene al llegar a la celda B-207.

—Esta es la tuya, Iván.

Luego empuja la puerta, que se abre hacia el interior. Ante nosotros queda un espacio rectangular de unos ocho metros cuadrados con la misma distribución de todas las celdas: al frente, una pared con una ventana bastante grande de doble reja que da al patio; a la derecha, una zona de suelo inclinado con desagüe que hace las veces de plato de ducha. Eso llama la atención de Iván, que alza la mirada y descubre un grifo liso y curvo clavado en la pared, a la altura de su cabeza. Nuevo dispositivo antisuicidio.

No hay tabiques de separación, cortinas ni mampara que delimiten esa zona de ducha. Está integrada en la habitación. Junto a ese espacio hay un inodoro de aluminio y, a continuación, un lavabo del mismo material, redondo, empotrado en la pared. Iván se gira para fijarse en la mirilla de la puerta entornada que ha quedado a nuestra espalda. Sí, todo queda a la vista si el vigilante se asoma. La seguridad prima sobre la intimidad.

En el siguiente tramo de la habitación quedan la cama, una silla de plástico y una estantería de metal. No hay armario, todo debe quedar visible. Una repisa de obra junto al cabecero de la cama hace las veces de mesilla.

Y ahí está el timbre. Su presencia indica a Iván que hay ocasiones en que, desde las habitaciones, el interno necesita avisar al educador de guardia, pedir ayuda. En definitiva, momentos en que lo que se busca es compañía.

Iván suspira mientras deja caer su bolsa al suelo. Me encantaría ver su dormitorio en casa.

VIII

La tarde va transcurriendo e Iván, sin pronunciar palabra, me observa como si pudiera contaminarse solo con rozarme. En realidad, me vigila del mismo modo en que contempla cada rincón de este módulo: de refilón, a distancia. Necesita tiempo, y lo sé. No pienso forzar la conversación porque ni siquiera yo tengo claro cómo afrontarla, así que me limito a ejercer de sombra, acompañándolo en sus paseos sin rumbo que se parecen demasiado a las rondas carcelarias. La inercia de los animales enjaulados. Si quiere algo de mí, que lo diga. Yo no tomaré la iniciativa.

Iván tiene que asimilar su nueva realidad, y no voy a interrumpir ese proceso tan íntimo. No debo hacerlo. Él necesita volver a encontrarse, aunque no lo logrará si se empeña en buscarse entre sus recuerdos. Esos reflejos no sirven, porque ya no es quien fue.

Ahora es otro.

Joel, tú también has dejado de ser quien fuiste.

Ahora ya no eres.

Permanecemos sentados en el comedor. Él apenas ha probado la merienda y continúa arrastrando los pies a cada paso cuando se desplaza. Frunce los labios en su esfuerzo por impedir las lágrimas. Su intuición –o tal vez el recuerdo de alguna peli– le advierte que mostrar debilidad no es una buena estrategia aquí. Bastante habrá llorado en su celda, antes de bajar.

Pero ahora no hay testigos. El módulo de acogida es territorio fronterizo.

Mi reticencia a ayudarle pierde fuerza conforme asisto a su hundimiento. Quizá lo que se cuela traicioneramente entre mis pensamientos es compasión. ¿Compasión por un asesino?

Perdóname, Joel. Me esperaba un adversario más... inhumano. Necesito entender lo que ocurrió.

–Llorar te hará bien –murmuro casi a regañadientes–. Suéltalo todo, desahógate.

Lo hará por la noche, cuando vuelva a quedarse solo en su habitación. No podrá evitarlo, nadie soporta la primera noche sin derrumbarse. Iván todavía no sospecha lo durísima que es esa experiencia. El verdadero ritual de iniciación. Los hay que se autolesionan durante esas madrugadas desoladoras, interminables. Otros aúllan, destruyen, se golpean contra las paredes o se sumergen en pesadillas de las que despiertan llamando a personas –sus madres– que no aparecerán.

Yo ya pasé por eso.

Durante la primera noche te alcanza lo que has hecho. Y entonces el silencio es insoportable. Por eso se busca el dolor. El dolor como distracción, como salida, es aquí una peligrosa tentación. Y la propia sangre tranquiliza, te hace sentir sólido, real.

Iván tampoco ha respondido a mi consejo. Lo ignora por completo, convertido en una estatua ante su bocadillo. Clava sus pupilas en el plato mientras insiste en equivocarse.

Llora, Iván. Cuanto antes lo saques, mejor. Da rienda suelta a tu rabia, al miedo, a la impotencia. O no aguantarás.

Aquí he visto a gente consumirse por dentro. La culpa es voraz.
Llora, Iván.

* * *

–¿Por qué te han elegido a ti?

Su voz me sobresalta. Suena ronca, exhausta. Permanecemos en el comedor. Iván, por fin, se está abriendo. Acaba de dirigirme sus primeras palabras, erguido con su torso de atleta que apenas apoya en el respaldo de la silla. No consigue relajarse.

–Soy un tío tranquilo –contesto.

Mis dedos bailan sobre la mesa. Aguardo como si tú, Joel, pudieras susurrarme una dirección para continuar.

Los dos permanecemos sentados, frente a frente. Midiéndonos. Fuera anochece. Adivino sus pensamientos: se está preguntando qué delitos habré cometido para tener experiencia en un sitio así, pero no se atreve a planteármelo.

No le preocupa mi tranquilidad: le preocupa mi veteranía.

–Qué se supone que tienes que hacer.

Ha vuelto a dirigirse a mí. Parece que se va animando.

–Tu educador te ha dicho que estarás en acogida hasta mañana –le recuerdo–. Después te asignarán habitación en otro módulo. Mi tarea es ayudarte estos días con la adaptación. Ya sabes: las dinámicas, los horarios, las normas... –hago una pausa–. No es fácil para nadie, ¿sabes? Sobre todo, la primera vez. Esto es otro mundo.

Me mira como si le estuviese diciendo una obviedad, y tiene toda la razón. Tomo nota: debo calcular mejor mis intervenciones. Prefiero que me vea como una amenaza a que me considere idiota.

Decido contratacar para recuperar su respeto:

–Aún no me has dicho que eres inocente.

Iván acusa el golpe. Mi tono ha sido irónico, y lo percibe. Quiero marcar territorio, que entienda que no estoy aquí para compadecerlo. Y entonces logra sorprenderme con su respuesta:

–No lo soy.

Ha bajado la mirada.

Su franqueza me desarma. La gente aquí, acostumbrada a los interrogatorios, activa el piloto automático de la mentira en cuanto sacas temas comprometedores. Pero él, recién llegado, no lo ha hecho.

–¿Tu abogado te ha recomendado que seas tan honesto?

Vuelve a alzar los ojos. Ahora brilla en ellos un aire de desafío.

–Mi abogado me ha dicho que lo que cuenta es la intención.

Comprendo. Una estrategia clásica: recurrir al homicidio imprudente cuando las pruebas contra ti son demasiado sólidas. No es mala opción y, en el caso de Iván, puede incluso que sea verdad. Sigo sin ver en él el aura del mal, aunque no me fío. Todavía no. Yo mismo me muevo con prudencia delante de él.

–¿Y por qué los que te ayudaron no han acabado aquí también?

Descubro mis cartas, prefiero que sepa que estoy al tanto de lo que hicieron.

Iván suspira.

–Ellos... no participaron hasta el final. Por eso se han librado.

Me cuesta arrancarle respuestas largas. Es como si se expresara a remolque. Sin embargo,

creo que le resultará más fácil hablar de los otros que de sí mismo y, además, he notado cierto resquemor en su respuesta. Quizá se sienta abandonado por ellos, así que continuó en esa dirección:

–¿Son muy amigos tuyos?

–Eso creía.

Confirmado: lo está viviendo como una traición. Seguro que tiene ganas de despacharse a gusto contra ellos, y debo aprovecharlo antes de que vuelva a bloquearse:

–Te han dejado colgado –ahora alimento su resentimiento para que se suelte–. Háblame de ellos, así nos vamos conociendo.

Iván aprieta los dientes y titubea. Está tan perdido que ni siquiera se ve capaz de decidir si quiere hablar sobre ello, pero seguro que le alivia compartir su malestar, al menos durante un rato.

–Nacho y yo hemos ido a la misma clase desde primaria –comienza–. Es el capitán de nuestro equipo de fútbol. Siempre anima al grupo cuando salimos, y con las tías también es un crack: le levantó la novia a un imbécil de otro colegio –conforme habla, va ganando fluidez, toda la rabia contenida le empuja–. Confiaba mucho en él, no entiendo... Nacho era el primero que quería someter a Joel a la prueba del bautismo, pero luego, cuando ya estábamos en faena, se cortó. Nunca había hecho eso. Y ahora se las da de inocente, cuando sabía perfectamente lo que íbamos a hacer.

Está cabreado, y eso me viene muy bien.

–El bautismo...

–Es una broma, una novatada.

¿Una novatada? Disimulo el rechazo que me provocan estas cosas porque mi prioridad es avanzar. Un «bautismo» en la piscina, claro. Eso es lo que te prepararon, Joel.

–Pero erais tres, ¿no? –sigo animándole.

Iván asiente.

–Beltrán es distinto. Nos conocimos el curso pasado, es un delantero muy bueno. Los tres jugamos en el mismo equipo. Es más callado, muy listo. No se le escapa una, siempre está atento a todo, aunque pasa de protagonismos salvo en los partidos. Yo creo que fue él quien empezó con toda esta idea, no estoy seguro.

–Ya veo.

Así que Beltrán le pudo dar la idea y Nacho estuvo de acuerdo, aunque en el último momento se rajó. Lo único en lo que aceptó colaborar fue en que acabaras metido en la taquilla, sin tirarla a la piscina.

Vaya tropa de descerebrados.

Lo que me sorprende es que, estando el capitán del equipo en ese grupo, fuera Iván quien llevase la iniciativa. Tiene que haber un motivo por el que ese Nacho adopte un papel secundario en este asunto y ceda la autoridad que le corresponde.

Ya habrá ocasión de seguir indagando. No debo forzarlo, o Iván empezará a desconfiar de mí.

–Has tenido suerte con Jaime Martín –recupero un asunto inofensivo para que se relaje–. Es buen tío. Te ayudará mucho.

Me concentro en los bíceps que se le marcan bajo las mangas de la camisa. Imagino que hacía muchas flexiones antes de venir aquí.

–¿Y después?

Su pregunta me pilla desprevenido, y al principio no entiendo a qué se refiere:

–¿Después?

–Qué pasará a partir de mañana.

–Te asignarán a un módulo definitivo, ya te lo he dicho.

–Y será...

No voy a mentirle.

–¿Por homicidio? El B. Ahí están los internos del régimen cerrado de larga duración. No podrás salir hasta que se celebre el juicio.

–¿Duran mucho los juicios?

Le aterra la idea de tener que revivir los hechos, de enfrentarse a más interrogatorios delante de un juez. Solo quiere olvidar, una forma de huir que tampoco funciona aquí.

–Depende –le digo–. Días, semanas, meses... Depende.

–¿Y cuando termine?

–Entonces tendrás ya una sentencia, sabrás el tiempo que vas a pasar en este centro de internamiento.

Le va a caer una larga temporada, por bueno que sea su abogado. Años. Por eso no se atreve a preguntármelo. No está preparado todavía para asumirlo.

–En régimen cerrado solo están permitidas las salidas por motivos médicos, para ir al juzgado... Cosas así. Te llevan y te traen los del GRUME.

–¿El GRUME?

–Grupo de Menores de la policía. Todo esto te lo explicarán estos días.

–Les dijo a mis padres que pueden tardar seis meses en celebrar el juicio.

–Es el plazo máximo de las medidas cautelares de internamiento.

Hablo como un abogado. Es lo que tiene la experiencia aquí.

–¿Y mi familia?

–Suelen autorizar un par de visitas a la semana. Los verás pronto.

Iván hace un gesto afirmativo. Carraspea.

–Tú... ¿en qué módulo estás?

Sonrío. Tímidamente se va aproximando a lo que quiere preguntarme.

–Yo cumplo sentencia en régimen semiabierto. Puedo salir para ir a clase, por ejemplo. Aunque, por mi edad, duermo también en ese pabellón, el B, con algunos internos mayores de semiabierto y todos los de régimen cerrado. En total, ahora somos unos cuarenta internos en el centro. Todo tíos.

Iván suspira. No aguanta más.

–¿Con qué gente me voy a encontrar ahí fuera, Dani?

Ha señalado el patio. Es la primera vez que pronuncia mi nombre. Y la primera que exterioriza su miedo. Se ha dado cuenta de que me va a necesitar. Sabe que la protección que le brindan estas paredes tiene fecha de caducidad, y le aterra lo que espera más allá.

Pero el principal peligro no aguarda fuera; está dentro de él. Pronto lo descubrirá.

IX

–Has generado bastante curiosidad, ¿sabes? –le suelto–. Han preguntado mucho por ti estos días. Quieren conocerte.

Iván, que mira por la ventana de este comedor en busca de un horizonte que no encuentra y guarda silencio desde hace un rato, se gira ahora hacia mí. La simple mención de los demás le acelera el pulso, estoy seguro. Lo desconocido inquieta. A saber cómo imagina en este momento a mis compañeros. Supongo que en su mente se ve en medio de un grupo de monstruos que le esperan en el módulo de régimen cerrado. La mitología de los privilegiados.

La realidad que se va a encontrar entre estas paredes es mucho más triste y vulgar. Ya lo comprobará.

–Aquí no hay nadie como tú –continúo–. Por eso te esperan.

No hay nadie con tanta suerte en la vida, he estado a punto de decirle, nadie que haya echado a perder todo lo que tú tienes.

Es cierto, caigo en la cuenta; porque solo se puede perder lo que se tiene.

No le miento. La gente como él nunca acaba en sitios como este. Aquí terminamos los de siempre. Iván es una especie exótica, un intruso, como en el fondo me siento yo al asomarme a tu mundo.

–¿Qué quieren de mí? –su voz suena quebradiza.

Mis palabras le han afectado e, íntimamente, disfruto. Una parte de mí sigue pidiendo justicia, Joel, quiero que pague por lo que te ha hecho. Tiene las manos manchadas de sangre.

–Ya te lo he dicho: tienen ganas de verte, de saber cómo eres. Nada más.

Iván me estudia procurando detectar algún doble sentido en mi respuesta. Busca trampas donde no las hay. No me conoce lo suficiente y vacila.

Tendrá que aprender a confiar en mí.

–¿Cómo... cómo son? –vuelve a preguntarme–. ¿Con quién me voy a encontrar mañana?

Se aproxima y yo decido darle una tregua:

–Tranquilo –empiezo–, la mayoría es buena gente. Ya te he dicho que en este centro estamos unos cuarenta internos. En el módulo B, que será el tuyo, somos trece: los nueve de régimen cerrado junto a algunos mayores de semiabierto, como yo, que tenemos autorización para ir a clase fuera del centro. Aquí te vas a encontrar con muchos españoles y también magrebíes, rumanos... Hay un poco de todo. Para algunas actividades y el deporte, nos juntamos de diferentes módulos.

–¿Y qué han hecho los del B?

No deja de pensar que a él le va a tocar convivir con los casos más graves. Y tiene razón.

Yo me encojo de hombros.

–Los tres latinos son pandilleros, uno de los Dominican Don't Play, los DDP, y los otros dos de los Trinitarios. Ya imaginarás por qué están aquí. Además, hay dos gitanos muy majos, el Jonás y Yeray, más conocido como el Cables, a los que han pillado varias veces llevándose coches ajenos. Aficiones que tienen... –suelto una risilla para quitarle hierro al

asunto, sin mucho éxito—. También son veteranos. Los demás están por robos con violencia o intimidación, tráfico de drogas, alguna agresión sexual... Hace cuatro días trajeron a un argelino muy alto y a un chaval del barrio de San Blas. Hablan poco.

No le comento nada sobre los que también convivimos aquí bajo régimen semiabierto, normalmente por reincidencia a partir de los dieciséis años, porque seguro que nuestro perfil le preocupa menos. Me callo que también está en ese bloque el de la mirada peligrosa. Todo a su tiempo.

Mi naturalidad con las explicaciones espanta a Iván. En su mundo nadie hace cosas así... o eso cree. Me interrumpo y le sostengo la mirada.

—En la sección de régimen cerrado no hay ahora nadie que haya matado, salvo tú —me arrepiento al momento de decirle algo así y de hacerlo de un modo tan crudo, pero es tarde. En mi interior sigo debatiéndome entre tratarlo bien o castigarlo.

Él aprieta los labios, como conteniéndose.

—Me quedo más tranquilo —murmura de repente, con una ironía que no esperaba.

Ha recuperado el aire desafiante. Sí, es un tipo fuerte.

—¿Son todos más o menos de nuestra edad? —pregunta ahora.

—¿En el módulo B? No. Varios tienen dieciocho, diecinueve... Hace poco salió uno, al que llamábamos el Abuelo, que tenía veintidós. Agresión sexual.

Ese dato le asombra.

—¿No habría tenido que estar en la cárcel, siendo tan mayor?

—Lo que cuenta es la edad a la que se comete el delito. El Abuelo tenía quince cuando abusó de la chica. Por lo visto, la víctima tardó mucho tiempo en denunciarle, y con el juicio, la apelación... Entró aquí con diecinueve o veinte.

Iván continúa procesando todo lo que le cuento.

—Los internos del B suelen ser los mayores de todo el centro —añado—. Casi la mitad tenemos dieciséis, diecisiete años. El resto, más.

Iván vuelve a enmudecer. Noto cómo va guardando en su cabeza la información. Se está preparando para el encuentro como quien se prepara para ir a la guerra.

—¿Y tú qué harás a partir de mañana?

No ha olvidado que su estancia en el módulo de acogida dura veinticuatro horas, y le preocupa verse solo en tierra hostil. Yo me he convertido, a su pesar, en el único asidero que tiene entre esos internos que aún no conoce y, aunque se resista a reconocerlo, creo que empieza a pensar que no parezco tan malo.

—Salgo del centro todos los días para ir a clase —le explico—. Hoy me han dado permiso para quedarme y acompañarte. De todos modos, ya sabes que mi habitación también está en el módulo B.

«Mi habitación». Casi suena a hogar. No las llamamos celdas, aunque, en el fondo, lo son.

Iván asiente. Percibo ahora menos crispación en su semblante.

—Gracias.

Lo ha dicho en voz baja, pero lo ha hecho. Es un avance.

Por supuesto, no le cuento que tengo intención de acudir a tu funeral, Joel. Quiero despedirme de ti, aprovechar la posibilidad de un encuentro auténtico contigo. Aunque sea póstumo. No habrá más oportunidades, no volveré a estar tan cerca de ti. Seguro que la ceremonia tendrá lugar durante el horario del instituto, así que me resultará fácil saltarme

alguna clase. Allí no me vigilan, me tratan como a cualquier estudiante. Mientras vuelva aquí a la hora programada, no hay problema.

Me fijo una vez más en Iván. Tengo la impresión de que no tardará en perder este aspecto vulnerable. Si resiste los primeros días, se impondrá su naturaleza de líder. Incluso aquí.

¿De verdad ha hecho lo que ha hecho? ¿Estoy ante tu asesino, Joel? Rastreo en cada gesto suyo a la caza de indicios que me confirmen su presunta maldad. Sin embargo, no descubro nada que no pueda encontrar en mí. Continúa poniéndomelo difícil para odiarlo.

Miro a través de la ventana. Me agota medir cada palabra cuando hablo con él. En el exterior, la oscuridad se ha impuesto; enseguida tocará irse a dormir. No quisiera estar en su pellejo.

La primera noche aquí es un infierno.

X

Tampoco yo puedo dormir. Tumbado en mi cama, he cogido el viejo ordenador portátil y ahora me entretengo, como antes de que aparecieras, con el contenido de mi carpeta oculta de vidas rotas: fotos, vídeos, noticias... Todo lo que he ido acumulando por mi afán coleccionista. Estos rostros de personas que ya no están –víctimas de accidentes de tráfico, de caídas en la montaña, de enfermedades o de decisiones equivocadas– parecen saludarme con la cordialidad de viejos conocidos. Amplío una fotografía: es un chaval de diecinueve años que se ahogó de madrugada en un río hace dos años. Recuerdo que no paré de indagar hasta averiguar qué hacía allí a esas horas, porque conozco la zona: simplemente estaba de fiesta, borracho, en un chalé cercano. Qué forma tan estúpida de morir. En esta otra, que había olvidado, recupero la imagen de una chica muy sonriente a la que le falló el corazón días antes de empezar la universidad. Sí, a veces la muerte llega sin misterio ni suspense, con la naturalidad fulminante de lo cotidiano. Un día estás y, al siguiente, ya te has ido.

El futuro es una ilusión.

Desde que me topé contigo, Joel, casi no he tenido tiempo de practicar esta afición mía de buscar muertes, causas y protagonistas. Tampoco me dedico ya a imaginar cómo eran estas personas antes de su marcha, como hacía antes. No me extraña: todo mi interés lo acaparáis ahora tú y, desde esta mañana, tu asesino.

Son las tres de la madrugada.

Cierro el ordenador. Debo descansar. Los muertos, sin embargo, no dormís. Por eso te imagino aguardando a que llegue el día, Joel. La vigilia del fantasma. Y por eso ahora, que me he desvelado pensando en nuestro nuevo *huésped*, me apetece compartir contigo mi curiosidad.

¿Qué estará sucediendo en la habitación de Iván en este instante?

Algo tienen las madrugadas que alimenta la complicidad. Es el reino de los insomnes, de los solitarios. Una dimensión distinta a la que solo puede accederse desde la oscuridad y el silencio.

Oscuridad y silencio. Iván no tendrá otra cosa esta noche.

Me giro en la cama y contemplo la negrura a través de los barrotes de la ventana. Antes he oído gritos y las pisadas rápidas, precipitadas, de una carrera por el pasillo. Supongo que el trabajador de guardia ha tenido que ir a ver a tu asesino.

De todos modos, seguro que el vigilante le echa una ojeada cada media hora. Es lo que marca el protocolo de prevención de suicidios. Charlará con él si lo ve despierto.

Habla conmigo hasta que me duerma.

Todos lo piden las primeras noches.

La habitación de Iván queda cerca. Hoy yo también duermo en este módulo porque la psicóloga ha considerado conveniente que Iván no sienta que es el único interno en este pabellón. Me pregunto si nuestro nuevo compañero se estará revolviendo entre las sábanas, si la culpabilidad le habrá visitado en sueños.

Su familia tampoco pegará ojo. Todos despiertos, pero lejos. Sin nada que decirse. Asusta pensar lo rápido que puede cambiar una vida.

Que se lo digan a tus padres, Joel. Hay mucho dolor flotando esta noche, lo percibo, existencias arruinadas que intentan soportar una madrugada más mientras el resto de la humanidad duerme.

Qué pronto se restablece la normalidad ahí fuera. Nada importa a los demás, el mundo no se detiene.

Las tragedias roban la realidad de quienes las protagonizan, que quedan atrapados, a la intemperie, en un nuevo paisaje mucho más sombrío. Supongo que se deben de sentir como prisioneros en una foto inhóspita, sin salida ni un horizonte donde quepa la alternativa de recuperar lo que tuvieron, de volver atrás.

Hay pérdidas irreversibles que provocan un mismo interrogante:

¿Por qué me ha tocado a mí?

Seguro que tú te lo preguntas, Joel. Tú, que tenías ese futuro tan prometedor.

Escucho otra vez movimiento más allá de mi puerta. Intuyo al vigilante comprobando a través de la mirilla cómo se encuentra Iván. Procurará calmarle, en vano. Lo que necesita él nadie puede dárselo ya. No todavía, al menos.

Esa soledad es inevitable. «Que pague», murmuro. Quizá me lo has susurrado tú desde las tinieblas, Joel.

Día 4

La temible primera noche ha terminado. Hoy, Iván y yo vamos a desayunar solos en un pequeño comedor con el que cuenta el módulo de acogida. Se trata de una sala tan neutra en sus colores y mobiliario como todos los espacios aquí. Apenas hay una mesa, dos sillas y una alacena.

Disponemos de veinticinco minutos para tomar algo. Los tiempos y los horarios son muy importantes, e incumplirlos acarrea sanciones.

Ya se lo advertí a Iván ayer, antes de despedirnos.

Yo aguardo en silencio. Permanezco sentado frente a la mesa, colonizada por un tetrabrik de leche, una caja de cereales, servilletas de papel, el frasco del café, dos tazas y un zumo de naranja. Me preparo para un nuevo encuentro con el recién llegado. No debería ser yo quien está nervioso, pero lo estoy. En su presencia me siento examinado, lo que me molesta, porque no necesito la aprobación de nadie, y mucho menos la de un novato. Aquí el experto soy yo. Sin embargo...

Ante mí, su silla vacía. Después del desayuno vendrá su tutor asignado y, juntos los tres, pasaremos al pabellón B, donde duermen los internos de régimen cerrado.

Será la «presentación en sociedad» de tu asesino, Joel.

Oigo movimiento. Iván baja por la escalera con una lentitud que lo dice todo. Camina por inercia, como quien se deja llevar por unos acontecimientos que le han superado. Todavía no alcanzo a verlo, aunque no me cuesta imaginar su silueta vencida avanzando peldaño a peldaño.

–Buenos días –le saludo cuando aparece y se sienta sin decir nada. Mi tono no ha sido amable, solo correcto.

Él continúa llevando la ropa barata del centro. Supongo que pronto le devolverán la suya y su familia le traerá más durante la primera visita, que sus padres habrán solicitado para mañana. Siempre esperan un día o dos para permitirlos.

–Buenos días.

Voz áspera y un aspecto lamentable: profundas ojeras, ojos hundidos, palidez de vampiro. No ha pegado ojo. La maldición de la primera noche.

Iván aparta los vasos de plástico de un manotazo. Esta mañana se siente incapaz de desayunar. Está asustado y rabioso al mismo tiempo. Entonces me cuenta una pesadilla que le persigue desde tu muerte, Joel.

–Cada vez que me duermo, cuando cierro los ojos, ahí están –dice–: burbujas. Yo me veo flotando en la superficie del agua dentro de ese sueño, en medio de una piscina infinita. Quiero evitar las burbujas, alejarme de ellas, ¡pero no logro moverme! Todas me alcanzan. Siempre. Rompen contra mi cuerpo, son... son como gritos, acusaciones que me salpican en la cara, algo así. Estallan en contacto con mi piel, cada impacto resuena en mi mente.

Me queda claro que, cuando despierta, esa pesadilla sigue en su cabeza. Una y otra vez, Iván visualiza cómo esas burbujas se desvanecen y vuelven a surgir de las profundidades.

–Suben hacia mí –murmura sin mirarme–. Me buscan. Yo intento nadar para apartarme, aunque nunca lo consigo.

Son llamadas que brotan del fondo con la urgencia de un aullido.

Y me explica a su manera que, en el sueño, las burbujas contienen el aliento atrapado de tu voz, Joel, cuando ya estás muerto, como el brillo de esas estrellas que han dejado de existir.

–Sus últimos gritos siguen ascendiendo todo el tiempo –continúa, refiriéndose a ti–. Me rozan, pero es tarde. No hay nada al fondo. Solo su cadáver. Son espejismos, ¿sabes? Susurros de su cuerpo que se pudre y que me mira a través del agua mientras extiende los brazos para agarrarme –Iván se cubre el rostro con las manos–. Es horrible. Y todas las noches igual...

Su tutor me dirá más tarde que Iván se ha despertado esta mañana entre alaridos, empapado de sudor. Durante la noche ha llamado varias veces al educador de guardia y, en cada una de ellas, lo han encontrado llorando.

Todos hemos sentido la primera noche ese frío íntimo de la soledad que te apuñala y el miedo que te impide respirar.

–La he jodido –me dice Iván de pronto–. Esta vez la he jodido de verdad.

No sé qué responder. Con la vida real no se juega. Y si juegas, pierdes. Aquí, en este lugar, no parece haber espacio para soñar con segundas oportunidades. Todo da la impresión de ser tan... definitivo. Definitivo como tu muerte, Joel. Aunque Iván tiene recursos para recuperar el rumbo. Le queda su futuro, aunque ahora no pueda verlo debido a los remordimientos. Es mucho más de lo que tenemos el resto.

Mucho más de lo que tienes tú.

–Lo he perdido todo –Iván alza la vista y me mira con una furia inesperada–. Me arrastra. No estoy seguro de haberlo entendido bien.

–¿Qué quieres decir?

Iván estruja la caja de cereales con una de sus manos.

–Me estoy hundiendo con él.

Los dos nos quedamos en silencio. Su tono suena a queja, como si la culpa fuera tuya. Ha entrado en la fase de la ira, lo que le hace daño está dentro de él. Decido cambiar de tema:

–En diez minutos vendrá Jaime. Deberías tomar algo –señalo el zumo–. ¿Tienes la bolsa preparada? Aquí no volveremos.

Asiente con un gesto. No aparta los ojos de la caja arrugada de cereales, y aprieta los puños con tanta fuerza que tiene los nudillos blancos.

–Esas burbujas me obsesionan –vuelve a su pesadilla recurrente–, aunque no hay nada que pueda hacer. Ya no.

Yo, muy quieto al otro lado de la mesa, permanezco en silencio. Me limito a beber de mi taza de café. Lo que escucho es solo un desahogo. Forma parte del proceso de asimilación, aunque me molesta. Siento como si te estuviera faltando al respeto.

«¿Qué esperabas?», me gustaría preguntarle. «¿Crees que se puede acabar con una vida y continuar tan tranquilo? ¿Qué crees que mereces?».

Al menos, su estado demuestra que no es un psicópata. Ese sufrimiento interior lo hace humano.

Supongo que la rabia es una forma de encarar el dolor. Una estrategia que dejará de servirle en cuanto transcurran unos días y deba seguir enfrentándose a sí mismo.

En circunstancias normales, Joel, me atrevería a decirle que tiene lo que se ha ganado, a desearle que se hunda en su propia pesadilla. ¡Ha matado a un chico que tenía toda la vida por delante! ¿Acaso hay algún castigo que pueda compensar eso? La vida no tiene precio. Sin embargo, por alguna misteriosa razón, con Iván no me sale. Continúo empeñado en considerarle un asesino sin lograrlo. No lo entiendo. Debo hacer un esfuerzo para no verlo como una víctima de su propia estupidez, y eso me cabrea. Casi me siento culpable.

Venga, Iván, haz algo que demuestre que eres mala persona y no el pringado que ha cometido la mayor torpeza del mundo.

–No pude hacer nada –repite él, con los ojos enrojecidos–. ¿Por qué nadie parece entenderlo? Ni el director del colegio, ni mis amigos, ni la policía. Solo mi familia me comprende. Los demás me han abandonado. Ni siquiera Diana. ¿No se supone que me quiere? ¿Dónde está ella, ahora que la necesito? ¿Es que no va a escuchar mi versión? ¿Ya me ha condenado, como el resto?

Así que tiene novia. Seguro que sus padres le han prohibido a ella acercarse. La gravedad de los hechos ha convertido a Iván en un apestado. Nadie se atreve a aproximarse a él, y me parece bien.

El destierro del criminal. El linchamiento.

¿Qué queda cuando tu implicación en la tragedia resulta tan evidente que impide la presunción de inocencia? Iván aspira a una consideración hacia él, hacia sus circunstancias, pero me cuesta admitir que tiene derecho a ello.

–Me rehúyen –vuelve a hablar–, pero yo soy otra víctima.

Ya no aguanto más:

–Pronto enterrarán a Joel –las palabras salen de mi boca como si las escupiese–. Deja ya ese aire de mártir. ¿No eres tan hombre? Pues te toca afrontar lo que has hecho. Aquí nadie va a escuchar tus excusas.

En realidad, Iván no busca una absolución, puesto que se reconoce culpable. Lo que quiere es que se le juzgue con atenuantes, por decirlo así.

En cualquier caso, mi reacción le ha pillado fuera de juego. No se esperaba tal rudeza, y vacila. Ahora es él quien se ha quedado callado.

–Ya estaba muerto –acierta a argumentar por fin–. Se puso nervioso, se asustó, algo hizo mal y la taquilla se atascó. Tuvo que morir enseguida.

La taquilla. Iván recuerda que estoy al tanto de lo que sucedió y el contenido de nuestras charlas anteriores. La prensa, además, no se ha ahorrado detalles. Mi asombro, de todos modos, acaba de subir de nivel.

–¿Entonces tú no tienes ninguna responsabilidad en lo que ocurrió? ¿Es lo que me estás diciéndome?

Iván se encoge de hombros.

–No conseguí salvarlo. Me lancé al agua en cuanto me di cuenta de que no salía. ¡Hice todo lo que pude!

–¿Eso incluye meterlo en esa taquilla que tirasteis a la piscina?

Iván se revuelve, incómodo. De un empujón me podría tirar al suelo. Acaba de confirmar lo que con toda certeza anticipó cuando le pregunté por sus amigos cómplices: que conozco más datos sobre tu muerte de lo que le gustaría.

–Yo no quería hacerle daño.

–Eso sirve de poco ahora.

Iván está llorando, y ni siquiera se cubre la cara con las manos para ocultarlo. Su mirada se pierde en una lejanía inalcanzable entre estas paredes.

–Mi abogado dice... dice que no le dé más vueltas, que fue un accidente. Pero yo creo que Joel se negó a salir. Eso fue lo que sucedió. Cada vez lo veo más claro. Actuó con toda la intención. Lo tenía muy fácil para salvarse: la taquilla estaba abierta. Pero no quiso. Así son los de su calaña: retorcidos. Prefirió arruinarme la vida. Y lo ha conseguido. ¡Le odio!

«Los de su calaña». Me gustaría saber a quiénes se refiere, aunque me doy cuenta de que, en el fondo, ni se cree sus palabras ni te odia, Joel. No. Se trata tan solo de una especie de coartada que se ha construido para soportar los remordimientos.

Es pura supervivencia.

No hay más que ver cómo se arrastra por los pasillos para comprobar los destrozos que provoca la culpabilidad, el espanto acumulado de sus noches.

–¿Esa es la justificación que has construido para salvarte? ¿Que fue una decisión suya?

Iván se seca los ojos.

–Por su culpa estoy aquí, apartado del mundo. Joel pudo salir, pero no quiso, y ahora las pesadillas me persiguen. A mis dieciséis años, Joel me ha convertido en un asesino. ¡Un asesino! Eso dicen los periódicos, internet, la televisión, los vecinos de mis padres...

–Te ven como culpable.

–Todos están convencidos. Me han juzgado sin conocerme ni escuchar mi versión. «¡Soy yo, soy Iván!», quiero gritarles. «El de siempre. ¿No me veis?».

En su sueño, él escucha tus llamadas amortiguadas, Joel. Así me lo cuenta. Se distorsionan conforme se aproximan a su cuerpo a través del agua, pero te identifica.

–Reconozco su voz –concluye–. Y yo me quedo quieto en el bordillo hasta que salto para intentar rescatarlo.

Demasiado tarde: en la pesadilla ya no hay burbujas. Iván solo ve la superficie quieta que en el agua equivale al silencio.

XII

Jaime llega muy puntual y nos pilla recogiendo los restos del desayuno.

–¿Todo en orden? –me pregunta a mí, antes de mirarlo a él.

Yo asiento. Supongo que la adaptación de Iván progresa según lo previsto, que es lo único que cabe esperar en estas circunstancias. Basta con ir cumpliendo lo planificado, sin aspirar a mayores alegrías.

A partir de hoy, su desafío pasará a ser la integración. Ahí está el reto, al margen de su propia lucha interna.

Iván no pronuncia palabra. Se ha callado en cuanto ha visto a su tutor y se centra en estar ocupado para no delatar su nerviosismo.

–Tranquilo –procura animarle Jaime, sin sonreír–. Irá bien y pronto te habrás adaptado, ya verás. Llegará un día –añade– en que todo esto sea solo un mal recuerdo para ti. Volverás a casa. ¿Tienes tus cosas?

Juraría que a Jaime también le cuesta ser amable con él, aunque cumple su papel. Sabe que no debe dejarse influir por lo que, presuntamente, ha hecho el recién llegado. Al menos, hasta que haya sentencia.

Iván ha señalado su bolsa, en un rincón de la sala. Conserva una expresión fúnebre. El miedo no ha desaparecido en ningún momento de su semblante y, ahora que se aproxima su salida con destino al módulo donde viven los internos de régimen cerrado, se acentúa. Se desplaza por la sala con movimientos que se han vuelto rígidos.

Interpreto esos síntomas. No es que tenga miedo, es que está absolutamente aterrado. Si fuéramos amigos, yo ahora le pasaría un brazo por los hombros y caminaría junto a él, le susurraría palabras de aliento. Pero no lo somos.

Eso lo haría contigo, Joel. Yo habría querido formar parte de tu vida.

Voy a acompañar a Iván porque así me lo han pedido, pero preferiría que recorriera solo estos metros que nos separan de su nuevo destino.

No quiero que me asocien con él más allá de esta tarea que me han encomendado, ni que tú pienses que traiciono tu memoria.

Minutos después, los tres abandonamos en comitiva esa zona que no volveremos a pisar y atravesamos un corredor que comunica con el siguiente edificio. Iván no vuelve la vista atrás, lleva horas disponiéndose para este momento. A continuación, nos detenemos ante un portón sobre cuyo dintel se lee una enorme letra B.

–El módulo donde duermen los internos de régimen cerrado –anuncia Jaime, volviéndose hacia nosotros–. ¿Preparado?

–No lo sé.

Iván ha sido honesto. La voz le brota de la garganta como asfixiada, sin resuello.

–No tengas miedo. No va a pasarte nada.

Jaime le suelta entonces el típico sermón de que los muchachos que va a encontrar allí han cometido errores y de que todos tenemos derecho a la opción de corregirnos, a una segunda oportunidad. «Son personas –concluye–. Como tú y como yo».

Iván escucha con gesto hermético, su mirada clavada en la B sobre la puerta. Imagino que los gladiadores mostrarían la misma mueca de concentración cuando iban a salir a la arena del Coliseo, dispuestos a enfrentarse a un peligro todavía desconocido, incluso a la muerte. La mezcla de audacia y resignación de quien no ha elegido el rumbo de sus próximos pasos.

–Tú crees que no tienes nada en común con ellos –termina Jaime–, pero te equivocas. Os une un mismo objetivo: recuperar vuestras vidas. Piensa en eso.

Claro que Iván quiere recuperar la suya. No estoy tan seguro de que los demás nos encontremos en la misma situación: con recobrar la libertad nos basta. Una libertad que nos permita soñar con una existencia mejor.

Soñar es gratis, ¿no?

Jaime pulsa un código en el control lateral, la puerta se abre con un chasquido y queda ante nuestros ojos un nuevo pasillo. Se escuchan voces y risas desde nuestra posición, algunas las identifico. Ya estamos llegando.

–Vamos –nos anima el tutor.

Iván suspira y reanuda el avance. Apuesto a que le sudan las manos. Los tres terminamos enseguida de recorrer ese tramo y accedemos a una sala bastante amplia donde esperan trece internos. Están sentados en sillas colocadas en semicírculo frente a otros asientos vacíos que nos han reservado. Intimida un poco esta disposición.

Se trata de lo que llamamos «el círculo de acogida», una especie de ritual con el que se da la bienvenida en cada módulo a los que se estrenan en este centro.

–Bienvenido al módulo B –dice Jaime a nuestro nuevo compañero, indicándonos con una señal que ocupemos las sillas vacías–. Chicos, os presento a Iván. Estará con vosotros a partir de hoy.

Como aún lleva la ropa del centro, el contraste es menor, pero eso no evita que estudien con interés al nuevo compañero.

Ellos, que se habían callado durante un instante al vernos aparecer, observan al recién llegado sin disimulo y comienzan a hablar en voz muy alta. Lo hacen desordenadamente mientras le dirigen preguntas:

–¡Hola!

–¿Cómo te llamas?

–¿De dónde eres?

–¡Todos a la vez no! –Jaime se sitúa de pie, entre ellos y nosotros, y pide silencio–. No lo agobiéis. Vais a tener tiempo de sobra para hablar con él y conocerle.

Iván ha dejado su bolsa junto a la silla. Ahora se encoge sobre ella. Intenta mostrar fortaleza, pero no lo logra. Está cohibido, abrumado. No debe de ser fácil sentirse objetivo de trece pares de ojos que se clavan en ti. «Ojos de delincuentes», estará pensando.

De todos modos, creo que se da cuenta de que no son miradas hostiles. Al menos, la mayoría de ellas. Yo vigilo de refilón al interno peligroso, Pardo, que guarda silencio sentado en su silla, en un extremo del semicírculo. Permanece quieto, sus pupilas estudiando cada rasgo de Iván. Imagino que calibra hasta dónde podrá llegar con él.

Parece mucho más adulto que los demás, que se comportan como lo que en el fondo somos: unos críos.

Unos críos que han vivido más de lo que tocaba, que han tomado decisiones equivocadas, que se dejaron arrastrar por sus circunstancias. A casi todos los que estamos aquí nos ha

tocado jugar en la vida con unas cartas difíciles, sin tiempo ni ayuda para aprender las normas de la partida.

Pardo –corpulento, pelo moreno muy corto, pómulos huesudos y sonrisa afilada como un tajo que le dan un permanente aire de sádico– tiene dieciocho años, es de un barrio de la periferia y llegó aquí hace un par de meses por una agresión muy violenta durante una *rave*. Dejó con lesiones graves a su víctima, un chaval de diecinueve que se está recuperando en el hospital. En eso ha tenido suerte este cabrón, porque la supervivencia del herido influirá a su favor en la sentencia.

Iván no tiene esa ventaja porque tú has muerto, Joel.

El gesto de Pardo es el de un depredador. Me resulta imposible saber lo que piensa, no he conocido nunca a nadie tan opaco. Tampoco cuenta mucho de su vida, se relaciona poco y apenas conocemos detalles sobre lo que le ha traído aquí. Se rumorea que atacó al otro con un cuchillo, pero nadie lo confirma.

Vuelven a escucharse preguntas que Iván procura responder desde su asiento: «¿Cuántos años tienes?». «¿Eres bueno al fútbol?». «¿Tus padres son ricos?».

Ahora comienza la ronda de las presentaciones. De momento, todo va razonablemente bien. Iván aguanta con un estoicismo frágil, como un dique que resiste mientras va resquebrajándose con cada nuevo embate de las olas.

–Yo me llamo Newton –comienza uno de los pandilleros, un dominicano muy gordo que luce tatuajes en los brazos–. Y estos son Élmer y el Creepy.

El hecho de que él, siendo miembro de los DDP, presente a sus adversarios de los Trinitarios, supone todo un avance. Eso hubiera sido impensable cuando aún estaban en la calle.

En lugares como este, donde no hay mucho que hacer en tan poco espacio, se establecen relaciones extrañas. Seguro que, cuando salgan de aquí, la rivalidad vuelve a separarlos. Entre los pandilleros es muy importante mantener las apariencias.

El Creepy y Élmer han saludado con un gesto de cabeza, haciéndose los poderosos. Estos dos, muy flacos, que llevan los pantalones tan caídos que dejan a la vista el comienzo de sus calzoncillos, ocupan puestos de poca jerarquía en su pandilla, pero aquí se sienten especiales. Siempre dicen que, cuando salgan, los van a ascender por su silencio ante la policía. A saber qué tienen que callar. Cuando los detuvieron, en medio de una pelea entre bandas, llevaban machetes.

–Jonás y el Cables –dice ahora uno de los gitanos, señalándose a sí mismo y a su compañero.

Se ha puesto de pie. Habla serio, sin la amabilidad que yo le conozco. A ninguno de los dos le gusta lo que han oído de Iván, lo que se supone que le ha traído hasta aquí. Se nota. A la curiosidad que todos experimentan se unen la cautela y la desaprobación en algunos que nunca han cometido delitos de sangre.

Jonás se sienta. Definitivamente, los gitanos no están dispuestos a brindar a Iván una cálida bienvenida. A los dos los llamamos «los Melenudos» por las negrísimas pelambreras que llevan. De complexión atlética, juegan muy bien al fútbol y son peligrosamente diestros con las manos; no hay cerradura ni mecanismo que se les resista, aunque algo debió de salirles mal si están pasando aquí una temporada. Son inseparables.

A continuación, se presenta el bloque magrebí: los marroquíes Hasan y Amín, dos chavales de quince y diecisiete años, y el argelino Mohamed, un tipo muy raro que está acusado de violación, aunque no lo reconoce. Aquí ese tipo de delitos se ve muy mal. Al contrario que la violencia, siempre que sea entre iguales. Mohamed no me inspira confianza ni hace ningún esfuerzo por integrarse. Tampoco me importa. En cambio, Amín y Hasan son buena gente: ingeniosos, bromistas y buenos compañeros. Tienen unas sonrisas blanquísimas. Han vivido en Madrid desde pequeños, ni siquiera tienen acento. A ver si espabilan, porque colaborar con un camello que vendía droga en su barrio los ha traído hasta aquí. Tampoco se muestran muy efusivos con Iván.

Los rumanos ponen el toque rubio en medio de esta peculiar fauna que somos todos: Marius y Vasile. Muy pálidos y con esa mirada distante que a menudo tienen los del este. A estos los pillaron robando con violencia en una casa. Ayudaban dentro de un grupo de adultos que ha acabado en la cárcel. Esto me resulta dolorosamente familiar.

Luego viene Ignasi, el catalán, un *hacker* de humor muy macabro que devora los libros. Es mi bibliotecario particular. A pesar de su pequeño tamaño, es todo un personaje: pertenece a una banda que hace poco desvió nóminas de altos cargos del Ayuntamiento de Barcelona para ingresar ese dinero en cuentas abiertas con documentación falsa, que luego invertían en comprar criptomonedas. Menudo figura. Ya estaba cumpliendo dos años de libertad vigilada, acusado de haber participado –con dieciséis años– en varios ciberataques a plataformas de vídeo y otras empresas, y lo han pillado infringiendo la condición de no volver a delinquir. Por eso ha terminado aquí.

Abdou, un menor que logró llegar a España desde Senegal, solo, y ha acabado buscándose la vida en Madrid, se levanta ahora y saluda. Hasta el momento no ha tenido mucha suerte, pero es un superviviente. Siempre nos dice que, incluso encerrado en este centro, está muchísimo mejor que en su país de origen.

Le toca el turno a Pedro, el chico del barrio de San Blas que ha entrado en régimen semiabierto, como yo, y que, inclinándose desde su asiento, nos dedica una reverencia sin perder la expresión de emporrado que se le ha quedado por todo lo que ha fumado fuera. Es un tío divertido, aunque, por culpa de sus excesos, arrastra una lentitud mental que a veces me pone nervioso.

Pardo es el último. El de la mirada chungueta, también de Madrid y que apenas susurra su nombre cuando le llega el turno: Cristian. No sé en cuántos episodios violentos habrá estado implicado.

–Te toca –le indica ahora Jaime–. Ponte de pie y preséntate.

Esto parece una terapia de grupo.

Él obedece con gesto de resignación.

–Me llamo Iván –dice sin alzar la voz–. Hola.

Vuelve a sentarse a toda velocidad. Lo último que quiere es más protagonismo. Por hoy ha tenido suficiente.

–¿Os parece si le acompaño a que deje la bolsa en su habitación y después le enseñáis las instalaciones? –propone el educador–. Es el momento de la visita guiada.

–No te separes del grupo –aviso a Iván–. Y, a partir de ahora, si yo no estoy, júntate con Amín y Hasan.

No haré más concesiones con él. Que se busque la vida.

Iván ha asentido. Continúa observándolo todo furtivamente, como una presa entre fieras.

–¡Tratadlo bien! –pide Jaime–. Como os gusta que os traten a vosotros. Volvemos enseguida.

Iván coge sus cosas y sigue al educador hacia las escaleras que conducen a la planta de los dormitorios. Casi noto el escalofrío que recorre su espalda. Ya está dentro. Ahora sí.

Todos los internos de régimen cerrado nos han acompañado durante el recorrido, salvo Cristian, que se ha quedado tirado en un sofá. Durante la visita no nos hemos cruzado con ninguno de los compañeros de régimen semiabierto que también viven en este módulo porque están en clase, en varios institutos de la ciudad distintos al mío.

El interrogatorio a Iván no se ha interrumpido mientras andábamos –tu asesino no se ha separado ni un milímetro de Jaime y de mí, Joel–, y se ha visto obligado a continuar respondiendo a todas las curiosidades de sus nuevos compañeros:

–¿Practicas otros deportes?

–¿Qué videojuegos te gustan?

–¿Vas al gimnasio?

–¿Qué móvil tenías?

–¿Tu perfil de Instagram, TikTok...?

Él no da información sobre sus redes, pero se confirman algunas de mis suposiciones. Además de jugar al fútbol, esquí; su teléfono es un iPhone que, por supuesto, le han requisado; en casa tiene la Switch y una PS5; lee poco, lo que le exigen en el colegio; le gusta ver series de acción y es un experto en League of Legends.

Todavía no le han preguntado sobre lo que hizo, aunque el apetito por conocer detalles, cuanto más escabrosos mejor, se percibe en algunos internos.

No tardan en surgir otras cuestiones, de índole sexual, que Jaime corta de inmediato. Aquí les encanta preguntar sobre eso. Reconozco que es divertido, aunque suelen inventarse experiencias para fingir que fuera tenían una vida mucho más interesante.

Después de mostrarle a Iván las salas de estudio, el comedor, la zona de tiempo libre y el resto de espacios de este edificio, su educador le entrega un documento con el horario del centro.

–Son importantes la puntualidad y el orden –recalca–. ¿Alguna duda? Ahora tenéis un rato de descanso para que podáis conocer un poco más.

Iván contesta bajando la voz:

–¿Puedo quedarme en mi habitación?

Buen intento. Jaime le explica que las habitaciones están cerradas salvo en los momentos asignados para tiempo personal y que ahora lo que debe hacer es integrarse. Después, le palmea la espalda y se marcha, no sin antes dirigirme una mirada que interpreto sin problema: *Estate pendiente de este. No quiero problemas.*

Él tampoco olvida que Iván pertenece a una familia importante y que su caso es de los mediáticos. Seguro que la directora del centro ha dado instrucciones a todo el equipo para que el chico esté especialmente vigilado.

Sin la presencia de Jaime, y ahora que el primer encuentro con el nuevo ya se ha producido, la gente se disgrega para aprovechar el rato libre. Cada uno se va con sus amigos; habrá tiempo de sobra para ir estudiando al recién llegado. Todos, en cualquier caso, echan vistazos de refilón a Iván cada cierto tiempo.

Es como si estuviera en periodo de prueba.

Los pandilleros y Marius se nos acercan. Esto me provoca un nuevo dilema que debo resolver sobre la marcha: ¿dejo ya a Iván a su aire? Allá él, es lo que me sale de dentro. Yo ya he cumplido, ¿no? Sin embargo, necesito saber más de lo que ocurrió en la piscina, Joel. Por qué fuiste, por qué fueron ellos, por qué todo terminó así. Y solo Iván tiene las respuestas; tú te llevaste las tuyas a la tumba. Por eso freno a los otros internos con una señal. Mejor ir poco a poco, o se bloqueará y me quedará sin esa información. Solo cuando Iván muestre una actitud más cómoda podré avanzar en mi particular investigación, y ni los pandilleros ni Marius me sirven ahora para eso. Nuestro «invitado» precisa más tiempo para empezar a confraternizar con el grupo. Por eso me lo llevo a un rincón de la sala y nos sentamos en unos sillones.

–¿Cómo lo llevas?

Se encoge de hombros. Todo lo que habíamos avanzado en el módulo de acogida parece haberse esfumado. Es normal este retroceso, que apenas durará.

Yo conozco a la gente como él. Bajo el hermetismo de su miedo, intuyo una expresión calculadora. No tardará en recomponerse, su instinto de supervivencia se impondrá. Es inteligente; mantiene ahora un perfil bajo, pero en cuanto se haya hecho con el espacio y las personas, recuperará su personalidad.

Y entonces conoceremos lo que conocías tú de él, Joel. Tal vez eso me ayude a entender lo que sucedió ese lunes, durante el encuentro prohibido que se convirtió en tu cita con la muerte.

Otra cosa es su conflicto interior. Esa es una lucha que tendrá que librar sin testigos.

–Aquí tendrían que estar esos amigos tuyos, Beltrán y Nacho –la figura de los cómplices me sigue interesando, aporta una perspectiva que también me ayuda a definir a tu asesino–. ¿Has sabido algo de ellos?

Iván niega con la cabeza.

–Lo único que sé es que no han vuelto a clase todavía –dice–. Imagino que el colegio no tiene ninguna prisa en verlos por allí, y los abogados de sus padres querrán aprovechar para preparar con ellos unas declaraciones que les permitan salvar el culo.

–A costa del tuyo.

–Claro. A sus ojos, yo ya no tengo salvación –hace una pausa–. Es el momento de huir.

Me dedico a observar a otros internos cercanos. Imagino a ese compañero de clase que Iván me describió como silencioso e inteligente escogiendo la discreción del segundo plano, pero siempre junto a su amigo.

–A lo mejor Beltrán te sorprende con una versión de los hechos que suaviza tu mala imagen –aventuro a los pocos segundos–. Por lo que me has contado sobre él, da la impresión de haber sido un tío leal hasta...

–Entonces, ¿por qué oculta que él estuvo al tanto de la novatada desde el principio? ¡Cada vez estoy más convencido de que fue él quien me dio la idea, aunque ahora lo niegue!

–Tiene miedo. Quizá recapacite cuando le cuenten lo que puede suponerte que cambie su testimonio; de momento, no ha tenido tiempo más que de pensar en sí mismo.

–Lo dudo.

Yo también, pero no se me ocurre otro modo de tirarle de la lengua.

–¿Cómo es físicamente?

No puedo visualizarlo porque Iván no me describió ayer a sus colegas y me faltan datos

para localizarlo en las redes.

–Normal –se encoge de hombros–. Ni alto ni bajo, delgado... Nacho está más fuerte y le saca una cabeza, pero es menos ágil cuando regatea. Beltrán no es de ir al *gym*, se aburre. Va muy bien de notas, le cuesta poco estudiar. Y su familia está forrada.

–Para que lo digas tú...

Iván no responde a mi pulla.

Poco a poco, voy situando cada pieza en el conjunto. Los imagino a los tres en el vestuario, tras un entrenamiento cualquiera. Chanclas y ropas sudadas por el suelo, Nacho en medio, ejerciendo de líder mientras todo el equipo se cambia tras la ducha, haciendo bromas de macho alfa. Beltrán inclinado junto a su mochila en el típico banco, en algún rincón menos expuesto, abrochándose las zapatillas con la toalla al hombro y el pelo todavía húmedo, en silencio, aunque sin perder detalle. Atento a ellos. Y luego está Iván, que a buen seguro seguía las bromas de Nacho de una forma mucho más visible.

Eran un grupo muy poco original. Pero, por algún motivo, se fijaron en ti.

Más tarde, llega la hora de informática. En un descuido del profesor, me meto en Google y obtengo la información que buscaba: tu funeral se celebrará mañana, Joel. A las once.

Ya se ha confirmado.

Voy a asistir, está decidido. Nada podrá impedírmelo. Qué extraño me resulta decírtelo en estas circunstancias. Tengo la impresión de que, de alguna retorcida forma, estamos quedando.

Alguien más compartiría esta misma sensación un rato antes de que te hicieras la última foto en el ascensor.

Día 5

Una muerte joven siempre provoca una gran expectación, aunque a menudo es el morbo y no la pena lo que está detrás de esa respuesta tan masiva. En cualquier caso, te han asignado la capilla más grande de San Isidro. Está tan colapsada que no logro entrar y debo esperar fuera a que termine la ceremonia. He apurado demasiado, pero es que no ha sido fácil salir del instituto sin ser descubierto.

Me conozco el sistema de otras veces. El problema no son los profesores (a estas alturas de curso, muchos pasan de comprobar las ausencias al principio de clase), sino un conserje muy plasta que está siempre pendiente de las entradas y salidas. Justo hoy tocaba su turno, ya es mala suerte. Me he quedado esperando y, por suerte, le han llamado de secretaría un rato después y he aprovechado para llegar hasta la puerta principal del instituto.

Prueba superada.

Y ahora estoy aquí, en medio de una multitud que tampoco ha llegado a tiempo de acceder a la capilla. Amigos, políticos, compañeros del colegio, profesores, curiosos... Incluso algún periodista que se mantiene a cierta distancia. Todo el mundo ha venido a despedirte, Joel.

Me pregunto qué estará diciendo sobre ti el sacerdote, si habrá intervenciones de compañeros y familiares o tus amigas te dedicarán unas últimas palabras. Desde donde estoy no puedo escucharlo, así que mi imaginación recrea la despedida que te mereces. Me entero de que han colocado una pantalla grande ahí dentro. Van a proyectar fotos de tu vida.

Suena una canción de misa. La gente murmura sin fuerza, apenas logra seguir la voz enérgica de los religiosos que presiden. Los sollozos de las primeras filas no llegan hasta aquí, pero se oyen guitarras. Supongo que nadie puede aventurar qué funeral habrías querido. ¿Quién piensa en eso a nuestra edad?

Noto tu presencia. Nunca he dejado de sentirte cerca, aunque sea imposible. Ni siquiera cuento con la solidez de los recuerdos compartidos.

Me dedico a hacer tiempo estudiando a estas otras personas que han acudido a tu funeral. Gente elegante, se nota. Es la primera vez que me siento incómodo en un cementerio. El motivo son los vivos, no los muertos.

Observo a varios jóvenes. Compañeros tuyos, seguro. Bien vestidos, guapos, todavía con la impresión pintada en sus rostros, con la seriedad que se espera de ellos en un acontecimiento así. Pero no me creo la tristeza que aparentan, demasiado conveniente. En cuanto crucen el umbral de este cementerio, volverán a sus vidas apacibles, satisfactorias.

Vidas fáciles.

Volverán a reírse, a soñar. Y, poco a poco, conforme avance el tiempo, te olvidarán. Tú apenas tenías amigos en ese colegio, lo he leído. Por eso sus expresiones de desconsuelo me resultan postizas, como si ellos se esforzaran en disimular que, cuando ocurre una tragedia así en un colegio, todos son, de algún modo, responsables.

Sin embargo, para mí, tu muerte no es un simple paréntesis, y lo que experimento en este momento, aquí, es un dolor auténtico que cada vez me resulta más difícil de entender. ¡No nos conocíamos, Joel! ¿Qué pinto en tu funeral, creyéndome con más derecho a sufrir por tu muerte que otros que sí te conocieron? ¿Cómo he llegado a este punto absurdo?

No soy capaz de explicarlo. Lo único que sé es que descubrirte ha supuesto para mí, desde el primer momento, un impacto que no había sentido nunca al rastrear otras muertes. No me quito de la cabeza tu existencia, tu huella. Sencillamente, me has cambiado. Ya no soy el mismo, y tengo la sensación de que no podré recuperar mi vida mientras no se resuelva, de algún modo, el enigma de tu final.

Sigo espiando entre el gentío.

¿Habrán acudido los misteriosos cómplices de Iván, esos dos compañeros cuya identidad no ha trascendido? Parece que tampoco se ha podido demostrar el papel que jugaron en la broma macabra que acabó contigo. Ojalá pudieras hablar, Joel, y delatarlos con el mismo dedo acusador con el que señalas a Iván en sus pesadillas. Contar lo que te hicieron.

Me pongo de puntillas y alcanzo a ver el interior de la capilla. Al fondo, alguien habla desde un atril, junto al altar. La pantalla sigue encendida y han dejado la imagen fija de un primer plano tuyo sonriendo, Joel.

Supongo que es un bonito homenaje, que hay mucho que contar y recordar de ti. Aunque a mí me interesa, sobre todo, tu versión más desconocida.

Minutos después, el funeral termina. Todos los que aguardamos fuera nos alejamos para dejar que salgan los que han conseguido entrar. Se suceden entonces los abrazos, las conversaciones a media voz en grupo, los pésames a la familia. Yo no me encuentro con nadie conocido, claro, y permanezco en silencio un poco más atrás, apoyado en una pared del edificio. No es mi ambiente, no pertenezco a esta realidad. ¿Se dan cuenta los demás? Mi propia ropa me delata, mis zapatillas gastadas. Busco alguna mirada de esas con las que te menosprecian sin decir nada –a lo mejor tú también sabes de lo que hablo–, pero no descubro ninguna. Tiene sus ventajas no ser el protagonista. Aun así, me siento un farsante aquí, usurpando un derecho que pertenece a otros.

Me asalta el temor de que alguien pueda, en cualquier momento, echarme en cara mi presencia: «¿Quién eres? ¿Por qué has venido?».

«¿Por qué finges un dolor que no puedes sentir, tú, que no conociste a Joel? ¿No te da vergüenza?».

«Lárgate».

Resisto mis ganas de batirme en retirada. Aquí estoy, asomado al último acto de lo que ha sido tu breve vida. Quiero despedirme de ti.

Ojalá hubiera podido acudir también a tu velatorio, enfrentarme cara a cara a ese aspecto dormido, sereno, de quienes os vais demasiado pronto.

Percibo que todos se callan de repente. Llega el momento crítico. La gente se aparta respetuosamente para dejar paso a tus padres –no sé quién de los dos está más medicado– y a un chaval de unos catorce años, parecido a ti, que supongo que es tu hermano. Salen justo ahora de la capilla. El aspecto que ofrecen es el que cabe esperar: ella hundida, apoyada en su marido con gesto extraviado; él, muy pálido, camufla su dolor con unas gafas de sol mientras busca el mismo consuelo en ella; el hijo junto a ellos, con pinta de no acabar de asumir lo que está viviendo. Movimientos de autómatas en los tres.

Lo siento tanto, Joel... Esto no debería haber sucedido.

De modo espontáneo, se forma una fila de personas que quieren dar un abrazo a tu familia. Yo tengo la audacia de sumarme a ella. Habiendo llegado tan lejos, no voy a cortarme ahora. Poco a poco, me aproximo y mi corazón comienza a latir con más fuerza. Estoy muy nervioso, como si cada avance me aproximara a ti realmente.

Jamás me había atrevido a hacer algo así con ninguna de esas personas ya muertas cuyo recuerdo guardo en mi ordenador.

Trago saliva. El señor trajeado que tengo delante de mí termina por fin de manifestar sus condolencias y se marcha. Queda ante mi vista, súbitamente, tu familia. Y en sus ojos me encuentro con los tuyos. Casi no logro reaccionar, el impacto es fuerte.

Te reconozco de las fotos, de los vídeos.

Estás en ellos.

Me ha faltado tiempo para preparar este encuentro. Pierdo unos segundos hasta recuperar el aliento. Detrás de mí, otras personas esperan su turno.

Me inclino y doy dos besos a tu madre, que se limita a ofrecer las mejillas con languidez. Estrecho la mano a tu padre y a tu hermano: no soy capaz de abrazarlos. «Lo siento mucho», repito a cada uno de ellos. No se me ocurre tampoco nada que añadir.

Me han mirado, pero no hay posibilidad de que se cuestionen quién soy, qué relación tenía con su hijo. No corro ningún riesgo. La bruma de sus pupilas habla de una inmensa distancia. Me observan desde la región del dolor.

Me aparto con delicadeza y aprovecho para recuperarme de la conmoción. Ha sido brutal. No había previsto esta experiencia, y solo ahora soy consciente de mi osadía. No me lo puedo creer: estoy llorando.

En este momento llega un coche largo, oscuro, brillante, y se detiene cerca. Lo han adornado con coronas de flores y en su interior ya han colocado tu ataúd. Ahí estás. Todavía. A continuación, el vehículo arranca y todos nos vamos colocando detrás. El desfile más triste del mundo, que avanza al ritmo lento que impone el coche.

Nadie habla mientras nos vamos adentrando en las avenidas flanqueadas de tumbas de este cementerio. Noto la grava suelta bajo mis pies y el chasquido que produce pisarla. Yo camino sin mirar a mi alrededor, vuelve a invadirme la inseguridad. Soy un entrometido, me van a descubrir.

Pero no sucede.

Al cabo de unos minutos, llegamos hasta un pequeño panteón de arquitectura moderna. Sobre su portón, abierto para recibirte, leo varios apellidos, entre los cuales se encuentran los tuyos. Tu nuevo hogar.

Los trabajadores del cementerio comienzan a sacar tu féretro. Yo me alejo, necesito asistir a la escena desde una perspectiva más amplia. Intuyo que esta imagen me acompañará durante mucho tiempo. Qué extraño es asistir entre lágrimas al funeral de un desconocido.

Y entonces las veo.

Son ellas, no cabe duda. Begogreen y LauraaaWWW.

También han acudido a despedirse de ti.

Lloran y, desde la distancia, advierto la autenticidad de sus lágrimas. Sí, os unía una amistad sincera. Y aquí están, brindándote la compañía y el apoyo que también te ofrecían mientras vivías.

Han acudido tal como son: LauraWWW con su estética oscura, Begogreen con su aire *hippy*. No disimulan, no se esconden en este entorno rígido y conservador. Son tus verdaderas amigas y hacen gala de ello. Tampoco camuflan el daño que les provoca tu ausencia.

Han caminado de la mano, y ahora aguardan así mientras te introducen con solemnidad en el panteón.

Al rubio de los ojos azules, el de la foto en tu perfil de Insta, no lo veo por ningún lado.

Alguien pronuncia unas últimas palabras. La familia agradece la presencia de todos y pide un rato de intimidad. La gente empieza a irse y allí se quedan tu padre, tu madre y tu hermano.

Begogreen y LauraWWW se desvían del sendero principal para alejarse entre edificios de nichos. Yo las sigo con la mirada hasta perderlas de vista.

¿Y ahora qué? Me he quedado solo, medio oculto tras una sepultura, frente al panteón donde ya descansan tus restos, Joel. Tu familia continúa ahí.

Debería regresar al instituto. Aún llego a la última clase.

Sin embargo, mis pies me llevan en otra dirección: la que marca el rumbo de tus amigas.

No puedo evitarlo. Ellas representan el último vestigio de ti. Si quiero conocerte más, necesito conocerlas a ellas. No tengo ni idea de adónde me conduce esta locura, pero estoy dispuesto a sumergirme en ella.

Es como si tu muerte hubiera alentado mi vida, Joel. Qué ironía.

Dedico un último vistazo a tu panteón familiar y echo a correr sorteando tumbas por miedo a perder a tus amigas. Freno al descubrirlas de nuevo, un poco más adelante. Su forma de arrastrar los pies me habla de la pena con que abandonan este lugar, al que vendrán a visitarte a partir de ahora.

De vez en cuando se detienen para leer alguna lápida. Quizá localizan las de jóvenes de nuestra edad, en busca de amistades que puedan hacerte compañía en esta nueva existencia que se abre ahora para ti.

Soy un romántico.

Dos veces giran la cabeza y yo tengo el tiempo justo de ocultarme. Tras el susto que me provoca la segunda, aguardo unos minutos antes de volver a asomarme. Quiero asegurarme de que no me pillan. Poco a poco, voy quedando al descubierto de nuevo. Qué vergüenza, estoy actuando como un mirón.

Pero mis ojos no las detectan.

Ya no están.

¡Han desaparecido!

Mierda. Busco sin moverme entre este bosque de sepulturas y nichos que se interpone, sin lograr encontrarlas. ¿Dónde se han metido?

No me queda más remedio que avanzar, a pesar de que resulta arriesgado. Apenas he dado unos pasos cuando una voz me detiene.

–¿Y tú quién eres?

Me giro y ahí están: las dos, sus ojos todavía llorosos observándome con menos curiosidad que desconfianza, junto a una enorme cruz de piedra. Qué desastre. Quien se dirige a mí es la *hippy*.

Esto no ha podido empezar peor, y ahora dispongo de muy pocos segundos para decidir qué les cuento. Estoy a punto de estropear el contacto con las únicas personas que me pueden conectar contigo. ¡Tengo que reaccionar! Mi mente empieza a construir una mentira que sirva para justificar mi presencia. ¿De qué puedo conocerte, Joel? ¿Dónde hemos podido coincidir?

En pocos sitios, a juzgar por cómo analizan mi aspecto. Se impacientan. Van a pasar de mí. El momento es muy duro para ellas y no están para juegos. No les preocupa qué me ha traído hasta aquí, sino si soy un acosador que las estaba siguiendo.

Un tío que acosa a las chicas en un cementerio ocupa el puesto número uno en el *ranking* de lo más chungo.

–He venido... He venido al funeral de Joel –comienzo, para ganar tiempo.

Tengo la impresión de que ese dato no mejora la situación. Siento que se alejan de mí sin moverse, como si me apartaran con la mirada.

En realidad, su pregunta no esperaba respuesta. Lo único que querían era que yo las dejara en paz.

Dan un paso atrás.

Se van a marchar.

Por eso decido que una mentira no me permitirá retenerlas. Llegados a este punto, solo me queda la estrategia suicida de la franqueza. Cualquier otra táctica fracasará.

Toca apostar a todo o nada.

–Nunca lo conocí –murmuro–. Y aquí estoy.

Esa confesión sí las sorprende, aunque no lo suficiente. Las pupilas de ambas vuelven a enfocarme cuando ya me descartaban, esta vez de un modo más severo. La *hippy* ha pasado a observarme con miedo, incluso con rabia. Están resentidas con el mundo por una injusticia que ni entienden ni están dispuestas a aceptar. Y yo acabo de interrumpirlas en medio de su dolor. Soy un elemento extraño, y no están dispuestas a concederme espacio ni atención. No quieren perdonar a nadie, escuchar sermones ni tener paciencia. Hoy no.

Sin embargo, en medio del recelo de la gótica se ha abierto paso, tímidamente, el brillo inconfundible del interés. Lo percibo. Nadie acude al funeral de un desconocido sin un buen motivo, y, desde luego, no lo es –no debería serlo– perseguir chicas. Por eso mi presencia le intriga.

–Déjanos en paz, ¿quieres? –la *hippy* se siente demasiado exhausta y destrozada como para distracciones. Coge de la mano a su amiga y la empuja a reanudar la marcha entre las tumbas. Se niega a dedicarme ni un segundo más. Lo entiendo. Solo querrá ocupar sus próximas horas acordándose de ti.

Yo haría lo mismo.

Se han girado, empiezan a caminar y yo me quedo quieto, vacilante, hasta que la gótica

vuelve la cabeza una última vez para mirarme. Ese gesto me da el impulso que necesitaba, me hace olvidar la vergüenza y el pudor. Por eso soy capaz de dirigirme a ellas de nuevo:

–¡Vosotras sois Begogreen y LauraaaWWW! –bajo la voz, todavía se encuentran cerca–. Yo me llamo Dani. Os seguía porque os he reconocido.

Frenan y yo aprovecho para vencer la distancia que nos separa. Me detengo frente a ellas y entonces llega un segundo pulso de miradas, aún más frío.

–No es el momento, de verdad... –la *hippy* se resiste. Lo único que busca es huir de allí, quizá llorar en la intimidad de un refugio a salvo de intromisiones como la mía.

No ha habido tiempo para la resignación.

Sin embargo, su amiga quiere saber más. Lo noto.

Y yo necesito aprovechar esta oportunidad.

¿Conseguiré convencerlas?

Así comienza nuestro primer encuentro. Esto se me ha ido de las manos, Joel. Yo tendría que estar en clase de Matemáticas. Como me pillen, voy a tener que dar muchas explicaciones en el centro y me caerá sanción. Una cosa es asomarme a tu vida; otra muy distinta, adentrarme en ella.

Al final han accedido a concederme unos minutos gracias a la intervención más comprensiva de la gótica. La otra continúa observándome con desconfianza. No le importa mi presencia aquí. Tampoco se molesta en disimular que preferiría perderme de vista en estos momentos, aunque tampoco tiene fuerzas para imponerse y se deja llevar por su amiga. La única ventaja de su desolación es esa debilidad.

Nos hemos ido alejando de la zona de tu entierro, Joel. Ahora estamos sentados en un banco de una de las principales avenidas del cementerio. Es un lugar extraño para este primer encuentro, pero al mismo tiempo se respira una paz, un silencio, que lleva a recuperar la serenidad y a las confidencias.

Nadie nos interrumpirá aquí.

Con delicadeza, procuro corregir el penoso comienzo de este cruce de caminos presentándome e insistiendo en cuánto lamento la pérdida de su amigo. Hablo en tono suave, les recuerdo fotos de tu Instagram en las que te acompañan. Todo esto ayuda a romper el hielo, a despertar su nostalgia. Incluso un paso tan sencillo como compartir sus verdaderos nombres, Begoña y Laura, les supone un esfuerzo. Se las ve tan vulnerables...

Sus voces brotan sin energía; es como si ellas todavía no hubieran escapado del área de influencia de tu panteón. Se mueven envueltas en la atmósfera pesada de tu despedida.

La primera era compañera tuya en el colegio; Laura, en cambio, os conoció hace un par de años en un salón del cómic que se celebró en IFEMA.

Esos datos me ayudan a ubicarlas, aunque está claro que faltó yo por explicar mi conexión contigo.

–Y tú, ¿de dónde sales? –me lanza Laura por fin. Noto cómo su afición hacia lo oscuro le hace estar, a pesar de todo, muy cómoda en este sitio. Ya somos dos.

Carraspeo.

–Me encontré vuestro vídeo de despedida por casualidad –explico, eludiendo hablar de mi origen–. En Instagram. Ya había leído la noticia.

–¿Y...? –Begoña permanece callada, así que Laura prosigue el interrogatorio–. ¿Has venido al funeral por eso? ¿Qué buscas? ¿En serio no lo conocías?

Juraría que a Laura, incluso sin saber nada de mí todavía, le resulta más comprensible mi actitud, el impulso que me ha traído hasta aquí. Apenas nos conocemos y, sin embargo, deduce que compartimos la atracción hacia el lado misterioso de la muerte. No había experimentado esta sintonía con nadie, y me descoloca; siento que a ella podría contarle lo de la colección de cadáveres que acumulo en mi ordenador sin riesgo de ahuyentarla.

Tenías buen gusto para las amistades, Joel.

–Me parece tan injusto lo que ha ocurrido... –comienzo–. No coincidí con vuestro amigo, pero... pero hubiera querido formar parte de su vida, aunque fuera en el último momento. Suena raro, lo sé. Pero he sentido la necesidad de acompañarle. Y aquí estoy.

Nos quedamos los tres en silencio. No es fácil añadir algo después de una declaración tan... insólita.

–A mí no me suena tan raro –admite Laura–. Si hubieras conocido realmente a Joel, te habría pasado lo mismo. No dejaba a nadie indiferente.

A Iván tampoco, desde luego. Lo que te hizo lo demuestra. No dejabas a nadie indiferente, Joel, para bien o para mal. Y has pagado un precio por ello.

No compensa dejar el recuerdo de un cuerpo bonito.

Laura, a pesar de todo, habla con cautela. Imagino que aún duda si lo único que me mueve, en el fondo, es el morbo hacia un crimen, la curiosidad, y no una causa tan sentimental.

Begoña apenas me dirige miradas de refilón. No resiste más en esta situación tan incómoda. Sigue asustada, inquieta. Mi aparición y mis palabras la han alterado.

–Vámonos... –suplica a su amiga–. Necesito salir de aquí.

Laura asiente y ambas se levantan. Tengo que completar mi confesión o las perderé.

–Al ver vuestras fotos y vídeos, me di cuenta de que Joel tenía que ser un tío interesante –continúo–. Especial. Siento como... como si me hubieran robado a un amigo que nunca tuve –me encojo de hombros y aparto la vista; me da pudor hablar de esto–. Supongo que he llegado demasiado tarde.

Begoña no altera su expresión hundida, pero Laura titubea. Me doy cuenta de que he acertado al ser honesto: las reticencias de la gótica han ido debilitándose. El interés comienza a ser mutuo.

Está intrigada, quiere saber quién soy.

–Tal vez no sea tan tarde –dice Laura–. Siempre queda camino, ¿no? Nosotras no vamos a olvidar a Joel.

Ha sacado su móvil. Me pide mi Insta. Por un momento, me invade el pánico. ¿Tengo algo en el perfil que delate mi situación? No creo, soy una sombra en las redes. Me parece justa su solicitud: indagar sobre ti, Joel, me obliga a exponerme yo.

–Por favor... –Begoña, junto a ella, insiste en alejarse, cada vez más agobiada. No soporta este paisaje de sepulturas que le impide distanciarse de tu ausencia ni mi proximidad de acosador.

Le doy el dato a su amiga. Es un perfil sin información personal, ya que, en mi situación, prefiero no dar detalles sobre mí. Laura me da a seguir. Yo he sacado también mi teléfono –durante las salidas me lo devuelven– y hago lo mismo con su Instagram. Ella me permite acceder a su cuenta privada y me recuerda también su canal de TikTok, que utiliza poco.

–Creo que a Joel le habrías caído bien –concede–. Eres lo suficientemente raro. Creo.

No entiendo la felicidad que me provoca ese comentario.

Laura sonríe fugazmente antes de recobrar su gesto de tristeza y yo, recordando que debo volver a mi mundo, consulto la hora en mi teléfono. ¡Qué tarde se ha hecho! Ya no llego a la última clase. Toca regresar a mi realidad... y rápido.

No quiero que me penalicen por falta de puntualidad.

–Yo también me tengo que marchar –les aviso de pronto, mientras ellas se disponen a irse–. ¡Ya nos veremos!

Mi súbita urgencia rompe el hechizo de este encuentro que ninguno comprendemos del todo.

Begoña no parece decepcionada con mi aviso. Es evidente que le alivia poder terminar de una vez esta conversación tan inoportuna.

Quizá piensa ella que no volverá a verme más, inmersa en un dolor que solo quiere

compartir con su amiga. Se equivoca.

–Lo siento mucho. Ánimo.

No quiero decir más. Les dirijo una sonrisa que queda enigmática y, mientras percibo cómo sus pupilas me siguen al girarme, desaparezco entre las tumbas.

XVIII

He llegado al centro de menores justo al límite, así que aquí nadie se ha enterado de mi incursión secreta al cementerio. Ahora estamos comiendo.

Los menús en este lugar son un lujo para algunos de nosotros: ¡dos platos y postre! Lo de las cinco comidas al día se convierte en ciencia ficción cuando regresamos al exterior, un recuerdo que algunos añoran al recuperar la libertad.

Suelo compartir mesa con los gitanos e Ignasi. En la de al lado se sienta Iván junto a los rumanos. Tu asesino todavía habla poco, Joel, pero va participando más en las conversaciones.

–Te apuesto esas zapatillas a que hago mejor tiempo que tú –le reta Marius, que también está en muy buena forma, señalando su calzado–. A que no tienes huevos.

Habla de echar una carrera alrededor del patio principal. Cuando corre, los ojos de Marius vuelven a brillar con la transparencia que perdieron al empezar con las drogas y el disolvente. Un atisbo de lo que fue. Las flexiones también suelen emplearse con frecuencia aquí para hacer apuestas, al igual que la Play, el *ping-pong* o el fútbolín. Hay todo un tráfico de objetos y pertenencias que pasan de mano en mano. Como es lógico, lo que tiene Iván está muy cotizado, aunque los internos no manejamos dinero mientras estamos dentro.

Me consta que algún magrebí, como Amín, se ha llegado incluso a prostituir. Me duele solo de pensarlo, viendo su sonrisa blanquísima y esos ojos negros tan relucientes con los que se asoma al mundo en España. «No es dinero fácil», me susurró durante una de las escasas ocasiones en que las confidencias se vuelven tan íntimas que se llega a confesar secretos así. Se arrepiente de haber recurrido a eso; lo que ocurre es que su cuerpo es el único recurso del que dispone, y sabe que hay gente que paga bien. No seré yo quien lo juzgue, aunque deseo con todas mis fuerzas que en el futuro encuentre otras formas de mantenerse que lo alejen para siempre de ese mundo.

Dentro de nuestro centro, aparte del trueque, solo hay un medio para adquirir cosas: ganar apuestas.

Presto atención a la respuesta de Iván:

–De acuerdo –ha dicho–. ¿Y qué me darás tú si pierdes?

Iván ha jugado bien sus cartas. Estoy convencido de que, a estas alturas, conoce la fama de Marius como corredor invencible (nadie lo ha superado nunca, y lleva aquí seis meses), pero, aun así, ha aceptado el desafío. Juraría que ya cuenta con perder sus zapatillas. Valdrán doscientos euros, pero es un precio que le servirá para ir incorporándose con naturalidad a esta comunidad de desheredados que poblamos el centro. A él no le hacen falta: tiene otros pares y, si lo necesitara, su familia le traería más.

De todas formas, su naturaleza competitiva de deportista le impulsará a intentar ganar. Estoy convencido.

Marius se ha quedado pensando qué puede ofrecer. No posee nada tan valioso como esas zapatillas de Iván.

–Si pierdo, te quedarás con esto –se quita una cadena que lleva al cuello y se la muestra–. Para mí tiene mucho valor.

Salta a la vista que el material es de poca calidad, pero Iván admite la oferta. Sí, va entendiendo cómo funcionan las cosas aquí.

Hay otro interno atento a Iván desde su mesa: Pardo. Ya ha terminado de comer y le observa con gesto tranquilo. Ya los he visto hablar varias veces, tal vez no haya de qué preocuparse. De todos modos, conviene no fiarse nunca de la gente como él.

–¿Por qué meterlo en una taquilla? ¿Seguro que no fue idea tuya?

Iván nota el desprecio en mi voz cuando, de improviso, le planteo esa cuestión que, por fin, me he decidido a formularle.

–¿Y a ti qué te importa? No quiero hablar de eso.

Ha reaccionado mal, claro. Me he precipitado, pero ya es tarde.

Le resulta rara e incómoda mi curiosidad sobre lo que hizo.

Es la hora de la merienda. Ahora toca tiempo libre y nos encontramos en el patio, Iván y yo solos junto a Ignasi. Los demás del módulo están jugando al fútbol, todos a la vista del educador que nos vigila durante este rato de descanso. Yo nunca me apunto a esos partidos: me aburren. Desde aquí se oyen los gritos de mis compañeros y cómo chutan el balón. Es raro que Iván no haya querido sumarse y haya venido hasta donde yo estoy. Supongo que tiene mal día; lo noto por la forma brusca en que da una patada a una piedra pequeña.

–Qué divertido, ¿no? –insisto–. ¿Qué se siente al abusar de alguien? Seguro que disfrutasteis mucho.

Estoy peleón. El encuentro con tus amigas ha avivado mi rabia por lo que te hicieron. Si Iván quiere mi compañía, tendrá que responderme. Hoy sí. No estoy dispuesto a esquivar esta conversación y no me voy a conformar con hablar de sus amigos. Paso de ponérselo tan fácil.

–¿No me vas a dejar en paz?

–No.

Él vuelve a apartar una piedra con el pie.

–Mis amigos y yo no nos inventamos nada –gruñe–. No es la primera vez que se hace eso en el colegio.

–¿A Joel?

–¡No, joder! Me refiero a que hace tiempo se hacían algunas novatadas a los jugadores que iban a entrar en el equipo de fútbol, eso es todo. El bautismo de la taquilla era una de ellas. Nunca había pasado nada. Lo prohibieron y ya está.

Seguro que a los pandilleros latinos les encanta ese rito. Les va mucho ese rollo.

–Lo prohibieron y vosotros lo recuperasteis para Joel –le digo.

–Era una broma, solo eso.

–Algo más tuvo que ser si acabó así.

–¿Cómo acabó? –interviene ahora Ignasi, que no está al tanto de las circunstancias concretas de tu muerte.

–Después tiraron la taquilla a la piscina –contesto–. Imagina el final.

Iván frunce el ceño.

–Te estás pasando, Dani. No sigas por ahí.

Le ha cambiado el semblante. El dolor sigue ahí alojado, en sus entrañas, y siente su dentellada en cuanto toco el tema.

–Las bromas se hacen para divertir a todos –insisto–. Si no, no son bromas. ¿Le divirtió a Joel?

–Joder...

–¡Venga, dime si él estaba disfrutando antes de que todo se torciera!

Quiero obligarle a que reconozca en voz alta que sufriste. Lo necesito.

–¡Pues claro que no! –se harta–. ¿Te vale con eso? ¿Es que tú nunca le has vacilado a nadie? ¿Nunca te has reído a costa de otra persona? Es algo normal...

«Algo normal». Ese es el problema.

–Algo normal para ti, Iván. No para mí.

Entre los internos no gustará cuando se enteren de estos detalles. Aquí se valora la violencia, la fuerza, pero en igualdad de condiciones. Este abuso de tres contra uno se verá mal, como una cobardía.

–Sois unos animales –Ignasi lo ha dicho con asco; le repugna tanto como a mí escuchar el argumento de Iván–. Me largo.

El catalán se aleja hacia los rumanos, que tampoco se han sumado al partido de fútbol y charlan sentados en la hierba un poco más allá. Yo contengo mis ganas de hacer lo mismo. Ya llegará el momento de apartarme de Iván, cuando le haya sacado toda la información.

Ataco de nuevo:

–¿Y no te parecía peligroso? ¿No os parecía una «broma» peligrosa a ninguno de los tres?

Me vuelve a la mente la incógnita de por qué acudiste a esa encerrona, Joel. ¿No lo viste arriesgado? ¿Te metieron a la fuerza en la taquilla, o te metiste tú, obligado por ellos? ¿Accediste a hacerlo para demostrar algo?

Iván cierra con fuerza los puños.

–¡He dicho que no quiero hablar de eso!

No voy a permitirle una salida tan fácil.

–Me lo debes. Bastante estoy haciendo por ti: te he acompañado desde que llegaste, he aguantado tu mala leche, te he explicado cómo funcionamos aquí, incluso te he dado algunos consejos que a mí me habrían venido muy bien la primera vez que me ingresaron.

Iván resopla, se lo piensa y termina cediendo. Me necesita. Al menos, todavía. Le resulta muy duro mantener esta conversación, porque le remuevo una herida sin cicatrizar.

–Ninguna taquilla está cerrada –murmura–. Si la tiras con la puerta hacia arriba, cae abierta a la piscina. Como broma, es una gilipollez. No cuesta nada salir. Así se ha hecho siempre.

–¿Y qué pasó?

Iván aprieta los labios.

–Que no se abrió.

Me quedo en silencio.

No se abrió. Y acabó todo para ti, Joel.

Va a terminar el tiempo libre tras la merienda. Quedan pocos minutos. Antes de concluir esta conversación, me interesa que explique qué papel concreto jugaron sus amigos en ese ritual del bautismo de la piscina.

–Beltrán y Nacho deberían haberte frenado con más convicción –continúo–. Para eso están los amigos: para evitar que hagamos tonterías.

Si, además, fue Beltrán quien le dio la idea...

–Ya ves –responde–. Ellos hicieron lo contrario: animarme a que siguiera adelante. Aunque no hay pruebas y ellos lo niegan.

–¿En ningún momento te dijeron que pararas?

–Solo Nacho, y tampoco te creas que insistió mucho. ¡Él estaba encantado con la idea de hacerle la prueba del bautismo! Beltrán..., no sé cómo decirlo, me lo puso todo fácil, ¿sabes? Casi parecía que tenía más ganas que yo de hacerle eso.

–Bueno, la gente habla mucho, se va de boquilla, pero eso no quiere decir que luego sean capaces de hacer nada. Salvo tú, por desgracia, en este caso. ¿Le habías pedido que te ayudara?

–Eso mismo me preguntó mi abogado.

–¿Y tú qué respondiste?

Iván suelta un largo suspiro.

–Que sí. Cuando lo decidimos, le pedí a Beltrán que me ayudara a organizar todo. Ya te dije que es muy meticuloso, muy ordenado.

Una persona discreta, pero eficiente. Calculadora. El perfil ideal como segundo de a bordo, alguien digno de confianza que no amenaza su liderazgo, lo que sí podía hacer Nacho en su condición de capitán del equipo. Beltrán era el cómplice perfecto.

–O sea, que, en el fondo, una vez que tú tomaste la determinación de seguir adelante, lo único que hizo fue obedecerte.

En su mentalidad retorcida, incluso podría afirmarse que Beltrán se comportó como un amigo, como un camarada, al acompañarle en esa situación y echarle una mano. Actuó de facilitador de una decisión que había tomado Iván. El concepto de lealtad corrompido en un sentido que también manejan aquí la mayoría de los internos. En especial, los pandilleros latinos y los del este.

Todo admite muchas interpretaciones, incluida esta tan perversa.

–Beltrán colocó la taquilla en el suelo mientras yo lo entretenía –describe Iván con voz neutra–. Nacho miraba y vigilaba la entrada a la piscina. Ese era el plan.

–¿Tú ya habías decidido que haríais el bautismo completo? ¿Lo sabían ellos?

–Lo sabían. Ahora van diciendo que no me tomaron en serio, que pensaban que yo me conformaría con meterlo en la taquilla. ¡Mienten!

Cómo me duele que hablemos así de ti, Joel. Repasar estos hechos, mantener la frialdad, me está resultando muy difícil.

–Ellos afirman que tú perdiste el control.

Prefiero no imaginar tus quejas, tus gritos desde el interior de la taquilla. Quizá, por conservar la dignidad ante ellos, te mantuviste en silencio hasta el último momento. Accediste a ese juego macabro solo porque pensabas que terminaría ahí, sobre el bordillo. No soy capaz de preguntárselo.

–Se me fue un poco la cabeza –confiesa.

–¿Por qué?

¿Por qué le sucedió a él, y no a Beltrán o a Nacho? ¿El carácter de Iván es, a lo mejor, más inestable?

O hay alguna otra causa que me está ocultando relacionada con el hecho de que él dirigiera esta encerrona.

Iván se pasa una mano por la cara.

–No lo recuerdo bien. Fue todo tan... No sé. La situación se nos fue de las manos, eso es todo.

–Pero...

–Ya no quiero hablar más de esto, Dani. He cumplido de sobra con lo que me has pedido.

Tiene el rostro desencajado.

* * *

En unos minutos darán las diez de la noche. Iván, que ha estado con los rumanos en otra sala, vuelve a aparecer, más sereno.

–¿Qué vas a hacer ahora?

Se refiere al rato que nos queda en la habitación antes de dormir. Hasta las once y media no apagan la luz.

–Lo de siempre: leer, escuchar música, ver alguna serie...

Mi respuesta le sorprende.

–Pero ¿es que tienes en la habitación...?

Ningún interno puede entrar en el cuarto de otros compañeros, así que él había imaginado que todos cuentan con la misma falta de comodidades.

Supongo que a Iván le habrán entregado algo para que se distraiga, tipo puzzles o cartas, pero no le habrán permitido tener libros, consolas, música o televisión. Disponer en la habitación de cualquiera de esas cosas –que tienen que traer las familias cuando llegan de visita– hay que ganárselo, y él acaba de llegar.

–Cuando empiezas aquí, te abren un expediente personal –le explico–. Ahí apuntan todo durante el tiempo de tu ingreso: lo bueno y lo malo. Igual que si te portas mal te penalizan, si te portas bien acumulas puntos positivos, y eso te da derecho a ciertas ventajas, que puedes perder si la cagas metiéndote en alguna pelea, fumando, llegando tarde, rompiendo algo... Lo tienes en el reglamento que te dio Jaime. Aquí compensa respetar las normas.

–Entiendo. Todo lo que tienes en la habitación te lo has ganado.

Veterano de buena conducta.

–Exacto.

Suena un timbre por todo el pabellón. Toca retirarse. Lo agradezco, no quiero seguir hablando. Iván pone mala cara. Llega el peor momento del día para él.

Todos nos dirigimos a la escalera que conduce a la planta superior. Aún le formulo a Iván una última pregunta, más por cortesía que por interés:

–¿Has empezado a dormir mejor?

Tengo curiosidad por su proceso de adaptación.

Iván lo niega con la cabeza. Por eso procura agotar sus energías durante la jornada, intenta llegar a la noche tan cansado que no surjan las pesadillas ni el insomnio. Pero no lo ha logrado. Todavía no.

Sigue librando una batalla en su interior. Los remordimientos a veces dan tregua, pero siempre vuelven y, entonces, lo hacen en oleadas muy destructivas: un tsunami que arrasa con esos nuevos cimientos sobre los que uno empezaba a levantarse.

Tal como dice una de las psicólogas del centro, el propio instinto de supervivencia provoca pausas en la memoria, olvidos con fecha de caducidad que cubren episodios traumáticos del pasado. Pero esas distracciones no curan, son solo treguas. No le servirán a Iván para perdonarse ni para solucionar su tremendo error. Los hechos siguen ahí, enquistados.

Nada los borrará de su vida.

Día 6

Iván ya lleva tres días en el módulo B. Ha recuperado su ropa y se pasea con un aspecto mucho más fiel a su realidad exterior, más próximo a como tú lo veías. Hemos desayunado, y ahora está en el pabellón principal, con su familia. Se trata de la primera visita autorizada. A pocos había visto tan ansiosos antes de un encuentro. Habrá que ver cómo le sienta. Se avecina bajón cuando sus padres se vayan. Siempre pasa.

Yo estoy en uno de los dos comedores de nuestro módulo, jugando a la Play con Abdou, el senegalés que está solo en esta ciudad desde hace dos años. Es un negro robusto y ágil de diecisiete años, muy hablador, que da las gracias por todo; se nota que ha tenido que sufrir mucho hasta llegar aquí. Se toma muy en serio el taller de carpintería al que asiste en la zona de formación profesional, y hace bien. Su prioridad es buscar un horizonte, en un sentido más amplio que el que imponen los muros de este centro.

Fuera no tiene nada.

–¿Sabes algo nuevo de ese chico? –me pregunta, refiriéndose a ti.

Mi propia investigación –a veces hablo más de la cuenta– provoca que algunos de los internos te vayan conociendo, y lo cierto es que las circunstancias que rodean tu muerte despiertan en ellos una sorprendente camaradería hacia ti. Iván, por eso mismo, no está haciendo muchos amigos en este lugar. No obstante, se lleva bien con los pandilleros latinos y con Hasan. Además, ha empezado a relacionarse con Pedro y juega al fútbol en el equipo de los rumanos.

Sí, ha comenzado a integrarse.

Dejo la consola sobre el sofá y me giro hacia Abdou.

–Su perfil en Instagram es Endimión. Un nombre extraño, ¿no?

El senegalés pone cara rara.

–Difícil de recordar. ¿Qué significa?

Ayer, antes de volver de clase, me entretuve navegando en internet. Quería entender por qué elegiste ese nick en tu perfil, Joel, de dónde lo has sacado. Creo que en tu vida no hacías nada sin un motivo; por eso pensaba que ese nombre tan rebuscado no podía tratarse de una elección accidental. Con lo que descubrí confirmé que acertaba. Gracias a esa corazonada, ahora –quizá– te conozco un poco más.

–Mitología, Abdou –le contesto–. Es mitología. Se trata de una historia curiosa: Endimión era nieto de Zeus, pero fue destronado y tuvo que vivir como pastor en un monte, en completa soledad. Su única compañía, aparte de los animales, era la Luna, de la que terminó enamorándose.

Abdou se acomoda en el sofá.

–Me gusta.

Me observa con sus ojos enormes. Sonríe ante su interés sincero. Para él, solo es un cuento que no conoce. A lo mejor en su cultura hay tradiciones que todavía se transmiten así. Para mí, sin embargo, la historia de Endimión oculta una leyenda que tú escogiste con

toda la intención, Joel, por unos ingredientes que quizá hablan secretamente de ti: el destierro, la soledad, tal vez la ambición o el sueño de vivir un amor imposible.

–Lo que Endimión no sospechaba –continúo– es que Selene, la diosa de la Luna, también se había enamorado de él al descubrirlo dormido durante una madrugada. Por lo visto, era un joven muy hermoso.

–Y ella también estaría buena, seguro. Esto promete... –Abdou se frota las manos; yo no imaginaba que le gustaran las historias de amor–. ¿Y cómo termina?

Cojo mi portátil, donde he guardado el documento de la web que habla de esa figura mitológica.

–Una noche –leo–, la Luna no se pudo contener y, arrodillándose, acercó sus labios a los de Endimión mientras dormía, hasta rozarlos. Ese beso, a pesar de ser tan suave como un rayo de luna, despertó al pastor y, aunque ella desapareció, él alcanzó a verla.

»Endimión, poniéndose en pie de un salto, vio únicamente a su ganado dormido. Solo a su propio corazón se atrevió a susurrarle lo que creía que había ocurrido. Se volvió a tumbar, esperando que volviera a concedérsele aquel milagro, pero no sucedió de nuevo.

Yo me callo y levanto los ojos hacia Abdou.

–¿Qué te parece?

Se echa a reír.

–¡Muy romántico!

–¿Sigo?

–¡Sí, por favor!

–Todo el día siguiente, Endimión, mientras vigilaba su rebaño, trató de soñar su sueño una vez más, y anheló que terminara el día y regresara la noche. Cuando llegó la oscuridad, trató de quedarse despierto para ver qué sucedía. No lo consiguió. Solo cuando volvió a dormirse, surgió una doncella que pareció bajarse de un carro dorado.

»La Luna le besó por segunda vez, lo que despertó de nuevo a Endimión. Este no pudo ver nada más que un rayo de plata entre los arbustos de la ladera del monte.

»Eso mismo ocurría cada noche desde entonces. Endimión se obsesionó. Lo único que le traía felicidad era pensar que, al final del día, llegaría su siguiente sueño durante el cual recibiría un nuevo beso de su amada Luna.

–Un amor imposible –señala Abdou–. Esa historia acaba mal, ¿verdad?

–No te creas –le digo–. Hay un buen giro argumental: resulta que también a la diosa se le hacía largo el día, ya que toda su felicidad se concentraba en el momento que pasaba junto a Endimión. Y, claro, eso puede molar al principio, pero tenían un problema muy serio: Selene era una diosa, y Endimión, un mortal.

Abdou alza la cabeza, repentinamente intrigado.

–Él envejecerá y morirá –sentencia–. Ella no.

–Exacto. Por eso Selene, por miedo a que, con la edad, la belleza de Endimión se estropeará y el chico terminase muriendo, le pidió a su padre Zeus que le concediera un deseo para su amado.

–¡La inmortalidad!

–La eterna juventud y un sueño sin fin, ya que ella solo podía aparecer mientras él dormía.

–Déjame adivinarlo: Zeus aceptó.

–Eso es –vuelvo a mirar la pantalla de mi ordenador–. Escucha esto: «Finalmente llegó la

noche en que los sueños de Endimión no tuvieron fin. Fue una noche en la que la Luna se hizo plateados caminos por el mar, desde el lejano horizonte hasta la costa donde las olas rompían en pequeños fragmentos de plata. De plata eran también las hojas de los árboles del bosque, y entre las ramas de los solemnes cipreses y de los majestuosos pinos, Selene disparaba sus plateadas flechas.

»Mientras aún aquellos labios tocaban los suyos, unas manos levantaron suavemente al dormido Endimión y lo llevaron a una cueva secreta en el monte Latmos. Allí siempre iba ella a besar en los labios a su amante. Allí, por siempre, durmió Endimión, viviendo feliz en sus hermosos sueños, de los que no despertaba, llenos de un amor sin final».

Abdou aplaude.

–¡Una historia de amor imposible que acaba bien! –dice–. Sí que me ha sorprendido, tenías razón.

Yo me pregunto si realmente es un buen final. A fin de cuentas, Endimión se ve obligado a pagar un alto precio: dormir por siempre para poder vivir su amor. Renuncia a todo, desaparece del mundo, incapaz de lograr despierto lo que desea.

Es una tragedia, en realidad.

Y pienso en ti, Joel, eligiendo el nick de Endimión. ¿Qué te llevó a esa decisión? Repaso los ingredientes de la leyenda: el destierro, el deseo de no envejecer nunca, el amor imposible, la belleza.

¿Te sentías identificado en algún aspecto?

¿Acaso vivías apartado del mundo, oculto, enamorado de la Luna?

Son las ocho y cuarto. Enseguida habrá que ir a cenar. Iván regresa al módulo tras la visita de su familia y su expresión lo dice todo: la palidez, el gesto, esa mirada esquiva que se pierde por los rincones; unos ojos que, por mucho que se esfuerce, muestran el brillo de las lágrimas recientes. Ha recuperado la versión más descolorida de sí mismo, el aire fantasmal.

Asistir a la marcha de sus padres, verse de nuevo solo en medio de extraños, lejos de casa, lo ha hundido.

Esto tenía que pasar. Ya se irá curtiendo. Él volverá a su hogar, antes o después. Tú, Joel, jamás.

El momento de la separación, cuando un interno tiene que retornar al módulo y su familia dirigirse a la salida del centro, es muy duro; sobre todo para quienes se estrenan en esta dinámica carcelaria que se repite, en casos como el suyo, dos veces por semana. Mi padre apenas venía a verme una vez al mes. En esta ocasión, todavía no ha aparecido.

Lo mío no es novedad para él.

Iván se deja caer en uno de los sillones de este comedor, con su ropa buena y sus zapatillas caras, sin pronunciar palabra ni acercarse a nadie. Seguro que preferiría encerrarse en su habitación, pero eso está prohibido a estas horas.

No me acerco a él ni le pregunto. Que se busque la vida. No soy una niñera y, además, advierto que se va moviendo con más soltura sin mi compañía.

Aprende muy rápido. Supervivencia.

Élmer y el Creepy, que han puesto reguetón en el equipo de música, bailan con los movimientos que les permiten sus pantalones caídos y la música resuena por toda la sala. Yo me encuentro jugando al billar con Pedro, mientras Ignasi se enfrenta a Vasilé con la Play. Son expertos en el FIFA y aprovechan la vieja consola del centro, que entre estas cuatro paredes es un lujo.

Antes he visto a los magrebíes y a Pardo en el otro comedor, que tiene una mesa de *ping-pong*. De momento, Cristian mantiene las distancias con Iván. Mejor.

—¿Qué te pasa? —me pregunta Pedro de pronto.

Me nota ausente. De hecho, acabo de fallar una bola bastante fácil, la número siete lisa, que se aleja de la tronera y se queda quieta en el centro.

Yo aparto mi taco para que él juegue.

—Perdona, me he distraído.

Dejo de vigilar a Iván y, mientras aguardo mi turno, me viene a la cabeza el encuentro con Begoña y Laura. Desde que volví al centro tras esa escapada, he repasado una y otra vez nuestra conversación en el cementerio, por miedo a haber metido la pata en alguna cosa. Ellas son mi vínculo contigo desde el exterior, Joel. Necesito contar con su complicidad.

Si analizo la despedida, creo que reconduje un poco el desastre de nuestro primer contacto. No obstante, de momento Laura no ha dado señales de vida, y yo tampoco me he atrevido a escribirle. ¿Cuánto debo esperar? Qué difícil es calcular un plazo que no sea tan

corto como para parecer desesperado ni tan largo que se me pueda reprochar falta de interés.

Ayer, a la salida del instituto, me metí en el Instagram de Laura. La conexión que sentí con ella en mitad del cementerio me intriga; también quiero conocerla. No me equivocaba en mi intuición: he comprobado que compartimos la atracción hacia el lado oscuro de la realidad. Ella publica citas sobre la muerte, imágenes de casas abandonadas, fotos en blanco y negro de escenarios tétricos, como unas escaleras de madera que bajan hacia un sótano o un viejo estanque en medio de la niebla... Su pasión por esos temas, como me ocurre a mí, es una cuestión puramente estética. Ella es vital, intensa, pero le inspira lo sombrío. Así de contradictorios somos. Le di varios «me gusta» para recordarle mi existencia y hacerle ver nuestra sintonía en esas preferencias casi inconfesables, sobre todo en entornos como el suyo.

Has provocado un nuevo cruce muy prometedor, Joel.

No le he contado a Iván que estuve en tu funeral. Es algo que no me va a ayudar en su relación con él y, además, tengo la impresión de que me resultará más fácil sonsacarle información si le pregunto de forma casual. Cuando se entere de mi verdadero interés en ti, se cerrará en banda.

Bastante complicado es conseguir que me hable de lo que sucedió.

* * *

A las diez de la noche hay que estar en las habitaciones, así que los internos disponemos de media hora libre tras la cena. Iván se aparta de los compañeros que están viendo una serie y se me acerca. Hasta ahora no ha querido hablar de la visita de sus padres, pero se le nota más recuperado.

–Hoy me han hecho la prueba de nivel –me dice–. Para las clases. Estoy en un grupo muy pequeño. Empiezo mañana.

Se le ve contento con ese panorama minoritario. Evita siempre coincidir con demasiados internos. Lo que me queda claro es que, por el momento, no va a comentar nada de la visita familiar, así que no sacaré el tema.

Tampoco me importa mucho.

–La mayoría no pasa de segundo de la ESO. Por eso sois pocos los que necesitáis profesores de más nivel.

Le sorprende ese hecho.

–Pero si hay gente mucho mayor...

–Da igual.

El fracaso escolar es un elemento habitual en nuestras vidas, por diferentes motivos.

–¿Da igual?

–Los que estamos aquí tenemos otras prioridades, Iván.

La decisión de no estudiar es una losa que arrastramos; nos condena, tanto o más que nuestros actos, a un futuro incierto. Pero es que en nuestro universo solo existe el presente; cualquier apuesta a largo plazo se descarta, no tiene cabida.

El ser un perdedor requiere dedicación a tiempo completo.

–¿Y tú...?

Me quedo mirándole.

–Yo, ¿qué?

–¿Tú tampoco has estudiado más? ¿En qué curso estás?

Nueva sorpresa en su semblante. Nuestras conversaciones le habían llevado a una conclusión equivocada.

–Hago lo que puedo, pero prefiero leer y aprender sobre el terreno. –He repetido un par de cursos, pero no me apetece darle más explicaciones sobre lo que me impide seguir un ritmo normal. Me ha enseñado más el mundo real, la calle, que el instituto. Al menos, hasta ahora.

–Ya veo.

–El horario de las clases es de nueve a una y cuarto –le recuerdo, cambiando de asunto–. Sé muy puntual o te penalizarán. Después, tiempo libre hasta las dos.

Sigo dirigiéndome a él con corrección, pero serio. Una cosa es que yo necesite averiguar lo que ocurrió, y otra muy distinta que eso me obligue a relacionarme más allá de lo imprescindible. Los demás vigilan. Tampoco quiero que piensen que nos estamos haciendo amigos.

–No sé nada de Diana –se queja ahora–. Y ya son bastantes días.

Me sorprende que comparta conmigo un asunto tan íntimo. Casi prefiero que vuelva al tema de los estudios.

–No pretenderás que venga a verte.

Necesitaría autorización, además. Aquí no entra de visita cualquiera.

–No –responde–, pero al menos podría haberme enviado un mensaje con mi hermano. Coinciden todos los días en el colegio.

Esa esperanza es más razonable, pero demasiado optimista.

–Tampoco se lo permitirán sus padres –le digo–. ¿Te haces idea de la imagen que tienes ahí fuera?

La que merece, probablemente.

Muy enamorada tendría que estar ella para intentar acercarse en estos momentos, para concederle la oportunidad de una explicación cuando los hechos no ofrecen lugar a dudas. No hay nada que hablar. Lo lógico es que Diana, al descubrir de lo que es capaz Iván, haya cortado todo contacto con él para siempre.

–Da igual –se defiende Iván–. Ella tendría que confiar en mí. Estamos... juntos, ¿no?

Su tono ha sonado poco convencido. Acaba de percatarse de que quizá su relación ya es historia. La onda expansiva de lo que ha hecho habrá arrasado mucho más de lo que imagina, aunque desde aquí no pueda verlo. Cuando salga habrá perdido amigos, se apartarán de él conocidos y parientes, lo habrán expulsado del equipo de fútbol. Nadie lo llamará ni le enviarán mensajes de wasap. Incluso su hermano estará sufriendo ya el aislamiento del apestado, pagando una deuda que no le corresponde.

Cuando hay tanto dolor, la culpa salpica a toda la familia.

Sin embargo, en el fondo, no veo demasiado afectado a Iván por la falta de noticias de su novia. Protesta, pero es únicamente eso: una queja. Le observo, y yo diría que lo que le lleva a reaccionar así es enfado hacia ella, decepción, despecho. Supongo que cuando alguien a quien quieres de verdad te deja solo en momentos difíciles, el daño tiene que ser mucho más fuerte.

–¿Cuánto lleváis saliendo?

–Tres meses.

Contengo una sonrisa. Acertaba en mi suposición: no está dolido, sino que se siente traicionado por cómo está actuando ella en esta situación. Diana, básicamente, se ha

puesto a salvo.

–Estabais empezando, entonces –comento–. No hay gran cosa que rescatar ahí.

Iván suelta un gruñido.

–Diana me gusta mucho.

Eso no es querer.

–¿Llegaste a hablar con ella antes de que te detuvieran?

Iván se frota la cara con las manos. Habrá repasado miles de veces esos últimos minutos, antes de que sus pasos le condujeran a un punto sin retorno.

–No pude –susurra–. Va a otra clase, un curso menos. Me separé de Diana en el recreo y... todo se complicó.

Si la única versión que le ha llegado a ella es la de los medios, no me extraña que haya desaparecido del mapa.

No me resisto a hacerle una nueva pregunta, a pesar de que percibo que está llegando al límite en esta conversación:

–¿Ella sabía lo que ibas a hacer?

Iván aparta la mirada.

–No. Nadie lo sabía.

Salvo Nacho y Beltrán. Ellos sí estaban al tanto.

–Cuesta poco preparar una trampa así, ¿verdad?

No contesta. Sin pronunciar una palabra más, se levanta y se va.

Una sombra que se aleja hacia la noche.

Día 8

Iván va superando jornadas en el módulo de régimen cerrado y yo he caído en la cuenta de algo: nunca te nombra. Incluso cuando hablamos de ti. Es incapaz de mencionar tu nombre. Repaso nuestras conversaciones y no consigo recordar ni una sola ocasión en que haya ocurrido.

No sé cómo suena tu nombre en su boca.

Esa omisión tiene que ser intencionada.

Él te ha convertido en una especie de víctima de fosa común. Me revienta, por eso le saco el tema en cuanto coincido con él sin otras compañías. Esta tarde ha sucedido. Hace buen tiempo y los demás se encuentran fuera del pabellón. Los dos nos hemos topado dejando nuestras bolsas de ropa sucia para la lavandería.

He de aprovechar, y para esta conversación necesito intimidad. Lo mío no es valentía, es rabia.

–Nunca dices su nombre.

Iván, que está comprobando sus prendas, levanta la cabeza.

–¿De qué hablas?

–Ya me has oído. Nunca dices su nombre.

Iván entiende ahora a qué me refiero, si es que no ha sido así desde el primer momento.

–Qué más da. Está muerto.

–¿De qué tienes miedo?

–De nada.

–Pues repite conmigo: Joel.

–Déjame en paz.

Intercambiamos la que quizá sea la mirada más larga que hemos mantenido hasta hoy. Sopesamos nuestras fuerzas, nuestros argumentos.

Sabe que no voy a rendirme, aunque a él le desconcierte mi insistencia. Imaginará que lo hago para castigarlo. En realidad, se trata de mi forma de exigirle respeto hacia ti.

–Es una manera de huir.

Iván suelta una risa corta que suena artificial. No le ha hecho ninguna gracia.

–¿Huir de qué?

–De lo que hiciste. Pretendes ignorar que acabaste con una vida.

–¿Te crees que puedo olvidarlo? ¿Que lo podré olvidar en el futuro? ¡Tendré que cargar con eso para siempre! Estoy marcado...

–¿Eso es lo que te preocupa? ¿Qué la gente te señale cuando salgas de aquí?

Todos tenemos un pasado.

Iván suelta la bolsa y aprieta los puños. A pesar de su furia, descubro que está al borde de las lágrimas.

–¡Fue un error! –me grita–. ¡Yo no quería que terminara así! Te juro que yo no quería. ¿Tendré que pagar por eso para siempre?

No me sirve.

–Intentas borrar su historia, todo lo que lo hace real. Quieres olvidar que se trata de una persona. Con su identidad, con sus sueños. Con familia.

A Iván se le ve cada vez más acorralado. Se aproxima y, por un instante, parece que va a pegarme o a estampar una silla contra la pared. Logra contenerse; eso demuestra que ha leído el reglamento de régimen interno y sabe que ese tipo de conductas violentas se castiga con medidas de aislamiento, lo que aquí se llama «separación de grupo». En su situación, permanecer encerrado en su habitación durante un par de días sería una tortura.

Así que, cuando quiere, es capaz de controlarse.

Ahora se ha colocado ante mí y acerca mucho su cara a la mía.

–No sigas por ahí, Dani. Te estás pasando.

Comienza a marcharse, pero le agarro de un brazo y se revuelve contra mí.

–¡No me toques!

–¡Pues haz lo que te pido! Es fácil, ¿no? Demuéstrame que estoy equivocado.

Iván menea la cabeza hacia los lados. Se le ve conmovido. Yo no pensaba que le iba a afectar tanto mi reproche.

–No sé qué te has metido... ¿Ahora vas de psiquiatra?

Buen intento de desviar el tema, pero yo no retrocedo. Es incapaz de sostener de nuevo mi mirada.

–Di su nombre, Iván. Con sus apellidos.

–Vete a la mierda.

–Dilo en voz alta. Como si lo estuvieras llamando. Tenía nombre, Iván. Un nombre al que respondía. Era tu compañero de clase, alguien con una vida propia. Tú no podrás rehacer la tuya mientras no asumas lo que has hecho, por mucho que te escondas.

Ya no me escucha. Ha salido al patio central dando un portazo y desaparece de mi vista a grandes pasos.

No te nombra porque tiene miedo, Joel. Y, para superarlo, necesita que solo seas un cadáver anónimo.

Día 9

Un día más, e Iván continúa ganando en autonomía: ya no me busca tanto. He acabado la mañana de clases en el instituto y calculo el tiempo del que dispongo antes de tener que regresar al centro de menores. Mi hora máxima para cruzar su entrada son las tres de la tarde, lo que me deja suficiente margen para continuar revisando tu Instagram durante un rato, Joel.

Debo aprovechar estos resquicios de libertad.

Últimamente me ha dado por buscar vídeos tuyos, con la esperanza de localizar e identificar tu voz. Hasta ahora he conseguido conocer tu aspecto, algunas de tus amistades, tu entorno..., pero no conozco tu voz. Por eso ahora estoy con los cascos, atento a cada uno de los vídeos que publicaste. Ojalá las *stories* no se borrarán a las veinticuatro horas. Quizá habría podido escucharte.

No tenías perfil en TikTok.

En los vídeos que voy viendo no te oigo: publicaste uno con el barrido de un paisaje de naturaleza; en otro aparecen tus amigas hablando a cámara en el colegio (se dirigen a ti, pero no grabaste tu respuesta); un tercero parece muy prometedor porque apareces tú, pero no dices nada y solo hay un fondo musical (de nuevo, Taylor Swift).

Por fin, descubro un vídeo de hace siete meses grabado por otra persona que te enfoca directamente a ti, en el jardín de una casa. Se escucha una voz en *off* masculina y joven, a la que tú contestas muy sonriente. ¿Será el rubio que no acudió a tu funeral? No hay manera de saberlo. Apenas presto atención a su intervención; incluso cierro los ojos para asomarme mejor a cómo suenan a continuación tus palabras.

Hablas durante unos pocos segundos, pero me sirve. «¡Se acerca el desafío!», gritas mientras haces un gesto con la mano.

Y el vídeo se corta, dejándome con esa incógnita. Al menos, he logrado escucharte. Vuelvo a ponérmelo, y una tercera vez. Hablas y me llegan tus palabras en un tono sosegado, envolvente. Me gusta. Se trata de una voz que encaja bien con tu delicadeza, con ese modo suave, elegante, de gesticular. Algo transmite tu imagen completa que resulta..., no sé, conciliador: te mueves con gracia, de una forma distinta a la acción certera y vibrante de, por ejemplo, un deportista. Tu modo de actuar es más acogedor.

Sí, me gusta cómo sueñas y cómo te comportas.

Hasta tus labios parecen encajar. Nunca me había planteado qué tipo de labios pide cada voz, pero también en eso hay en ti armonía.

He abierto los ojos y me enfrento ahora a esa mirada tuya intensa que me hipnotizó en tu última foto. Me resulta tan difícil recordar que estás muerto...

Cuento los días desde tu entierro. Cuatro. Sí, creo que ha llegado ya el momento de contactar con Laura sin riesgo a dar una mala imagen. Ella no ha publicado nada en su perfil de Instagram desde el funeral, y lo entiendo. Begoña tampoco. ¿Qué pueden

compartir sin arriesgarse a que parezca que pasan página, que han recuperado con demasiada rapidez una normalidad en la que tú no estás?

Continúan de luto, no tienen ganas.

Busco su nombre en «contactos». ¿Me atrevo a escribirle? También ella habrá terminado sus clases a estas horas.

Hola Laura. Cómo estáis?

Enviado.

Desde luego, no me darán el Nobel de literatura por este mensaje. Por suerte, ella responde enseguida:

Tristes. Echamos mucho de menos a Joel.

Lógico. Mi problema es que ahora debo interpretar sus palabras. ¿Quiere eso decir que no les apetece ver a nadie, y mucho menos a un desconocido como yo? ¿O, por el contrario, que necesitan compañía y, por tanto, sí les vendría bien quedar?

Ni idea.

Ojalá existiese algún diccionario que permitiera interpretar los mensajes de wasap.

Contengo la respiración. Laura espera al otro lado. ¿Doy un paso más?

No me queda más remedio. Las necesito para llegar hasta ti, hasta el enigma de tu muerte.

Me gustaría veros. Quiero hablar de Joel.

Cuanto más lo piense, peor será, así que no le doy más vueltas: lo envío de un golpe y aguardo. Qué tensión. No quiero estropear este vínculo, pero, si cometo algún error, no habrá una segunda oportunidad.

Laura tarda, su chat va sumando segundos bajo el aviso de «escribiendo». Si le cuesta es porque lo que me manda es muy largo, porque lo está consultando con su amiga o porque no hace más que corregirlo y cambiarlo. Es posible que ella también se sienta indecisa.

Normal, es una cita entre extraños.

Al fin, me llega su respuesta:

Nos vemos mañana por la tarde? A las siete por el centro?

Creo que mi suspiro se ha oído tres calles más allá. ¡Segundo asalto superado!

Ahora viene la siguiente dificultad: ellas ignoran que yo no tengo libertad de movimientos. Sin supervisión, solo puedo aprovechar mis salidas para ir al instituto, que es justo cuando Laura y Begoña también tienen clase.

Mal asunto. Las siete de la tarde es una hora que queda fuera de mi alcance.

¿Cómo voy a confesarles que están hablando con un sentenciado al reformatorio? Seguro que se asustarían y me bloquearían. En su mundo, yo soy una especie peligrosa.

Y tampoco puedo pedirles que se salten las clases. No soy nadie para ellas, no se van a arriesgar por mí.

Mañana por la tarde no puedo, me limito a responder.

Qué rabia... Con las ganas que tengo de conversar con Laura y Begoña...

Entonces se me ocurre una posibilidad:

Y si quedamos a la salida de clase, este viernes?

Tiene que ser a la salida de clase, un momento del día en que yo todavía no he regresado al centro.

Estamos a martes.

Ella contesta:

El viernes por la tarde tenemos inglés. Podemos comer algo rápido si te acercas.

Eso implica, como mínimo, comprar un bocadillo y bebida. Ahora mismo, todos mis ahorros suman doce euros. De sobra, espero. No debo dejar escapar esta ocasión, y sería muy humillante que ellas viesen que yo no me compro lo mío, que me quedo mirando cómo comen ellas.

Si tienen clase los viernes por la tarde, es que ese día acaban más pronto por la mañana. Me va bien. Yo me saltaré la última hora en el instituto. Esta maniobra, a pesar de todo, me obligará a regresar fuera de horario al centro. Es imposible que vuelva a tiempo; un incumplimiento en mi expediente que estoy dispuesto a asumir a cambio de esa valiosa conversación.

Todo tiene un precio, y yo estoy dispuesto a pagarlo por ti, Joel.

Día II

Ha llegado el momento del reto, que tendrá lugar durante la hora de educación física. Iván y Marius, vestidos con sus respectivas ropas de deporte, ya están en posición de salida junto a una de las puertas del módulo B. La apuesta ha despertado entre los internos una expectación poco habitual, no tanto por lo que hay en juego –que también– como por sus protagonistas. Es la primera vez que Iván participa, y eso genera cierto morbo, incluso entre el personal del centro. Se han señalizado algunos tramos y la línea de meta para evitar confusiones.

De alguna manera, el público se identifica con el rumano. Marius juega en casa, se percibe en el ambiente. Aunque Iván también viva aquí, lleva poco tiempo y sigue perteneciendo a otra tribu. No es «de los nuestros». Él ya contaba con ello. No escuchará muchos ánimos entre los espectadores.

Los dos muestran gestos de concentración y han hecho los estiramientos para calentar. Se lo están tomando muy en serio. Hacía tiempo que no veía a Marius tan despierto.

El trazado que se ha decidido abarca todo el perímetro del patio principal, lo que suma una distancia por vuelta de doscientos metros.

–Son diez vueltas, ¿eh? –les recuerda Vasile.

Ramón, nuestro profesor de educación física, será el encargado de cronometrar y supervisar la carrera. Ha levantado una mano ante los protagonistas y se dispone a dar la salida.

–¿Preparados? –avisa–. Cualquier contacto que se produzca entre vosotros supondrá la eliminación automática del infractor. Lo más importante es el juego limpio. Nada de empujarse, y tampoco quiero ver agarrones.

Ellos se inclinan todavía más en sus posturas de arranque, sin decir nada, con la mirada al frente. Todo el mundo aguarda en silencio.

–¡Ya! –Ramón baja de golpe la mano.

Tanto Marius como Iván salen disparados en la dirección acordada y terminan pronto la primera vuelta. El público, repartido a lo largo del trazado, grita sin parar, animando al rumano, que no logra separarse de Iván. Yo me mantengo callado, mi actitud es neutral.

También ha acudido gente de los otros módulos.

Ramón se ve obligado a llamar la atención a varios espectadores que, llevados de su entusiasmo, se aproximan demasiado a la zona asignada a los corredores.

La lucha continúa y los dos competidores mantienen unos tiempos muy buenos al terminar la cuarta vuelta. Contra todo pronóstico, durante la sexta, Iván no solo continúa pegado a Marius, sino que aprovecha un giro y le rebasa por sorpresa, adelantándose unos metros.

Los internos gritan, se enfadan, y ese avance inesperado provoca un aumento en la intensidad de los ánimos al rumano que, sin embargo, no parece afectar a Iván.

Son auténticos atletas. Durante la octava vuelta, Marius se coloca a la par y, a partir de ese punto, ninguno de los dos consigue situarse en cabeza. La tensión es máxima, están a

punto de iniciar la última vuelta. El rumano intenta despegarse, pero Iván resiste sin ceder ni un metro.

La potencia de los gritos se eleva todavía más. No hay un claro favorito y la meta queda ya muy cerca. En cuanto alcanzan la décima vuelta, los dos corredores inician un esprint brutal. El público corea entre alaridos el nombre del rumano y se arremolina en cada tramo.

Marius e Iván giran para encarar el tramo final del patio. La emoción es máxima. Y entonces, cuando apenas queda la segunda mitad de la última recta, el rumano acelera su ritmo y se adelanta medio metro, ventaja que logra mantener hasta cruzar la línea de meta.

En cuanto sucede, los internos se vuelven locos: saltan, aplauden, alzan los brazos, levantan a Marius con la misma alegría que si hubiera ganado unas olimpiadas. Iván, demasiado cansado por el esfuerzo, se queda algo más apartado. Nadie se le acerca. Inclinado hacia delante con las manos apoyadas en las rodillas, procura recuperar la respiración.

En esa postura continúa cuando levanta la vista y me mira. Sí, creo que se ha dejado ganar.

Es listo.

La tarde avanza. Concluida la celebración de la victoria de Marius, todos hemos vuelto a la rutina del centro. Los horarios establecen unas dinámicas que hay que cumplir. Aun así, en algunas conversaciones se sigue comentando el triunfo, y al rumano le ha faltado tiempo para «estrenar» las zapatillas ganadas.

Pardo sigue merodeando cerca de Iván, pero no actúa. Como un buitre, espera, continúa observando en silencio mientras cuchichea de vez en cuando con el argelino y los pandilleros. Nunca trama nada bueno. Hace varias semanas, arrastró a los rumanos a una pelea con Jonás y Yeray acusándolos de haber robado un reloj, por pura diversión. Los cuatro han sido castigados y la culpa es suya, aunque ellos ni se han enterado. Los maneja a su antojo.

Y ahí sigue, con su sonrisa torcida. La gente aquí es simple, básica. Carne fresca para un manipulador como él.

Me inquieta no saber lo que pretende, pero estos días Pardo ha descubierto que Iván es un «invitado especial», que está muy vigilado. De momento, no le queda más remedio que limitarse a acechar.

Ahora estamos con la merienda. Desde mi posición, escucho las preguntas que los demás todavía le formulan a Iván. No se cansan nunca.

–¿Por dónde sales? –dice Amín, sentado en el suelo.

–Paseo de La Habana... Esa zona.

Hasan se ríe y empieza a fardar de las personas a las que ha atracado por allí. Incluso pone ejemplos.

–A uno le quité un móvil bien guapo y el reloj –dice–. ¡Casi se pone a llorar, y eso que no le hice nada!

Las vidas que hemos llevado nos hacen ver las cosas de un modo distinto al vuestro, Joel. Un simple empujón no es nada para nosotros, pero para la gente como tú, o para tu asesino, es violencia, intimidación.

Qué ironía, con lo que Iván fue capaz de hacer contigo.

Ojalá pudiéramos permitirnos pensar así, pero Amín, Vasile, Newton... no se dan cuenta. Viven en otro mundo, en el mío. Un mundo de palizas en casa, de frío, de pobreza, de abusos. De un presente que parece no ofrecer escapatoria.

Iván mira a Hasan sin comprender que pueda presumir de un robo, pero no se atreve aún a enfrentarse a él.

–¿Y eso... eso te parece bien? –le pregunta al fin.

Se le nota molesto. No soporta que ridiculicen a una víctima de su misma clase.

Hasan se encoge de hombros.

–A esa gente le da igual –dice–. Su familia le comprará otro móvil, otro reloj... Yo no tengo nada ni nadie que me dé esas cosas. Ya se le pasará.

A su juicio, no tiene importancia porque no hizo daño a su víctima. Una lógica de perdedores que no se entiende fuera de nuestro universo.

Marius observa la escena desde el billar, con sus ojos permanentemente empañados. Esnifaba disolvente antes de entrar aquí, y ahora suele pasar temporadas en el módulo terapéutico.

Vuelvo a fijarme en los internos que meriendan junto a Iván alrededor de la mesa del comedor. Sé lo que piensan de él, porque los he oído hablar en corrillos y también me lo han contado. No le perdonan esa emboscada que te tendió, el hecho de que fueran tres contra uno. Hay cierta ética incluso entre delincuentes. Es curioso: aquí importan más las circunstancias que el motivo, como si uno tuviera siempre el derecho a llevar la iniciativa en cuanto a venganzas, represalias, ajustes de cuentas o amenazas. De hecho, nadie le ha preguntado por qué te hizo eso. La gente como el Creepy está acostumbrada a tomarse la justicia por su mano, y toda causa es válida.

Sin embargo, a pesar de la desaprobación general, percibo en algunas miradas una tímida admiración hacia Iván. Es un fenómeno con el que ya contaba, aunque me sorprende lo pronto que se está produciendo: en medio de tanto perfil básico, sin cultura, como los que convivimos aquí, alguien educado despide un magnetismo muy especial. Su corrección con todos, esa atractiva apariencia de éxito que ya va recuperando –la ropa de marca, su físico, incluso lo bueno que es jugando al fútbol–, lo diferencian del resto, lo colocan en una posición superior. Iván procura –todavía– pasar desapercibido, pero su propia discreción aún lo vuelve más digno. No se da cuenta, se siente inseguro. Los demás matarían por ser como él, el suyo es un liderazgo inevitable que va saliendo a la luz, aunque en esta ocasión no lo busque. Entre desgraciados es fácil destacar con lo que él tiene. Con su «pack que viene de serie», como diría Pedro.

Iván ha terminado su merienda. Sus ojos ahora me buscan. Cuando me localiza, se aparta de ese grupo y se sienta junto a mí, en uno de los sofás de la sala.

–¿Qué tal las clases esta mañana? –le pregunto para romper el hielo.

Hoy se ha estrenado en su grupo de primero de bachillerato. Solo tiene dos compañeros en ese nivel, cuando aquí somos unos cuarenta. Sí, aquí casi nadie se toma en serio los estudios.

–Bien, es más fácil que en el colegio.

Me quedo en silencio. Yo no hago más que dar vueltas a mi cita de mañana. Estoy nervioso e impaciente por encontrarme con Paula y Begoña.

–¿Cuándo me vas a contar por qué estás aquí?

Le miro. Vaya sorpresa. Así que hemos llegado a este punto. Sí, su aplomo al dirigirse a mí con un interrogante tan directo, que hasta ahora había evitado, confirma que va aclimatándose a su nueva vida. Ya se desenvuelve bien por el pabellón, habla con casi todos y hasta le he visto sonreír en un par de ocasiones.

¿Se va pareciendo a quien tú conociste, Joel?

Iván no da problemas: acata las normas, es puntual. Lo que veo es que mantiene una actitud muy hermética en lo privado. Rechaza el apoyo de la psicóloga, y tampoco me parece que confíe en su educador. Apenas comenta cómo se siente. Intuyo que solo se abre con su familia y con su abogado.

Nunca habla de lo que te hizo, Joel, salvo cuando yo le fuerzo a hacerlo.

–Me detuvieron por robo con fuerza en una casa –le informo con naturalidad, como si le estuviera hablando del tiempo–. En mi familia es una tradición.

–Vaya... –no sabe qué añadir, pero veo que se tranquiliza; no deben de impresionarle

mucho los ladrones, o esperaba algo peor-. Lo siento.

-Tranquilo.

-¿Y tienes para mucho tiempo aquí?

Se anima en su osadía al comprobar que respondo sin cabrearme. A estas alturas, es absurdo ocultarle esta información sobre mí.

-Soy reincidente, así que me quedan unos cuantos meses. Me han pillado varias veces, ¿sabes? No debo de hacerlo muy bien. Además, tengo buen gusto: me he llevado cosas muy caras. Eso tampoco ayuda.

Él asiente. En realidad, si me atengo al número de robos en los que he participado, el porcentaje de mis éxitos es bastante decente.

-¿Y por qué no lo dejas? Eres listo, te puedes buscar algo.

Me echo a reír. ¿Ahora pretende solucionarme la vida? Qué fácil es hablar desde su mundo de privilegios.

-Lo he intentado, créeme. Quiero alejarme de todo esto. Pero mi familia no lo entiende, me necesitan. De lo que yo consigo dependen varios de mis hermanos.

Lo cuento sin ningún drama. Paso de provocar lástima o compasión. Es lo que hay. A estas alturas no voy a perder tiempo en quejas inútiles. Es mi vida, la que me ha tocado.

Decido callarme que mi padre me utiliza para entrar en los pisos porque soy menor y las penas no son tan severas. Que me ha pegado las dos veces en que he intentado negarme a participar en los robos que preparan, como si con mi resistencia estuviera renunciando, yo qué sé, a mi apellido, por lo menos.

Qué absurdo.

Sí, robar es una tradición en mi familia. Desde hace generaciones, porque mi abuelo ya estaba en el negocio como proveedor de objetos «ajenos» en rastros y mercadillos. Hemos prosperado y ahora nuestros golpes son de más nivel, todo hay que decirlo. También tengo dos tíos en la cárcel. Tal vez, si mi madre viviera con nosotros, habría podido evitar este destino para mí.

Antes o después me alejaré de todo esto. En el fondo lo sé. La inclinación hacia el delito no está en los genes, ¿verdad? Por eso sé que llegará un día en que la situación mejore y pueda escapar de este presente tan poco alentador. Mi educador me insiste en que no abandone ese horizonte, que no pierda el norte.

Eso se llama «esperanza».

Iván vuelve a quedarse callado. Le resulta complicado mantener esta conversación. Para él es como si estuviera hablando con un extraterrestre.

-Robo con fuerza... -repite, procurando valorar la dimensión de mis crímenes.

Yo, con el paso de los años y de las detenciones, me he vuelto un experto en tecnicismos jurídicos.

-Quiere decir que provocamos daños al entrar en las casas -le explico-. Pero no a las personas. Eso jamás.

Tengo mi propio código. Robo con fuerza, sí. Robo con intimidación, no. Solo entro a pisos vacíos.

Mi tolerancia a la culpabilidad es limitada.

Día 12

Hoy parece que Iván se ha retrasado con la ducha y casi llega tarde a desayunar. Aparece ahora en este comedor, donde estamos todos los internos del módulo repartidos en diferentes mesas, con esa nueva ropa que le ha traído su familia en la última visita y el aspecto ojeroso que le deja la noche como huella.

La apariencia de un favorecido atormentado.

Yo comparto mesa con Pedro, Ignasi y Abdou. Nos queda un sitio libre, aunque hay más huecos en otras. No hacemos a Iván ninguna seña para que se acerque a la nuestra porque la distribución la deciden los educadores, pero él se aproxima.

–¿Puedo? –nos pregunta, señalando la silla vacía.

Asentimos en silencio, que es nuestra forma de decirle que se tolera su compañía, aunque no la busquemos. Es importante que los demás vean que lo aceptamos con cierta resignación, como a regañadientes, porque una cosa es que aquí muchos le hagan preguntas por curiosidad, que intenten conseguir pertenencias suyas proponiéndole apuestas, y otra diferente que lo reciban con simpatía. Se nota que han trascendido los pormenores de su delito –todo acaba filtrándose desde el exterior en casos tan poco habituales; las visitas son un filón de cotilleos– y él se mueve en tierra de nadie, maniobrando entre la admiración, la envidia y el menosprecio que despierta.

Ya han transcurrido los primeros días, en los que él mismo prefería sentarse solo a desayunar o a comer y cenar (se lo permitieron como parte del proceso), sin hacer ningún esfuerzo por integrarse. Yo ya cumplí mi tarea como anfitrión durante la primera jornada de acogida y, a partir de su llegada al módulo B, le he dejado mucho más libre.

Jaime, su tutor educador, me mete caña para que lo acompañe un poco más. Y ahí estamos, encontrando un equilibrio que me permita obedecer sin sentir que te traiciono, Joel.

Iván continúa avanzando en su relación con los demás, aunque aún no pertenece a ningún grupo. Su condición de payo español blanco le lleva a aproximarse a nosotros. Es lo que hay.

En unos minutos tendré que irme a clase. Iván, que permanece inclinado sobre su plato de cereales, se queda de pronto quieto y levanta la vista hasta encontrarse con mis ojos. Los demás ni se han dado cuenta.

Es un momento extraño. Intuyo que está sucediendo algo, pero no alcanzo a adivinar el qué. La suya es una mirada penetrante, que no aparta de la mía. ¿Qué le ocurre? ¿Hay algo que quiera decirme?

–Joel Bolea Monreal –suelta en un susurro–. Joel Bolea Monreal.

Lo ha repetido. Esta vez con voz alta, solemne, casi desafiante.

Joel. Bolea. Monreal.

¡Es tu nombre completo! Tu identidad.

Pedro, Ignasi y Abdou le observan, desconcertados. No comprenden a qué vienen sus palabras, pero yo sí. Su acercamiento a nuestra mesa no ha sido casual.

Esta mañana, Iván ha dado un gran paso. Te ha reconocido como víctima.

* * *

No entro a clase de Historia. Tenemos un buen profesor, pero lo he calculado y, si no me largo ahora, llegaré tarde a encontrarme con tus amigas, Joel.

Debo salir ya.

Es el momento.

Paula me ha pasado por wasap la ubicación. Hay una buena combinación de transporte público, pero me costará un rato llegar.

Antes de que suene el timbre de la siguiente clase, cuando todavía dura el descanso y hay gente por los pasillos, es mucho más fácil moverse hasta la puerta principal del instituto sin llamar la atención. Tengo muy ensayado el *modus operandi*.

Salir del edificio es como cruzar un punto sin retorno. ¿Estoy seguro de que quiero hacer esto?

Lo estoy.

En la entrada, varias madres mantienen ocupado al conserje, así que aprovecho y me dirijo a la calle sin ser detectado. Mi figura esquelética y desaliñada (y eso que he procurado vestirme de la mejor manera posible) se desliza sin ruido por el vestíbulo. Llevo toda la vida siendo invisible... excepto para la policía. Una vez fuera, me alejo en dirección a la parada del bus.

Media hora después, llego a la plaza donde me han citado. Allí, sentadas en un banco, localizo a las chicas. Permanecen quietas y solemnes como personas mayores. Sus posturas poco erguidas hablan de tristeza; siguen arrastrando una ausencia que no terminan de concebir. En un grupo de amigos íntimos, la muerte duele como una amputación.

Yo no tengo ese problema, porque te he conocido muerto.

Te querían mucho, Joel.

Ahí está Begoña, con su melena larga, sus facciones limpias, la sonrisa al verme que le sale ahora como desvaída, sin convicción. Los anillos de plata de sus dedos provocan destellos. Laura, en cambio, ha buscado en su aspecto un contraste más drástico: es su forma de quejarse ante la injusticia de tu muerte. Adivino el negro perfecto de sus uñas a juego con la ropa, los cercos oscuros alrededor de sus ojos, los labios violeta que se abren para saludarme. Su piel, blanquísima, brilla al sol. Ambas comparten el momento de melancolía.

Adivino que han estado hablando de ti, recordándote.

Eso es lo que quiero pedirles.

–Hola –les saludo.

–Hola –me responde Laura, que se ha levantado al verme llegar.

No nos besamos. La situación sigue siendo incómoda porque apenas nos conocemos. Begoña me hace un gesto con la mano, sentada sobre el respaldo del banco. No parece muy emocionada con este encuentro, desde luego.

Veo que tienen junto a ellas un par de bocadillos y latas.

–Los hemos comprado ahí –me señalan un bar de la plaza–. Píllate uno. Te esperamos.

No es un sitio caro. Me alegro.

Al cabo de unos minutos, estoy de nuevo con ellas.

–Así que quieres saber más cosas sobre Joel –empieza Laura.

Yo hago un gesto afirmativo con la cabeza. Procuro disimular mi impaciencia, que no

puedo justificar. De todos modos, no las veo muy predispuestas a hablar. Yo tenía la esperanza de que ofrecer su testimonio se les antojara una especie de homenaje a su amigo y eso las ayudara a confiar en un desconocido como yo, pero a lo mejor he sido demasiado optimista: el dolor y la rabia son muy fuertes todavía.

Aunque he fingido no darme cuenta, me han sometido a un minucioso repaso visual mientras me aproximaba. Todavía me analizan, intentan comprender quién soy y qué me ha empujado hoy hasta este lugar, hasta querer conocerte a través de ellas.

–Solíamos quedar aquí cuando teníamos clase por la tarde –cuenta Begoña, sus pupilas enfocadas al vacío–. Él prefería no comer en el colegio.

Todas esas costumbres interrumpidas para siempre...

Me acomodo también en el banco y, mientras desenvuelvo mi bocadillo, me fijo en la tirantez de sus semblantes. Juraría que están furiosas, sobre todo. No, no han estado hablando de ti mientras me esperaban, Joel, sino de ellos.

Iván, Nacho y Beltrán.

Las manos ejecutoras.

Tus verdugos.

–Hijos de puta... –Laura no se corta–. Ojalá acaben los tres en la cárcel. ¡Que no se atrevan a volver a vuestro colegio ni para recoger sus cosas!

Parece que Beltrán y Nacho siguen sin incorporarse a clase, de momento.

–¡Son unos asesinos! –apoya Begoña–. Que no los llamen otra cosa, que no lo quieran pintar de otro modo. Asesinos...

–Lo más vergonzoso es que, de momento, solo han encerrado a Iván –Laura da un puñetazo al respaldo del banco–. ¡No lo entiendo! Si existe la justicia en este mundo, nunca deberían poder rehacer sus vidas después de su crimen. ¡Que nadie lo olvide jamás, por muchos años que pasen! Nosotras ni olvidaremos ni perdonaremos.

Como no te olvidaremos a ti, Joel.

–Lo pagarán –intervengo para intentar calmarlas–. Nadie escapa de su pasado. Lo van a pagar.

O eso quiero creer.

Nos quedamos callados. Begoña se seca los ojos con un pañuelo de papel. No me veo capaz de empezar con mis preguntas en medio de este ambiente malherido, pero Laura me echa una mano:

–¿Qué quieres saber de nuestro amigo?

Debo aprovechar la puerta que ella me abre:

–Habladme de su forma de ser, por favor. ¿Cómo era?

Tu carácter es un aspecto que no puedo extraer de las fotos y los vídeos. Todos ofrecemos en las redes una imagen que a menudo no se corresponde con la realidad. Y yo quiero saber cómo eras de verdad. Sin postureos.

–Joel tenía un sentido del humor muy irónico –recuerda Begoña–. Siempre tan ocurrente en las réplicas...

–Nada le gustaba más que hablar de sexo y hacer bromas sobre eso –completa Laura–. Te reías mucho con él. ¡A todo le encontraba un doble sentido!

Ha sido empezar a hablar de ti y el tono mejora. La rabia va dando paso a la nostalgia.

–Pero al mismo tiempo era un romántico –matiza Begoña–. Cuando hablaba en serio, te dabas cuenta. ¡No podía evitarlo! Esos lugares tan especiales que buscaba para fotografiar,

la gente en la que se fijaba, lo que escribía...

–Sí –Laura coincide–. Tenía un don, una sensibilidad muy particular. Veía cosas que nadie más veía. Bromeando podía ser el tío más bruto del mundo, pero al mismo tiempo...

Mientras escucho a tus amigas, llego a la conclusión de que tenías que ser una compañía muy divertida, con una tendencia inevitable a soñar despierto.

Señal de que ese entorno tan cerrado de tu colegio y tu familia te aburría.

–Todos los viernes quedábamos a ver una peli de terror en su casa –me dice Laura–. Le gustaban mucho el cine de miedo, las leyendas oscuras, todo lo inquietante, lo misterioso. Teníamos una costumbre que cumplíamos cada semana: primero encargábamos pizza...

–¡Y golosinas! –le corta Begoña–. Él era un adicto a las golosinas.

–Eso es –Laura pone cara de estar evocando esas citas que ya nunca volverán–. Gominolas, amigas y peli de terror, su combinación favorita. ¡Era el que más gritaba con cada susto!

Cómo me habría gustado poder apuntarme a esas quedadas. Prefiero no pensar qué estaría haciendo yo los viernes a esas horas, antes de que me detuvieran.

–Hay que reconocer que también disfrutaba con las historias trágicas –añade Begoña–. Cuanto más lacrimógenas, mejor. Joel era divertido incluso cuando se ponía en plan dramático.

Yo voy apuntando mentalmente, construyéndote.

–Vosotras erais sus mejores amigas, ¿verdad? En su Insta no sale mucha gente más con tanta frecuencia.

Asienten, aunque Begoña ha torcido el gesto al escuchar mi nuevo interrogante. Imagino que no le hace gracia comprobar hasta qué punto me he tomado en serio la investigación sobre ti. Sin darme cuenta, he resucitado su sospecha inicial sobre mi condición de acosador.

–Tenía también otros amigos con los que solía quedar, pero Joel nunca fue de grupos grandes –explica Laura, ajena al recelo de su amiga–. Él prefería la intimidad y no mezclar gente.

–¿Esos otros amigos eran del colegio?

–No, de las redes. Joel conocía a gente de foros en los que se metía sobre manga, de videojuegos..., también algunos *booktubers*.

No me conformo con esa respuesta. Debo insistir porque el ámbito del colegio es para mí importante, se trata del escenario del crimen:

–¿Y del colegio, entonces, no sale en su Insta nadie más?

Por mi expresión dejo ver que me extraña. Ellas cruzan sus miradas durante un breve instante. Queda claro que hay algo que todavía no están dispuestas a contarme. Al menos, hasta que me conozcan un poco más.

–No estaba cómodo con la gente del colegio –dice Begoña, sin concretar–. Por eso le propuse que se viniera con mi grupo. Ahí –señala el edificio– no tenía muchos amigos, la verdad. No es un entorno... fácil para alguien como él.

–No me extraña que no encajase –añade Laura–. Vaya panda de rancios son. Ellos se lo han perdido.

Yo voy atando cabos. ¿«Alguien como él»? Quiero indagar más, pero me contengo. Ellas deben marcar el ritmo.

–Y luego está el blog –interviene Laura de nuevo–. Eso te servirá para conocerle mejor.

Esto sí es una sorpresa para mí. ¿Tenías un blog, Joel?

–Era un fanático de la fotografía –comenta Begoña–. Iba a todas partes con una cámara réflex, no le bastaba el móvil. Se fijaba en rincones de la ciudad, en personas con las que se cruzaba, en escenas que veía... Siempre caminaba muy atento a la vida alrededor, como decía él. Tenía mucho talento.

–Todo ese material lo puedes ver en el blog –Laura me pasa por wasap la dirección–. Merece la pena.

De tu talento para la fotografía ya me había dado cuenta, porque algunas de esas imágenes las publicaste en Instagram y son brutales, muy buenas. Ahora lo entiendo. Me vendrá bien esta información para continuar reconstruyendo tu figura.

–El deporte le aburría –dice Begoña–. Por lo demás, jugaba al Final Fantasy, al Minecraft, al Call of Duty... Para la ropa era muy especial, pero nos divertíamos mucho yendo de compras con él.

–Y eso que todo le quedaba bien –dice Laura–. No como a mí...

Se están poniendo de nuevo nostálgicas.

–¿Qué música escuchaba?

–Tenía un gusto muy variado –dice Begoña–: desde Beyoncé a Rosalía, pasando por Crystal Fighters, Zahara, Taylor Swift...

–También bandas sonoras... ¡Y Eurovisión!

–¡Es verdad! –Begoña apoya ese dato con entusiasmo–. Joel era eurofán. Se escuchaba todas las canciones antes de cada final y se sabía de memoria las clasificaciones de años anteriores.

–También le gustaban mucho los juegos de mesa y leer –termina Laura–. Como a nosotras. Nos intercambiábamos libros.

–¿Qué clase de libros?

–Leía sagas de fantasía, pero también historias más realistas y novelas de suspense. Ahora estaba con el último de Abercrombie.

No sé. Tengo la sensación de que todo lo que voy conociendo de ti, Joel, me habla de formas de evadirse, de asomarte a otras realidades como, de alguna forma, hago yo, a mi manera, con mi colección de muertos. En tu vida lo tenías aparentemente todo, pero a ti no te servía.

A Iván, en cambio, sí le servía tenerlo todo, pero lo ha perdido. ¿Justicia cósmica?

Día 13

Debo preparar un trabajo del instituto, y para eso necesito hacer consultas en la red. He pedido permiso y ahora me encuentro en nuestra pequeña sala de informática, sin supervisión.

¡Ordenadores libres con conexión a internet!

La tentación es grande, así que aprovecho la oportunidad y me meto en tu blog, que se llama *Silver Dreams*. Sueños de plata. Yo veo en ese título una alusión directa, de nuevo, a la leyenda de Endimión.

Eres el chico que se enamoró de la Luna. Sea lo que sea lo que signifique eso.

Ayer mismo intenté visitar tu página mientras volvía al centro de menores, pero tardé poco en llegar y tuve que devolver el móvil. Ahora necesito repasar con calma su contenido, como si esperase una actualización que nunca se producirá. Aquí ya dijiste tu última palabra, Joel.

Hago el recorrido por tu blog a través de una galería que incluye retratos tuyos, fotos muy evocadoras de escenarios urbanos en blanco y negro, perspectivas de otros paisajes... La calidad de tus fotografías es excepcional, me di cuenta desde el primer momento en tu Instagram. Tenías una sensibilidad especial. En varias imágenes, incluso apareces cámara en mano.

Algunas de las fotos vienen acompañadas de textos tuyos o de citas de escritores y músicos. En una de ellas se te ve con el torso desnudo, tras un cristal empañado sobre el que apoyas la mano abierta. Le sigue el fragmento de una canción de Robe:

«Tener un ideario y perder las convicciones,
volver a lo primario».

Toda una declaración de intenciones, sin duda. Otra de las imágenes es únicamente un fondo negro que acompaña a otro texto que lleva tu firma:

«Tengo miedo a perderme
en una canción interminable.
Tengo miedo a que, en alguna estrofa,
un nuevo estribillo me alcance».

Así descubro que, a tus diecisiete años, también eras poeta.

No sé si es la letra de una canción o unos versos, pero me gusta. Sí, tenías mucho que decir. Podría pasarme horas asomado a tus creaciones. Leo algunos comentarios que lectores anónimos dejaron en tus entradas. Hay pocos: no es fácil llegar hasta aquí.

Y entonces descubro una publicación tuya que me resulta dolorosamente premonitoria. Es una cita de Antonio Machado, que has elegido para una foto donde apareces apoyado en un muro con la mirada perdida hacia un horizonte de costa:

«Y cuando llegue el día del último viaje
y esté al partir la nave que nunca ha de tornar,
me encontraréis a bordo ligero de equipaje,

casi desnudo, como los hijos de la mar».

* * *

Día 14

Anteayer me sancionaron por regresar tarde al centro (menos mal que lo consideraron una falta leve y solo fue una amonestación), e Iván ha cumplido hoy doce días en el módulo de régimen cerrado. Conforme nos vamos conociendo, se va abriendo más y nuestras charlas se extienden. Yo no dejo de buscar su lado oscuro, aunque noto que voy perdiendo convicción en mi cruzada contra él; incluso mi actitud es ahora menos fría, menos distante.

Perdóname, Joel. No pretendo olvidar lo que te hizo. Solo intento entender qué le llevó a eso.

Él tampoco busca mi cercanía: ha asumido desde el principio que yo hago esto por obligación. Y está en lo cierto. Por obligación y para llegar hasta ti. De alguna retorcida forma, necesito su cooperación.

Hoy me cuenta las primeras reuniones con su abogado, que viene al centro cada poco. Se trata de un tipo muy estirado que le conoce desde crío y que, por lo visto, tampoco le ha dicho hasta ahora nada concreto. Se queja Iván de que, en sus visitas, ese hombre se limita a contemplarle de una forma distinta, como si fuera un animal peligroso en cautividad. Con cierto recelo.

–Y si muestra algo de compasión –me recalca–, es hacia mis padres, no hacia mí. Como si yo no fuera el de siempre.

Tendrá que acostumbrarse a que todos le observen como si descubrieran en él un rostro nuevo, un rostro que no les gusta. Un rostro incómodo.

Su mirada recuerda a todos tu muerte, Joel. Que lo señalen es otra forma de castigo, de persecución.

–Normal –le contesto–. ¿Te sorprende que lo que has hecho te haya cambiado la vida? Lo grave habría sido que nadie se asombrara. De alguien como tú no se espera esto.

Lo cual es un error, pienso. Los hechos hablan por sí solos.

–Me he convertido en un extraño –admite Iván–. Ni yo me reconozco. Jamás me he sentido tan solo. Ni siquiera llorar me alivia. Ya no.

Increíble que exprese delante de mí lo que, para un tipo como él, es un signo de debilidad: las lágrimas. Y, de pronto, una declaración inesperada:

–Lo que me rompe es... –se detiene, como si necesitara reunir fuerzas para seguir soltando lastre– pensar en su familia.

Tu familia, Joel.

Acaba de confesar que piensa en tu familia.

Lo que ha manifestado es un avance importante. Parece que, al fin, no solo le inquieta su propia situación. Su dolor es auténtico, ha empezado a asumir el daño que ha provocado.

Sí, lleva la culpabilidad pintada en su semblante. Y es una culpabilidad distinta: la que genera el arrepentimiento. Puede que no sea un caso perdido, a fin de cuentas. A mí me sigue inspirando rechazo, pero reconozco que es una sensación que se va debilitando con cada conversación que mantenemos.

–Supongo que mis padres han empezado a avergonzarse de mí. Y eso que, de momento, han mantenido el tipo. En su mundo importan mucho las apariencias.

–La realidad se impone.

No me esfuerzo en suavizar mis comentarios.

Sí, el asombro en su entorno elitista ha terminado. Al cabo de unos días, es imposible seguir engañándose, ese escudo de la típica actitud en plan «imposible que nuestro hijo haya hecho eso» tiene los días contados. Y entonces queda el dolor por dentro y la vergüenza por fuera.

Así funciona su mundo.

Él asiente con la cabeza. Me explica que su madre no ha perdido la convicción, defiende a su cachorro contra viento y marea.

–Al principio, ella lo negó todo –recuerda–. Ni siquiera me escuchaba. Hasta que no tuvo más remedio.

Una vez resultó imposible ignorar el «incidente» (así aluden a lo sucedido en la familia, según me cuenta), ella cambió de táctica y se ha dedicado a construir justificaciones hasta lo inverosímil. Es a su padre a quien Iván nota desmoronándose lentamente, como un edificio viejo. No lo va a superar.

–A lo mejor es que no me quiere lo suficiente –susurra, entre el resentimiento y la decepción.

Iván esperaba un mayor respaldo de su padre. Ojalá fuera igual de exigente consigo mismo.

Compruebo que, de vez en cuando, cede a la tentación de echar balones fuera, buscando otros protagonistas con quienes compartir una culpa que le desborda.

No me quiero imaginar lo que deben de estar pasando en su casa, aunque nunca se acercará ni remotamente al sufrimiento que inunda la tuya, Joel. Hace falta una gran convicción para afrontar lo que están viviendo vuestras familias.

–He pasado de ser el «hijo perfecto» a un desconocido que les asusta. Lo leo en sus ojos cuando vienen a verme. Me esquivan, aunque intenten disimularlo.

Decepción, espanto, incredulidad. En su universo es la reacción esperable. Cada cruce de miradas entre ellos y su hijo se ha convertido en un pulso, en una contrarreloj a ver quién delata antes su miedo.

–Ahora les tocará representar el papel de sufridores –Iván continúa quejándose–. Ya estoy imaginando sus conversaciones en plan «¿Qué hemos hecho mal? ¿Por qué lo hizo?».

–Ellos no han hecho nada mal.

Se queda mirándome. Sí, le estoy echando toda la culpa a él.

–Lo sé.

Nos encontramos trabajando en el huerto. Iván deposita la regadera en el suelo y se pasa un brazo por la frente para secarse el sudor.

Aquí ha descubierto que, fuera del deporte, también se puede sudar. Qué gran hallazgo.

–No he logrado descansar ni una noche desde que sucedió todo –suspira–. En cuanto cierro los ojos, llega la imagen de las burbujas y la pesadilla vuelve a comenzar. Exactamente igual. Una y otra vez. No puedo más.

–Pide ayuda.

Él lo descarta con un gesto de cabeza.

–No; no quiero hablar con la psicóloga, ni con mi tutor o los educadores, ni con la directora, ni con el psiquiatra, ni con los trabajadores sociales, ni con el equipo de enfermería. Me conozco ya todo el puto organigrama de este lugar. Pero nadie puede ayudarme. Soy yo el que se ahoga en este sitio.

–Te equivocas –me importa poco lo que haga; lo único que deseo, de pronto, es tener razón frente a él–. Nadie puede con esto solo. Necesitas ayuda.

Ojalá la hubieras tenido tú, Joel, cuando te reuniste con ellos en la piscina. ¿Cómo es posible que ningún profesor os viera, que ningún empleado del centro se diera cuenta?

En el fondo, es lógico. Nadie conoce mejor los movimientos de todo el personal de un colegio que su propio alumnado. No hay vigilancia más eficaz que la de los estudiantes.

Iván, Nacho y Beltrán sabían bien lo que hacían cuando organizaron la trampa.

Mi nuevo compañero comienza ahora a jugar con la tierra húmeda.

–Me sigo viendo de pie sobre el bordillo de la piscina –comienza, sus ojos enfocados al infinito–, quieto como una estatua. He arrastrado la taquilla y la he dejado caer por el lado correcto para que no haya problemas, pero soy incapaz de reaccionar cuando se hunde y los segundos empiezan a ser demasiados. Ya no me río. Los demás, esos que ahora me dan la espalda por si les salpica algo de mierda, se han largado. No me muevo ni aparto los ojos del agua.

–¿Y qué ves?

–Se distingue la sombra de la taquilla en el fondo, tumbada. Así se veía. Exactamente así. Sé que dentro está Joel. Y yo grito: «¡Sal ya, imbécil! ¿Qué haces?».

–Pero Joel no sale.

–No sale. Y yo que me pongo nervioso, el corazón me va a estallar. Busco con la mirada, pero no hay nadie cerca. Me tiro al agua, buceo, intento abrir la taquilla mientras aguanto la respiración. Pero es tarde, joder. Es demasiado tarde.

Me he encontrado con un periódico de ayer en el taller de automoción. Estaba tirado en el suelo, entre salpicaduras de grasa, junto a uno de los armazones de coche que empleamos para hacer prácticas de mecánica. Se había quedado abierto por una página con un titular que me ha atraído como la sangre a un tiburón: «Muere un joven al intentar rescatar a su perro durante un incendio».

Continúo sin practicar mi habitual rastreo de tragedias para ir engordando la carpeta secreta. Apenas unas semanas atrás, sé que esta noticia me habría llevado a investigarlo todo sobre ese chaval, a preparar su propio dossier, una información que me permitiera imaginar la realidad a la que ya no pertenece y asomarme a ella de vez en cuando. Pero hoy no. Mientras no termine mi proceso de conocerte, Joel, lo demás ha perdido importancia.

Solo estás tú.

Día 24

Hoy ha venido a verme mi abogado de oficio. Es un tipo joven que supongo que no controla aún todo esto de los internamientos judiciales de menores, pero que le pone entusiasmo. Los he tenido peores. A ver si se lo curra y me saca pronto de aquí, aunque tampoco hay muchas ganas. Lo que espera fuera me motiva poco.

Me pregunto cuándo aparecerá mi familia. Todavía no han solicitado visita. Mi padre da por hecho que no voy a hablar, que no voy a contar nada comprometedor. Por eso se desentiende y se limita a llamarme alguna vez, sobre todo porque quiere enterarse de cuándo saldré para volver a contar conmigo en sus «negocios». Tampoco le importa que vaya a clase. Es lo que hay.

Iván cumple hoy tres semanas en el centro. Ya se ha hecho con los horarios, con las dinámicas y la gente. Va a su rollo para las clases y se lleva bien –o correctamente, al menos– con casi todos. Participa en las actividades de grupo, colabora en las labores diarias que nos corresponden. No da problemas ni los busca (fue mi primer consejo), aunque sigue necesitando la compañía del educador de guardia muchas noches. Sus padres vienen puntualmente las dos veces semanales reglamentarias y, salvo por sus altibajos anímicos, no ha perdido el aspecto de privilegiado que le dan la ropa buena y su complexión atlética.

Ya es uno más.

Soy testigo de cómo va saliendo a la luz su naturaleza. Eso me ayudará a entenderte a ti, Joel.

Ahora me encuentro con Amín en una sala mediana que se suele utilizar para los talleres. Amín no escribe bien, pero tiene otro talento que me impresiona: el dibujo. Sus manos son prodigiosas; sobre el papel es capaz de recrear casi cualquier cosa con un realismo fotográfico.

Hoy necesito su don.

–¿Qué quieres que dibuje? –aguarda, sentado y con su estuche de lápices preparado sobre la mesa. Ante él ha colocado una lámina de papel que ha arrancado de un bloc que suele emplear cuando se aburre.

Le he pedido que viniera en este rato de descanso, sin darle más explicaciones.

Yo saco una carpeta que he cogido de mi habitación y la abro. Dentro aparecen varios recortes de prensa que he ido guardando sobre tu muerte, Joel. Amín reconoce enseguida el contenido que le muestro.

–¿Quieres que dibuje el lugar donde murió ese chico? –me pregunta en cuanto ve la foto de la piscina cubierta que publicó hace poco un periódico.

–Quiero que dibujes la escena del crimen –matizo–. Que no es lo mismo.

Dejo encima de la mesa las imágenes, desde diferentes perspectivas, que he podido conseguir de las instalaciones del colegio.

–Me interesa el recinto de la piscina a vista de pájaro –le indico.

–¿Iván sabe que estamos haciendo esto?

–No es asunto suyo.

–¿Seguro?

–Seguro.

Iván se encuentra jugando al *ping-pong* en uno de los comedores. No creo que se acerque. No solemos emplear este espacio durante los ratos libres; por eso hemos quedado aquí. He tenido que pedir permiso al educador que nos vigila esta tarde. Suelen concederlo cuando algún interno necesita un rato de privacidad con respecto a sus compañeros, y yo, para justificarlo, me he inventado que estamos preparando un regalo sorpresa para Abdou: su cumpleaños es pronto.

Amín se encoge de hombros, coloca la lámina de forma apaisada y comienza a trabajar. Su gesto de concentración me confirma que se lo va a tomar en serio. Dibujar es su pasión. Ojalá en el futuro pueda dedicarse a eso.

Tal vez Ignasi, el *hacker*, podría haber hecho un plano con algún programa de diseño, pero tiene prohibido cualquier uso de equipos informáticos. Da igual: lo artesanal siempre ofrece más margen de detalle.

Amín avanza a buen ritmo. Para él no es difícil reproducir un espacio tan uniforme y rectangular.

–¿Y ahora? –ha levantado la cabeza y espera más indicaciones.

Me inclino sobre él y compruebo que está quedando muy bien.

–Ahora dibuja tres siluetas de personas aquí –señalo el punto hasta donde se supone que arrastraron la taquilla–, junto a esta escalera de la piscina, entre los bloques de armarios y el bordillo. Y sombrea esta zona del fondo de la piscina, como si fuera donde tiraron a Joel.

Esta última instrucción se la doy porque me interesa la escena con la «broma» ya realizada. Teniendo en cuenta el peso de la taquilla con tu cuerpo en su interior, tuvo que caer justo al terminar el bordillo.

–Ya está –me anuncia Amín al cabo de unos minutos–. ¿Qué te parece?

Me muestra el resultado, que ha quedado muy fiel con respecto a las fotos. Le pido incluso que añada las gradas que se ven en la imagen más amplia que ha publicado la prensa. Amín obedece y me entrega la lámina.

–Brutal, Amín –le felicito–. ¡Eres un artista! Muchas gracias. Te debo una.

–Me la cobraré.

Amín se levanta y sale de la sala, rumbo adonde están sus amigos magrebíes. Yo me quedo solo, muy quieto, observando en silencio la recreación del lugar de tu muerte, Joel.

–¿Ocurrió todo tal y como se ha contado? –te pregunto en voz alta.

Cuanto más conozco a Iván, más me cuesta imaginarle jugando ese papel protagonista que le ha traído aquí, y eso que, como sabes, lo he intentado desde el primer día con auténtica devoción. Lo siento, Joel, pero no lo consigo. Al menos, no por completo. Tal vez yo me esté dejando también seducir por su carisma... o quizá, simplemente, esté aprendiendo a distinguir matices incluso en zonas oscuras.

XXX

Día 30

Hoy Begoña ha tenido una salida con el colegio y ha acabado pronto. Por eso me ha avisado Laura –que tiene más libertad de movimientos donde estudia– y ahora hemos vuelto a encontrarnos los tres, esta vez en una cafetería que no pilla tan lejos de mi instituto.

Ha sido la única forma de lograrlo. No puedo volver a llegar tarde al centro, o lo considerarán falta grave por reincidencia.

–Por fin –me dice Laura, bebiendo un sorbo de su refresco–. Qué difícil es quedar contigo.

Durante la última semana me han hecho varias propuestas por wasap para vernos –el recelo hacia mí va desapareciendo, aunque no la rabia que sienten hacia todo lo que rodea tu muerte, que vuelve a aflorar a la menor oportunidad–, y siempre me invento excusas para justificar que no puedo reunirme con ellas. Hoy lo hemos conseguido, pero han tenido que cumplir mis condiciones, y eso les sorprende, puesto que soy yo quien está interesado en conocerte más.

Pronto tendré que confesar mi realidad, o perderé la poca confianza que empiezan a tener conmigo.

–Nunca nos cuentas nada de ti –dispara Begoña.

No hace falta ser detective profesional para deducir que les oculto algo. Hasta ahora, su curiosidad hacia mí y lo mucho que les gusta recordarte han hecho que tengan paciencia, pero eso se está acabando. Incluso Laura, con su buena predisposición, comienza a cansarse de este juego que no acaban de entender.

Sonrío para ganar tiempo.

–Tenéis razón –empiezo–. Lo siento, llevo una temporada complicada. Ya os contaré, lo prometo. Es que me aburre hablar de mí –añado, decidido una vez más a ser sincero, al menos en esto–: prefiero olvidarme de mi vida durante un rato.

Intuyen que sí hay otro motivo para tanta discreción, aunque no imaginen ni remotamente de qué se trata. Para esta segunda cita me he puesto la mejor ropa que he podido conseguir (entre internos nos prestamos este tipo de ayuda cuando hace falta), pero estoy seguro de que es un vestuario muy distinto al que suelen llevar sus amigos. Lo bueno es que no parece importarles; supongo que les resulta... curioso.

–De acuerdo –acepta Laura.

He logrado contener su impaciencia. Tengo que aprovechar al máximo este rato.

–En la prensa se habla de tu compañero Iván –miro a Begoña– como culpable de la muerte de Joel. Pero no estaban solos cuando sucedió, ¿verdad?

Ella hace un gesto afirmativo.

–A Iván lo acompañaban sus dos amigos del equipo de fútbol, Nacho y Beltrán.

–Cobardes... –Laura no se reprime.

Yo vuelvo a dirigirme a Begoña, no puedo permitirme distracciones:

–Pero nadie habla de ellos.

Lo que, traducido para mis adentros, quiere decir: «Pero solo Iván está conmigo en el centro de menores».

Ella se encoge de hombros.

–Han intentado apartarlos del asunto, pero también van a ser juzgados. Por lo visto, no ha quedado demostrada su participación directa en el delito. Los dos se defienden diciendo que intentaron frenar a Iván, pero la Fiscalía lo está investigando.

A ellos no les han aplicado medidas cautelares de internamiento. Esperarán en libertad el juicio, al contrario que Iván. De todos modos, si lo que hicieron fue no intervenir cuando este se puso a empujar la taquilla hacia la piscina, acabarán también en un centro de menores. Esa omisión, cuando sí ayudaron a meterte en la taquilla, también se considerará delito.

–Es alucinante cómo se han librado de momento –se queja Laura.

–Al colegio también le interesa que haya menos alumnos implicados –justifica Begoña–. Que parezca una locura momentánea, un hecho puntual, y no un caso de abuso. Así se salva su prestigio.

Qué barato sale matar si eres alguien.

A los de buena familia no les pasa nunca nada, hagan lo que hagan. Excepto si eres tan torpe como para comerte el marrón, que es lo que le ha ocurrido a Iván.

Yo no me quedo satisfecho con estas explicaciones y pido más:

–¿Que no ha quedado demostrada su participación en el delito? ¿Eso qué quiere decir?

–La versión oficial es que esos dos solo ayudaron a presionar a Joel para que se metiera en la taquilla –se explaya Laura–. Ahí terminaba la broma, por lo visto. Fue Iván quien quiso llegar más lejos y empujó la taquilla hasta la piscina.

–Nacho y Beltrán dijeron a la policía que ellos intentaron que Iván lo dejara al llegar a ese punto, pero que no les hizo caso y siguió a lo suyo, que no escuchaba, que se puso como loco.

Qué oportuno. Recuerdo la explicación de Iván: Beltrán no intentó frenarle, sino todo lo contrario, aunque con sutileza: provocó la oportunidad.

Se lo puso fácil.

Mi duda es si se trata solo de eso, de simple obediencia hacia el líder. Si, actuando de ese modo, Beltrán se limitaba a acatar las órdenes de su amigo. Es posible.

O tal vez hay algo más...

–¿Y ya está? –quiero comprobar qué teoría manejan ellas, cotejarla con la mía–. ¿Esos dos se quedaron mirando, sin hacer nada? ¿Eso les ha servido para quedar al margen de un homicidio?

Vuelve a responder Begoña:

–Intentaron convencer a su amigo, se lo pidieron. Ahora dicen que se interpusieron, creo, pero eso no detuvo a Iván. Según lo que ha trascendido, fue todo muy rápido y ninguno imaginaba que la taquilla se atascaría. No parecía tan grave, por eso tampoco se enfrentaron a Iván. Ya se había hecho antes, hace años, sin mayores consecuencias.

Seguro que ese argumento lo emplea el abogado de Iván durante el juicio: «No hubo intencionalidad». Continúo con mis preguntas:

–¿Iván ha admitido esa versión de sus colegas que lo deja como único culpable? Lo están abandonando a su suerte...

Los abogados de las otras familias han tenido clara su línea de defensa, que convierte a

Iván en un chivo expiatorio. Las ratas huyen del barco que se hunde.

–No lo sabemos –dice Begoña–. Desde que se lo llevó la policía, no se ha publicado ninguna declaración suya ni de su familia.

Me encantaría decirles que yo sí he hablado con Iván y que rechaza esa versión de los hechos, pero no me queda más remedio que callarme.

Hace rato que hemos acabado nuestras consumiciones, pero no nos vamos aún de la cafetería: queda un asunto por tratar. Ahora saco de un bolsillo el plano dibujado por Amín y lo extiendo delante de ellas.

–Es el pabellón de la piscina –reconoce Begoña, repentinamente seria–. ¿Lo has hecho tú? ¿Para qué?

De nuevo aflora su desconfianza. Me arrepiento de no haber justificado antes este material. A veces me dejo llevar y se me olvida que, para ellas, yo no he dejado de ser el tipo raro que ha aparecido de la nada haciendo preguntas sobre su amigo muerto. Necesitan tiempo para terminar de asimilar mi intromisión en sus vidas. Voy demasiado rápido.

–No, lo ha hecho un amigo.

–Está muy bien, pero es extraño que tú tengas eso –Laura se inclina sobre la lámina y se fija con mucha atención. Ella tampoco estudia en tu colegio y no conoce las instalaciones.

–Quiero entender lo que ocurrió.

Mi respuesta no convence a Begoña, que sigue con su actitud incómoda, pero sí a Laura:

–Cómo fueron sus últimos minutos de vida –completa ella, de nuevo en sintonía conmigo–. A mí, en cambio, lo que me gustaría entender es por qué se prestó a ese trato tan humillante.

Laura coloca una mano sobre las de Begoña, que intenta en vano relajarse. Remover esos recuerdos resulta muy doloroso para las dos, pero mi insistencia las obliga a afrontarlos.

–Él no era así –dice Begoña con rabia–. Nunca perdía su dignidad.

Nos miramos los tres sin añadir nada.

Debo retomar esta conversación tan delicada, no dispongo de mucho tiempo:

–Si el dibujo es correcto –vuelvo a dirigirme a Begoña–, ¿desde dónde desplazó Iván la taquilla? Porque tuvo que necesitar varios empujones para vencer esa distancia hasta la piscina, y si solo lo hizo él...

En el plano, las taquillas aparecen a lo largo del primer tramo del murete que recorre ese lateral de la piscina, frente a las gradas del otro lado, a unos cuatro o cinco metros del bordillo.

Begoña se frota los ojos. Para ella es especialmente duro recordar esto, porque apuesto a que estaba contigo durante ese último recreo en el que desapareciste. Tuviste que separarte de su grupo para acudir a la cita con Iván. Begoña se habrá preguntado mil veces por qué no te detuvo, por qué no lo impidió.

Parece que adivine mis pensamientos, porque en este momento nos susurra:

–Me dijo que volvería enseguida –de pronto, sus ojos ya no nos ven, se pierden en un pasado reciente que sigue quemándola–. Estábamos como siempre, en uno de los patios, con otros amigos míos. A mí me extrañó, pero no le di importancia. Pensé que iba al baño, no sé...

Así que ninguna de tus dos mejores amigas estaba al tanto del encuentro clandestino, Joel. ¿Quizá fue una proposición que te hicieron esa misma mañana, durante las horas anteriores de clase?

¿Cuándo prepararon ellos la trampa? ¿Durante los días anteriores, o tal vez llevaban más tiempo esperando la oportunidad?

Me sigue sin cuadrar que ni siquiera se lo contaras a Begoña antes de acudir a la cita, que no la avisaras de alguna forma. No te pega guardarte eso y no compartirlo con una persona a la que te unía una relación tan íntima.

–No tenemos ni idea de por qué fue a la piscina –confirma Laura–. El día anterior habíamos estado con él y no nos dijo nada.

–¿Quedasteis esa última tarde? –estoy recordando tu foto final de Instagram, la del ascensor.

–Sí –responde Laura–. Cerca de su casa.

Al menos, una incógnita resuelta. Eran ellas las que te esperaban.

–Yo creo que lo acordaron el mismo lunes –opina Begoña, todavía con la mirada ausente–. No hubo tiempo de que nos dijera nada. Se marchó en cuanto salimos al patio y, además, estábamos con gente, no era el momento.

–Eso sí me encaja –Laura asiente–. Seguro que Joel pensaba contárnoslo después.

–Él no sabía que no... volvería a veros –duele plantearlo así, con tal crudeza, pero lo hago para que no piensen que desconfiaste de ellas–. Seguro que os lo hubiera explicado más tarde.

Pero no tuviste ocasión.

–Supongo que estas figuras son ellos –Begoña reacciona; prefiere distraerse y señala en el papel las siluetas dibujadas por Amín–. Deberían estar más en el extremo, a la altura de la escalerilla de la piscina, junto al comienzo del bloque de las taquillas. Tuvieron que reunirse en ese punto cuando llegó Joel, si utilizaron la primera.

–Vale –tomo nota; corregiré el plano al volver al centro–. ¿La primera?

Begoña maneja datos que la prensa no ha facilitado. Por eso es tan valioso su testimonio.

–Yo llegué a ver la escena acordonada por la policía –comenta–. La taquilla que faltaba, la que sacaron del agua, era la primera de todo el bloque, la de la parte de arriba. Justo la que queda en paralelo a esa escalerilla de la piscina.

–Ya veo.

Es lógico que eligieran una de las de la fila superior, porque las taquillas de abajo dan soporte a las de encima. Y tiene sentido que fuera esa primera y no alguna de las situadas en medio de la muralla de armarios, lo que habría dificultado mucho separarla del resto. Además, tenían que actuar rápido si no querían que los pillara algún profesor.

–¿Las taquillas cuentan con algún tipo de fijación? –procuro hacerme una idea lo más completa posible.

–Están ancladas al murete con unas sujeciones –responde Begoña–. Pero son fáciles de desenganchar. Al levantarlas, se sueltan.

Una maniobra sencilla y rápida.

–Así que Joel está ahí, con esos tres, durante el recreo –repasa Laura–. Ya se han reunido. Entonces, Iván y sus amigos separan la primera taquilla y la colocan sobre el suelo mientras hablan con él y le anuncian que tiene que pasar esa prueba.

–A lo mejor lo prepararon todo antes de que Joel llegara –apunta Begoña.

–Puede ser –contesto–, aunque es poco probable, porque todos dispusieron del mismo margen de tiempo para llegar a la piscina durante el recreo. Primero saldrían de clase al sonar el timbre al final de segunda hora; después irían hasta el patio y fingirían que

almorzaban, esperarían a que no hubiera vigilancia y, sin llamar la atención, entrarían en el pabellón.

Se nota mi mente entrenada para los planes delictivos. Begoña ha hecho un gesto afirmativo.

–Es verdad –acepta–. Olvidad mi comentario. No pudieron prepararlo antes.

Laura me observa en silencio con una extrañeza que, de nuevo, soy capaz de interpretar: le sorprende mi meticulosidad a la hora de analizar el lugar del crimen. Yo mismo me delato, el interés que demuestro va mucho más allá de la simple curiosidad. Ella se ha dado cuenta, pero calla... de momento. Doy por hecho que no me libraré de su interrogatorio más adelante.

Yo sigo dándole vueltas al asunto. Pronto tendré que regresar al centro de menores. Viendo que no he engañado a Laura y que, sin embargo, me lo permite, no pierdo minutos en disimular.

Reviso en voz alta la cronología de los hechos:

–Primero se encuentran en el recinto de la piscina; entonces le exigen a vuestro amigo que supere la prueba, discuten, le insisten... –doy por hecho que no aceptaste a la primera, Joel–. Imagino que alguno de ellos, mientras los otros hablan, irá desenganchando la taquilla y colocándola en el suelo. Tienen poco tiempo.

Acabo de compartir con ellas un dato que desconocen, facilitado por Iván. Visualizo a Beltrán actuando mientras Nacho vigila que no llegue nadie. Ese era el plan.

–Sigo sin entender por qué tenía Joel que someterse a eso –dice Laura–. No solía hablar con esa gente, ¿verdad, Begoña?

–¿Se llevaba mal con ellos? –esto me interesa mucho.

–Con Beltrán y Nacho, mal –responde Begoña–. En realidad, no se llevaban, no hablaban nunca. Y, aun así, a veces esos dos capullos se metían con él. Iván... –Begoña mira a Laura–, no sé, su relación era rara. En alguna ocasión los he visto juntos, pero pertenecían a grupos muy distintos.

Suspiro mientras procuro encajar las piezas de este rompecabezas.

–A ver: han perdido ya unos minutos, no les puede quedar mucho rato de recreo. Tienen que darse prisa. Ya han convencido a Joel, que se mete en la taquilla.

Imagino tu gesto resignado. ¿Por qué accediste? ¿Qué esperabas conseguir?

–Sí, no lo metieron a la fuerza –confirma Begoña, a la que le sigue costando mucho recrear esa escena–. Se metió él solo. O eso dicen.

No habrían podido conseguirlo en contra de tu voluntad.

–Después se supone que se reirían de él, se burlarían y ya está –dice Laura–. Ese rito del bautismo en la piscina incluye golpear la taquilla con él dentro. Lo he leído en internet. Ahí habría terminado todo.

–Pero entonces, Iván –continúo– no se conforma y arrastra la taquilla hasta el bordillo. Sin hacer caso a sus amigos, la empuja hasta que cae a la piscina. Todavía estarían con las risas, esperaban verlo salir chorreando agua, pero, para su sorpresa, la taquilla se hunde por completo sin que Joel haya abierto la puerta. Ningún movimiento en la piscina. Algo ha salido mal. Para cuando reacciona Iván, es tarde. Todo transcurre en segundos, la cosa se les ha ido de las manos sin tiempo ni para pensarlo. Va a sonar el timbre del final del recreo.

Debo aceptar que Iván se preocupó de que la taquilla cayera por el lado que permitía la

salida de Joel, como demuestra el modo en que quedó sumergida al fondo, con la puerta cerrada hacia arriba. Es la prueba que confirma que no pretendía matarte. Una taquilla con un cuerpo dentro pesa lo suficiente como para no bailar en el agua.

–¡A saber si es verdad que se tiró! –Laura no lo resiste, escupe ahora sus palabras con una violencia que no me encaja en ella–. Seguro que podrían haber hecho más.

Begoña asiente con la cabeza. Comparten un resentimiento tentador.

Me doy cuenta de que he estado a punto de delatarme. Yo no puedo conocer ese dato que ellas ignoran, así que debo callarme y ocultar que Iván sí se lanzó al agua y se puso a bucear para intentar abrir la portezuela de la taquilla.

Supongo que su idea era dejar la taquilla vacía dentro del agua, una travesura de niños pijos, y que tú te apañaras para cambiarte antes de tener que soportar la humillación de aparecer mojado en la siguiente clase.

Claro que los profesores te preguntarían al respecto, por supuesto. Tú no hablarías: hay que respetar el sagrado código de silencio que rige en ese tipo de sitios y en el mío también. Ser un chivato, un llorón, es lo peor y te deja marcado.

Tu tutor se quedaría de piedra. No acabaría de tragarse tu autoría en esa gamberrada absurda. Intentaría sonsacarte una explicación más creíble, pero tú mantendrías tu silencio, aguardando a que pasara el chaparrón para recuperar la normalidad. Finalmente, te castigarían por haber tirado la taquilla a la piscina –un precio asumible, a tus ojos–, llamarían a tus padres y tú callarías de nuevo. Qué error.

El silencio es una equivocación en estos casos, aunque tú ni siquiera tuviste la oportunidad de decidir. El silencio da alas al abuso, Joel. Lo alimenta. ¿Ya había ocurrido antes?

Qué más te da, a estas alturas.

Porque tú no saliste a la superficie de la piscina. Y ahí terminó todo para ti.

Es una versión de los hechos que habla de torpeza, de inmadurez en esos chicos. No sé; sigue habiendo maldad en este tipo de bromas que no lo son, en ese acoso camuflado. Me niego a ahorrarle a Iván su responsabilidad en tu muerte, pero no es la maldad oscura, venenosa y consciente que veo en otros que mantienen el control de la situación hasta el último momento, que cuentan con un único desenlace posible y, a pesar de ello, no se detienen hasta provocar el daño. El mal con mayúsculas.

No, el caso de Iván es distinto. Muy triste, pero distinto.

Despierto de mis reflexiones y me doy cuenta de que Begoña y Laura me observan sin hablar.

–¿Dónde estabas? –Me pregunta la *hippy*–. Se te veía muy lejos de aquí.

–Tú lo has dicho –contesto con suavidad–. Muy lejos de aquí, pero ya he vuelto. Perdonad.

Los tres retomamos la atención sobre el plano de Amín. Voy a tener que irme ya.

–¿De verdad no vieron peligro en un maltrato así? –me niego a llamarlo «broma»–. ¿En serio?

Me parece demencial. ¡Admitir este tipo de conductas equivale a firmar un cheque en blanco para los acosadores!

–Las taquillas no se cierran –Begoña habla con un hilo de voz–. Ninguna de ellas. Están todas abiertas y, en cuanto las mueves, queda el interior a la vista.

–¡Pero aun así pueden pasar muchas cosas! –objeta Laura–: que la taquilla caiga del lado

equivocado, que la víctima se dé un golpe...

Estoy de acuerdo. Sigue habiendo riesgos incontrolables en esa cruel novatada.

Begoña se encoge de hombros, con sus ojos al borde de las lágrimas.

–Ya se había hecho antes –repite el soniquete que se habrán hartado de escuchar en el colegio–, así se defienden los muy... Dicen que nunca había pasado nada, que el agua llega hasta el borde y solo hay que empujar un poco para que la taquilla se deslice hasta ella, que realmente no hay caída y ellos estaban pendientes...

Sí, esos serán los argumentos que manejen sus abogados.

–Es un comportamiento de mala gente, pero si todo fue tan rápido e improvisado... No sé –Begoña nos mira con resignación–. Iván es un chulo, un abusón, y debe pagar por lo que ha hecho. Pero de ahí a querer matar a Joel...

Me invade la sensación de que siempre se es más indulgente con los guapos. Lo he visto toda la vida.

Begoña no tiene culpa de esta repentina duda, no te está siendo desleal. Ella se debate entre su ansia de que alguien sea castigado por este crimen y el destrozo que supone en su mundo asumir que alguno de los suyos, como Iván, sea capaz de convertirse en un asesino.

–¿Y entonces qué pretendía Iván al hacerle eso a Joel? –lanzo el interrogante al aire–. ¿Se trata de algún tipo de escarmiento?

¿Un ajuste de cuentas?

¿Qué provocó que Iván «se volviera loco»?

Tenía que tratarse de algo que le afectaba específicamente a él, si Nacho, capitán del equipo, ha desempeñado un papel tan secundario en este turbio asunto. Algo que llevó a Beltrán a sugerir a su amigo la novatada que acabó con tu vida.

Ellas se quedan calladas. No hay una respuesta para eso. Tú seguro que podrías sacarnos de la duda, Joel. E Iván también, si estuviera dispuesto a hablar de ello.

Día 35

La rutina se mantiene inalterable en el centro de menores: los horarios de clases y los paréntesis de tiempo libre, las charlas periódicas con el educador que tenemos asignado cada uno, las comidas, los talleres, el huerto, las visitas semanales de familias y abogados – incluso de alguna jueza –, los movimientos en el exterior para los internos de régimen semiabierto y las salidas que tienen como único destino autorizado los juzgados o el médico para los de régimen cerrado, los momentos de deporte, las noches largas, los registros esporádicos en algunas habitaciones...

El funcionamiento de este tipo de lugares es pura mecánica.

Está siendo una época tranquila, lo que beneficia a Iván. En las últimas semanas, apenas ha habido alguna pelea, salvo un par de episodios violentos en el módulo terapéutico. Nada serio.

La evolución que está experimentando Iván es curiosa: por un lado, su semblante ha mejorado –es evidente que ha empezado a tener noches más fáciles y se va adaptando a la vida aquí–, y, por otro, se percibe que, interiormente, los remordimientos se manifiestan ya sin piedad en su cabeza y lo van hundiendo cada vez que intenta salir a flote. No remonta. Ha recurrido por fin a la psicóloga. No ha tenido más remedio.

Hace mucho ejercicio. Es una buena estrategia para ocupar los tiempos muertos y frenar unos pensamientos que llegan a resultar peligrosos.

El tono de nuestras conversaciones se ha vuelto menos tenso. Su comportamiento con los demás internos sigue siendo muy correcto, roza la camaradería. Me impresiona, la verdad. Incluso han empezado a respetarle, a contar con él. Sorprende su buena relación con los gitanos, el bloque que ha tardado más en acercarse a Iván. Aparte del argelino, que únicamente habla con los otros magrebíes (ya le han sancionado varias veces por hacerlo en árabe, lo que aquí, por seguridad, está prohibido), solo Ignasi se mantiene frío con él. Ha sufrido sus propias experiencias de acoso, y no está dispuesto a perdonar lo que te hizo.

Está en su derecho. Todos arrastramos nuestra propia historia.

Sí, lo ha conseguido. Iván se ha convertido en uno más... con su apariencia de pijo, eso sí.

Ahora nos encontramos en el descanso de antes de comer. Lluve, así que todos estamos en el pabellón.

–¿Qué echas de menos de tu vida? –le pregunta Abdou de repente.

El senegalés comprende la nostalgia, aunque en su aventura no ha dejado nada atrás a lo que quiera regresar, salvo su familia. Se conforma con un puñado de recuerdos felices que le permiten retornar con la memoria a paisajes y momentos que forman parte de él.

Hace unos días, Iván no habría respondido a su interrogante. Ahora, sin embargo, se queda meditando. La cuestión ha despertado el interés de los demás, que se han girado para escuchar.

–Muchas cosas... –empieza–: el estar cada día con mis padres y mi hermano, las escapadas de fin de semana a nuestra casa de la sierra, el pasear por las calles de Madrid, salir los

sábados con mis amigos, las quedadas para jugar, los torneos de tenis...

Seguro que, cuando llegue el invierno, se acuerda del esquí. Todos le escuchan casi extasiados, le piden más detalles:

–¿Cómo es tu casa de la sierra?

–¿Juegas bien al tenis? ¿Tienes varias raquetas?

–¿Qué coche tienen tus padres?

–¿Qué bebes cuando sales con tus amigos?

–¿Tu casa está en una urbanización?

–¿Tienes una habitación para ti solo, o la compartes con tu hermano?

El testimonio de Iván nos permite soñar con vidas reales que quedan a una distancia enorme, aunque no insalvable. Para nosotros es importante el convencimiento de que nuestra suerte puede cambiar, y aquí la gente también, en su medida, es ambiciosa. Bajo nuestra óptica solo existe el presente, pero es un presente dinámico, vivo. Nadie se resigna a estancarse en su desgracia.

Mis compañeros quieren saber cómo viven los ricos, en qué consiste el lujo, e Iván completa su respuesta, aunque sin facilitar datos personales. No olvida dónde está y prefiere mantener su intimidad, lo que hace con sutileza, sin ánimo de menospreciar u ofender.

Ha aprendido mucho. Ya no es el mismo que entró aquí. Su lenguaje corporal también es menos rígido porque ha dejado de estar a la defensiva.

No se me escapa que ha evitado mencionar a su novia al hablar de lo que añora. Ayer me dijo que ha vuelto a intentar contactar con ella a través de su hermano pequeño, que estudia en el mismo colegio. No ha obtenido respuesta.

Creo que él mismo ha dado por terminada la relación, lo ha tenido que aceptar. Dudo que vuelva a mencionarla.

–Lo que peor llevo –añade de pronto– es la sensación de control las veinticuatro horas del día. Es... agotador. Y la falta de intimidad. ¿Os pasa a vosotros? No sabéis las ganas que tengo de no sentir que hay alguien mirándome en todo momento, de estar verdaderamente solo.

Le comprendo perfectamente. Esa soledad que le complica las noches es la que ha empezado a desear durante el día.

A mí me quedan unos meses aquí, pero él tardará mucho en recobrar la confianza de la sociedad y esa independencia que da el anonimato.

Día 40

Terminamos de cenar. Iván está en mi mesa, junto a mí. Su expresión ha recuperado ese aire de que, para él, esta situación y este escenario son provisionales, en un sentido irreal de corto plazo. Aún no ha empezado su juicio, pero se ha convencido a sí mismo de que está aquí de paso y de que será por poco tiempo.

No es mala opción si esa actitud le ayuda a mantener la cordura. En cualquier caso, en pocas semanas se celebrará el juicio. Con la prensa tan pendiente, no habrá prórrogas. Entonces Iván se enfrentará a una pena que puede implicar un internamiento largo.

La mayoría nos iremos mucho antes. Él será testigo de la rotación de internos: los que llegan, los que se van. Los que repiten, como yo. Todos obligados a cumplir sentencias. Diferentes rostros, errores similares, nuestras vidas que se mantienen a flote en aguas turbulentas. Jugamos en tablas de naufrago.

Llegará un día en que Iván se habrá convertido en un veterano.

–Te han dejado bien –le digo mientras abandonamos la sala.

Es un comentario inofensivo. Hoy ha tocado peluquería y él, por lo que veo, ha pedido que le cortaran bastante por los lados y justo encima de la nuca. Buen estilo.

–Gracias. ¿Jugamos?

Hace un gesto con la cabeza en dirección a la mesa de *ping-pong*, sobre la que alguien ha dejado dos palas y la pelota. Tenemos tiempo libre hasta las diez, momento en que habrá que subir a las habitaciones.

–Vale.

Comenzamos a pelotear. Hace poco descubrimos que tenemos niveles parecidos, así que nuestros partidos son bastante reñidos, y eso nos divierte.

–¿Qué tal con la psicóloga? –le pregunto.

–Bien, aunque me cuesta contar las cosas.

–Ya te acostumbrarás. Aprovechalo, te sentará bien. Hay que sacarlo todo.

–Dani...

Se gira para comprobar que estamos solos.

–Qué pasa.

Recojo la pelota del suelo y espero.

–Yo no soy así... Te lo juro.

Ahora me toca interpretar a qué se refiere, porque no ha habido ninguna introducción a sus palabras. El proceso con que cada uno vive su internamiento es muy personal. ¿En qué fase se encuentra?

–No te conozco lo suficiente –digo con prudencia. A ver si vuelve a hablar y me da alguna pista.

–Nunca había hecho daño ni a Joel ni a nadie –se explica–. Jamás.

Así que se trata de eso. A este punto hemos llegado después de más de un mes desde su ingreso.

Todavía me resulta extraño oírle pronunciando tu nombre. ¿Me está pidiendo ayuda?

–Pues no lo parece –tengo la pelota; saco esquinado y él responde con un buen golpe que le hace ganar el punto. Nos concentramos en el juego como táctica para no mirar al otro–. De hecho, desde fuera se ve hasta vulgar: un chulo futbolista que abusa de un compañero más débil con ayuda de sus colegas de vestuario. Todo un clásico.

Lo he dicho exagerando un desprecio que me molesta no sentir con la suficiente intensidad, mientras me agacho para recoger de nuevo la pelota, que se ha ido rodando varios metros más allá.

–No soy de esos –se defiende–. Yo voy a mi rollo, simplemente. Puede que a veces me echara unas risas con amigos a costa de alguien, lo reconozco, pero paso de líos. Nunca me metía con nadie en serio. Tienes que creerme.

¿De verdad necesita eso de mí?

–Pues lo disimulas muy bien.

Hemos dejado de jugar. Su semblante se ha ido ensombreciendo con cada nueva palabra que pronunciamos.

–Yo... llevaba unos días nervioso... –Iván baja los ojos al suelo–. Ojalá pudiera volver atrás. Te aseguro que daría lo que fuera por evitar lo que sucedió. ¡Lo que fuera!

–Sí, lo harías. Para salvarte tú.

Iván lo niega sacudiendo la cabeza.

–Lo haría por salvar a Joel –su voz suena agitada, aturdida–. Él no se merecía acabar así. Arrastraré toda mi vida lo que le hice. Jamás se me pasó por la cabeza que la broma pudiera terminar de ese modo. Joel era... buena gente, un tío legal. Lo sé ahora... y lo sabía entonces. Nunca podré perdonarme. ¿Qué me queda por hacer? ¿Cómo se sale de esta pesadilla?

Qué peligrosa es la etiqueta de «broma» para la víctima que la sufre y qué estimulante, qué prometedora, para el agresor. Todo cabe en ella. Permite enmascarar comportamientos que poco tienen que ver con lo inofensivo. Aquí hay compañeros que lo saben bien.

La voz le tiembla. Está a punto de echarse a llorar, aunque logra contenerse. No olvida dónde estamos. Puede aparecer otro interno en cualquier momento y se niega a ofrecer una imagen tan vulnerable.

Su aspecto maquilla bien que sigue roto por dentro, pero a mí no quiere engañarme. Continúa necesitándome, inmerso en el agujero negro de tu tragedia, Joel. Su mundo conocido va reduciéndose a cenizas y tiene miedo de desintegrarse con él, de perderse para siempre atraído por la oscuridad de lo que te hizo. Una muerte en vida que se sumaría a tu pérdida.

Y todo... ¿por un error?

¿De eso se trata?

¿Tomas una decisión incorrecta y arruinas para siempre tu existencia? ¿No hay posibilidad de redención cuando el daño provocado es irrecuperable?

¿Cabe el perdón?

Iván busca una vía de escape, y no me refiero a este lugar. Insinúa que su jugada contigo consistió en una equivocación, en una torpeza, como tantas otras que se cometen cada día, que se estarán cometiendo ahora mismo, aunque sin la mala suerte de un desenlace estadísticamente improbable. A alguien tenía que tocarle. Tal vez. Hace días que he empezado a convencerme de que, en su caso, es posible que sucediera eso. Sin embargo, lo

que despierta en mí tu muerte, Joel, me lleva al impulso de juzgar sin compasión a tus verdugos.

La mala suerte solo juega su papel cuando se dan las circunstancias propicias. Y ahí entra la responsabilidad de Iván y sus amigos. No había buena intención en ese ritual cruel, aunque no pretendieran llegar tan lejos.

Por eso no sé qué decirle.

¿Hay salida cuando se comete un error con consecuencias irreversibles? ¿Hay salida para el culpable de una muerte cuando nunca podrá devolver la vida arrancada?

No lo sé.

Decido ganar tiempo:

–Ya mencionas a Joel, y me alegro. Pero eso solo demuestra que conoces el nombre completo de alguien en quien veías, imagino, a un simple compañero de clase.

Una sombra sobre el pupitre. Sin rasgos, sin sentimientos. Parte del decorado.

Iván se queda muy quieto, clavado al suelo.

–¿Qué quieres decir?

Dejo la pala y la pelota sobre la mesa y me acerco a él.

–¿Qué sabes de Joel, aparte de que era compañero tuyo en el colegio? ¿Te has preocupado alguna vez en conocerle, o solo era para ti una inicial en la lista de clase, una diana?

Iván se hunde un poco más, y lo he provocado yo. Hablemos sin tapujos, ya que hemos llegado hasta aquí. Él lo ha querido.

–Íbamos con grupos distintos –intenta justificarse–. Joel no era deportista y casi nunca coincidíamos fuera del colegio. Yo salía con Beltrán y Nacho, y él...

Lo imaginaba. Apenas sabía quién eras y continúa sin saberlo. No ha querido enfrentarse a eso ahora que se siente culpable de tu final. Cuanto menos sepa de ti, más fácil le resultará diluir el recuerdo de lo que hizo. Otra forma de escapar.

Pero ese precio tendrá que pagarlo. Deberá conocerte si aspira a salvar su futuro.

–Cualquier salida que puedas encontrar pasa porque recuperes la memoria de Joel –concluyo–. ¿Te has tomado la molestia de entrar en su vida, de entender quién era o con qué soñaba, a qué dedicaba su tiempo? Es una cuestión de respeto.

Él traga saliva. Le estoy exigiendo que se meta en la boca del lobo, que se enfrente cara a cara con lo que hizo.

Es como si le pidiera desenterrar tu cadáver, Joel.

Iván suspira. En su mente habrán surgido ahora las burbujas que pueblan sus pesadillas, la huella de esas noches interminables que sufre cada madrugada.

–Lo haré, Dani –se compromete delante de mí, sin testigos–. Estoy dispuesto a hacerlo. Me interesaré por él. Aunque no es fácil desde aquí...

Ya va siendo hora de que también muestre mis cartas:

–Yo te hablaré de él.

Mi oferta le descoloca, pero no se va a arriesgar a preguntarme de dónde he sacado esa información. Ha tenido bastante por hoy.

Nuestra conversación ha sido un combate cuerpo a cuerpo que ha buscado él.

En el fondo, quiere pagar por lo que hizo. Ha evolucionado. Es el camino, aunque no podrá ahorrarse el dolor. Al menos, ha dejado de hacerte responsable.

Me fijo en el sorprendente aspecto de desamparo que muestra, aquí de pie, tan fuerte y, sin embargo, con la expresión del desterrado que ha sido expulsado del paraíso y ahora se

enfrenta a un horizonte vacío.

–De acuerdo –acepta de nuevo–. Hablaremos de Joel.

Son las diez, toca irse a dormir. Supongo que debería darle un abrazo. Lo necesita. Pero no me veo capaz de hacerlo con naturalidad, no me sale aún. Le palmeo la espalda y lo dejo ahí, quieto, en silencio, mientras me dirijo a las escaleras.

Día 44

Hoy he llegado pronto al centro de menores. El bus que me deja cerca ha tardado poco a la salida del instituto. Por eso me detengo a cierta distancia. Tengo a la vista el portón de entrada al complejo. En cuanto lo cruce, me registrarán y me quitarán el teléfono, así que voy a sacar partido a estos últimos minutos de libertad antes de retornar a mi encierro.

Me siento en un banco y saco el móvil. Me quedan datos, así que vuelvo a tu blog, Joel: *Sueños de plata*. Tu último post lo publicaste tres días antes de tu muerte. Una foto en blanco y negro te muestra asomándote a una calle, apoyado y mirando a cámara con gesto seductor. Llevas gafas de pasta, lo que además te da un aire intelectual.

Bajo esa imagen has escrito el comienzo de la letra de una canción del cantautor Guitarricadela fuente, *El conticinio*:

«Quiero poder verte dormir,
entrar en tus visiones,
saber qué es lo que fui».

Me pregunto a quién diriges esos versos. Busco en Google el significado de *conticinio*, jamás había escuchado esa palabra: «hora de la noche en que está todo en silencio».

Sugere. El momento perfecto para las confidencias.

Descubro entre publicaciones más antiguas una poesía tuya que habla de que tú mismo te buscabas; son unos versos que acompañan a un retrato en color en el que apareces con el móvil en la mano.

«Recorro los espejos
de una y otra habitación,
a ver si alguno de ellos,
en algún momento, me dice
quién fui yo, quién pude ser,
quién seré.

Posiblemente, cristales rotos
que en el espacio infinito
perdieron la gravedad
sin llegar a juntarse nunca».

Dice mucho de ti, Joel, que te definas como un puñado de cristales rotos que nunca encajarán. Librabas tu propia batalla, intuyo. Ojalá yo logre reunir las suficientes piezas como para trazar al menos tu silueta.

* * *

Hace buena tarde y estamos todos en el patio durante este tiempo libre del que disponemos antes de cenar. Algunos juegan al fútbol, otros al baloncesto, y luego estamos los que deambulamos por el recinto o dejamos pasar el rato sentados en algún rincón de esta zona abierta que nos da un poco de oxígeno: mi grupo, los gitanos, el bloque magrebí... Un educador nos vigila dando una vuelta cerca de nosotros.

Yo estoy tranquilo, en compañía de Jonás, Ignasi y Pedro. Nuestro *hacker* intenta explicarnos por enésima vez aspectos de la inteligencia artificial que nos motivan bastante poco. Siempre está hablando de tecnología. Pedrito –cuya lentitud en reaccionar para todo le capacita para escuchar durante ratos largos– no disimula su aburrimiento, pero tampoco le corta.

Ignasi solo interrumpe su discurso para pedirme que le consiga información sobre un nuevo *software* en alguna de mis salidas para ir a clase. Va listo, yo no entiendo nada de eso. Ni siquiera le he llegado a responder cuando, de pronto, me invade una corazonada, una sensación de urgencia que me corta el aliento. Esta impresión se desliza por mi espalda como un escalofrío. Ya lo he vivido otras veces: es un sexto sentido que me avisa de que algo malo está a punto de ocurrir.

He levantado la cabeza de forma brusca y ahora aguardo, pendiente, con la rigidez atenta de un sabueso.

¿Qué pasa?

No comprendo esta angustia. Observo a mi alrededor, todo ofrece una apariencia pacífica: los edificios de los módulos, la zona del huerto, el pabellón deportivo, los talleres... Las carreras y gritos de los que juegan al fútbol, el rumor del tráfico procedente del exterior, la ronda del educador...

Lo único que veo es normalidad.

Y, sin embargo...

¿Qué me ocurre? He dejado de escuchar a Ignasi que, ajeno a mi preocupación, ha retomado su sermón sobre las ventajas de la IA.

La inquietud se mantiene dentro de mí.

Acabo de caer en la cuenta de que no veo a Iván. Hace unos minutos, participaba en el partido de fútbol. Repaso mejor las siluetas que quedan a la vista. No, no está. En ningún lado.

Vuelvo a fijarme en cada rincón. Nada.

¿Dónde se ha metido?

Bueno, procuro serenarme, su ausencia momentánea no implica nada grave. Habrá ido al baño, o a beber agua, o a coger algo del pabellón...

Supongo que el educador le habrá dado permiso si ha necesitado subir a su habitación. Hoy le toca turno a Román, un tipo despistado pero muy accesible.

A pesar de todo, me sigue agobiando esta sensación de inminencia que se ha instalado en mi cabeza. Se han activado las alertas dentro de mí, y no descubro ningún detonante que me oriente.

La última vez que me sucedió, había entrado en un piso y, justo después, llegaron los propietarios. Me salvé por un pelo.

Pardo.

Joder. Tampoco lo veo.

Me pongo de pie y giro sobre mí mismo.

¡Sigo sin verlo! Por ningún lado.

Hace un momento estaba con el argelino, junto al muro. Sin embargo, Mohamed se ha movido y ahora camina hacia los marroquíes.

¿Dónde está Pardo?

Mi mirada se cruza con la de Amín, con la de Hasan, con la del Cables. Ojos que leen en los

míos. Ellos captan mi intranquilidad, también se ponen en guardia. Jonás, Ignasi e incluso Pedro perciben mi cambio de actitud como los demás. En nuestro mundo hay un lenguaje silencioso que todos entendemos: el del peligro, el de la amenaza latente.

No espero más. En cuanto Román se da la vuelta, desaparezco en dirección al edificio de nuestro módulo. Sé actuar rápido y con discreción. Llevo toda la vida haciéndolo; de algo tenían que servirme este cuerpo flaco y mi entrenamiento en movimientos furtivos. He de encontrar a Iván.

Recorro los comedores, las salas de formación, los pasillos. Nadie.

¡Me falta llegar a los baños!

Me lanzo hacia el sector donde quedan los lavabos y abro la puerta de golpe.

Sí. Aquí están.

Iván y Pardo.

¿He llegado a tiempo?

Apenas tardo unos segundos en calibrar la escena: Iván, con expresión de pánico, ha ido retrocediendo y se encuentra arrinconado contra la pared. No puede escapar. Pardo, siempre atento, ha visto que se dirigía al baño desde el patio y ha aprovechado la oportunidad para seguirle y tenderle una trampa sin testigos en esta zona apartada del edificio.

Lo ha logrado.

Frente a su víctima, a un par de metros, Cristian sonríe mientras sujeta con una mano una navaja estilete. La ha levantado hasta situarla a la altura de la cara de Iván.

¿Cómo la habrá conseguido?

Reconozco el arma: su hoja larga, acabada en una punta muy aguda, provoca heridas profundas.

Mi aparición ha detenido momentáneamente a Pardo. Sus ojos turbios no se apartan de su presa, aunque me intuya detrás.

–¡Lárgate! –me grita–. ¡Esto no es asunto tuyo!

La situación ha llegado a un punto crítico: si Pardo da un paso más, le bastará alargar el brazo para alcanzar a Iván.

Una cuchillada con esa navaja puede ser mortal.

Por eso Iván no ha comenzado a gritar pidiendo ayuda: cualquier maniobra que intente provocará que Pardo se ponga nervioso, dé un salto y lo apuñale.

No se lo pensará dos veces, e Iván se ha dado cuenta.

Yo, con las manos visibles y extendidas, me adelanto un par de pasos. Lo hago con mucha lentitud.

–Te vas a complicar la vida, Cristian –le digo con una voz débil que me traiciona–. Déjalo, aún estás a tiempo.

Soy un ladrón de poca monta, y él lo sabe. No intimido. Aquí estoy, con mi pinta larguirucha, mi pelo alborotado y la ropa que me cuelga por todos lados, paralizado ante ellos. No, no doy el perfil de héroe.

Pardo esboza su sonrisa de tiburón.

–Mi vida no puede complicarse más, pringao. Me voy a dar un capricho –su voz suena bronca, con ese tono carrasposo que se te queda de vivir en la calle–. Esfúmate o después me ocuparé de ti. No volveré a decírtelo.

Mi única autoridad en este centro de menores es la veteranía. Todos me respetan, pero ante un individuo como Pardo, de nada me sirve. Debería obedecer, no meterme donde no me llaman, que es una regla básica en nuestro mundo.

Permanezco quieto, incapaz de decidir qué hacer. Sé que, si desaparezco, si dejo a Iván con él, Pardo se sentirá libre para llegar hasta el final.

¿Estoy dispuesto a cargar con eso?

Los tres aguardamos en silencio. Iván no respira, no habla. Solo me mira suplicante. Su rostro ha palidecido hasta adquirir la tonalidad de los azulejos blancos de la pared.

No le llega la sangre al cuerpo.

–Se acaba el tiempo, Dani –el aviso de Pardo es una advertencia muy seria. La última.

Da un nuevo paso y acorrala aún más a Iván. En el mundo de los desgraciados se mata en silencio.

¿En serio me estoy jugando la vida por tu asesino, Joel? ¿En qué momento han cambiado las reglas del juego?

¿Cómo es posible que nos encontremos en esta situación?

No, no estoy dispuesto a largarme, a mirar para otro lado. Me lo he currado demasiado como para permitir que Iván acabe de esta forma.

No es justo.

He cometido errores, pero yo no soy así. No, no soy así.

–Me quedo, Cristian –mi voz vuelve a brotar como un hilo, pero llega hasta ellos–. Apártate de él.

La mueca de Pardo se amplía.

–Tú lo has querido.

Justo en este instante, noto movimiento detrás de mí. Pardo se ha detenido al percibir esas otras presencias, no alcanza a lanzar su estocada. Me giro.

Y ahí están: Amín, Hasan, Jonás.

Y el Cables, y Pedro, Ignasi, Abdou.

Todos ellos han acudido. No me han dejado solo. Se colocan formando una barrera a mi espalda. Algunos llevan objetos defensivos, algún palo y un taco de billar.

Solidaridad entre perdidos.

Se oyen dentro del edificio las llamadas de Román, que ha empezado a buscarnos.

–Todavía puedes marcharte –digo a Cristian–. Esto no te va a salir bien.

El panorama ha cambiado. Pardo lanza una última ojeada a Iván, gruñe y, sin soltar su navaja, comienza a separarse de él muy lentamente. Titubea, se resiste a dejar escapar a su presa. Percibo su rabia. Aún puede hacer un movimiento repentino y herir a alguien.

Nos observa buscando fisuras en nuestra resistencia.

Da otro paso hacia la puerta.

Las llamadas de Román se escuchan cada vez más cerca.

Nos apartamos para dejar pasar a Cristian y, tras un gesto final desafiante, que promete venganza, desaparece.

Por un pelo, Joel. Ha faltado muy poco. Tengo que confesarte que me alegro de haberlo evitado.

–Gracias –digo a mis compañeros, disimulando mi propia emoción–. Os debo una. No lo olvidaré.

Iván, apoyado en la pared, aún no ha recuperado el aliento. Acaba de conocer el lado más oscuro de este universo.

Día 45

Algo ha cambiado en mi relación con Iván desde ayer. La situación de peligro que compartimos ha generado una especie de vínculo entre nosotros, cuyo alcance me confunde. Al enfrentarme a Pardo, casi pude sentir como si un resorte se activara y, de pronto, la distancia que nos separaba a Iván y a mí se ha reducido. Ahora ha surgido cierta complicidad entre nosotros. No entiendo nada.

Desde ayer tenemos un enemigo común. ¿Es eso? ¿He provocado una alianza con tu asesino gracias a mi intervención, Joel?

No se trata solo de que él sienta que está en deuda conmigo; se trata de algo más... profundo.

–¡Fue brutal! –Iván todavía alucina.

Y eso que desde entonces se mueve por el centro con la inseguridad que da el miedo. Todavía no se le ha pasado el susto.

–Olvídalo.

Yo mismo opto por ignorar lo que sucedió.

–No te pedí que me ayudaras –Iván insiste en agradecérmelo, con una emoción que me incomoda–. Salió de ti. Y lo hiciste a cambio de nada. ¿Por qué? ¿Te jugaste el cuello por mí! Y no me digas que es porque te encargaron acompañarme. Hace ya semanas que acabó tu labor de acogida. Pero tú –me mira con especial atención– sigues pendiente de mí. Eres un bicho raro, ¿sabes?

Percibo en sus palabras un afecto que hasta ahora no existía. Esto se me está yendo de las manos. En algún momento he dejado de llevar la iniciativa. Los acontecimientos se han desbocado y nos arrastran.

Es lógico que Iván no entienda mi actuación, ni yo mismo me lo explico. Pienso en lo que me impulsó a mediar, qué gano yo apuntándome a movidas ajenas. Como si no tuviera bastante con las mías.

–No te lo merecías –suelto–. Y yo no soporto las injusticias.

Eso es todo.

No encuentro otro argumento. Si siguieras vivo, ¿qué te habría parecido a ti, Joel, que yo salvara a tu agresor?

–Resulta que eres un idealista –dice Iván–. Quién lo iba a decir de ti, que estás de vuelta de todo. Un ladrón idealista.

Sí, supongo que esa descripción me define. Así me va.

–¿Comprendes ahora por qué me cuesta tanto perdonarte? No teníais derecho a acabar con la vida de Joel.

Noto el impacto de mis palabras en él.

–Hasta hace poco, me decía a mí mismo que fue un accidente –confiesa Iván–. Ahora ya no busco engañarme. Los accidentes no se provocan. Soy culpable, Dani. Y... estoy dispuesto a pagar por ello.

El que juega con fuego se acaba quemando.

Lo que ocurre con las quemaduras es que, gracias al tiempo y a las curas, terminan cicatrizando.

Uno puede vivir con la marca de una herida. Así saldrá de aquí Iván cuando cumpla su condena.

Sí, quizá haya salida cuando no hubo intención de hacer el daño. Tu recuerdo, Joel, le acompañará como una cicatriz.

Iván ha cambiado. Ya no es el mismo que cuando llegó ni el mismo que te recibió en la piscina de vuestro colegio.

* * *

Día 47

Hoy hemos vuelto a quedar.

Al principio me dedico a felicitar a Laura por el contenido de su Instagram, que me encanta. Realmente he disfrutado mucho con sus fotos de casas abandonadas, sus *stories* siniestras y sus textos.

Ella también me ha investigado, aunque reconoce que ha obtenido poca información sobre mis gustos.

–Sigue siendo muy difícil quedar contigo –me recrimina–. Nos das muy pocas opciones. Hoy Begoña no ha podido escaparse de clase. En su cole controlan mucho. Es que a estas horas...

Es la una de la tarde. Ya contaba con la ausencia de Begoña; es lo que buscaba. Los dos nos encontramos ahora cerca de mi instituto, donde la otra vez.

Sabía que Laura accedería a este nuevo encuentro. Y aquí está, puntual, con su estética oscura, sus uñas negras, su energía y esa actitud levemente hostil con la que se asoma a la realidad. Y sé que me va a formular el interrogante que, de hecho, me plantea a los pocos minutos:

–¿De qué vas, Dani? ¿Quién eres?

Su paciencia ha terminado. Ambos experimentamos una complicidad evidente, aunque ella no está dispuesta a avanzar más sin algunas respuestas.

–Este rollo enigmático tuyo mola –añade–, pero hasta cierto punto. A Begoña y a mí no nos cuadra tanto interés por tu parte en Joel, y lo poco que sabemos de ti tampoco nos tranquiliza.

Sí, el misterio nos atrae, aunque no se puede mantener indefinidamente. Ha llegado el momento de sincerarse.

Llevo preparándome varios días para esta conversación.

–¿Prometes que me escucharás hasta el final si te lo cuento todo? –le pregunto.

Este comienzo le resulta a Laura muy prometedor.

–¡Claro! He venido, ¿no?

Sí, Laura no parece de las que se asustan con facilidad, y pertenece a un entorno menos protegido que su amiga. Ha vivido más.

Al menos, cuando lo sepa todo no me podrá acusar de haberlas engañado, porque durante estas semanas me he limitado a ocultarles información, no a falsearla.

Será mejor no andarme por las ramas. Estoy cansado de llevar una doble vida con ellas:

–Nunca puedo quedar por las tardes porque vivo en un centro de menores, Laura.

Así, sin adornos. Este giro argumental la descoloca.

–Pero...

–Yo me dedico a robar en casas –le suelto ahora, a bocajarro–. Y me detuvieron hace poco. Por eso tengo que pasar allí una temporada.

Ya está, mi realidad sobre la mesa. A veces nos complicamos demasiado. Mi presente es sencillo de explicar.

Ella se queda muda durante unos segundos. Sus labios han empezado a curvarse en un esbozo de sonrisa que interrumpe justo a tiempo. Analiza mis gestos, procura encontrar alguna señal que le indique si hablo en serio antes de escoger su respuesta.

No encuentra nada que la oriente y se queda así, a medio sonreír, mirándome con cautela.

–No lo pillo –dice.

–Mi familia vende objetos robados –continúo, sin perder la naturalidad–. De eso vivimos.

Su expresión me indica que empieza a asumir que digo la verdad. Todavía espera unos segundos, con la esperanza de que, de repente, suelte yo una carcajada y ponga en evidencia la broma.

Pero eso no se produce. Mi rostro se mantiene tranquilo y Laura se ve forzada a aceptar que lo que le cuento es cierto.

Reconozco, eso sí, que mantiene la compostura con bastante dignidad. Le preocupa parecer una ingenua, una inexperta.

–Eres un ladrón, entonces.

–Exacto. Desde pequeño me han obligado a aprender y practicar este... oficio. No se me da mal.

Intento quitar hierro al asunto con algo de humor.

Laura procesa poco a poco lo que le voy confesando. No sé qué se había imaginado sobre mí, cómo justificaba mi discreción, pero, desde luego, su versión no se acerca a la realidad que acabo de descubrirle.

Confío en que pueda digerirlo.

Comprendo la mueca de confusión que se le ha quedado. No es tanto por mi situación, sino por unas circunstancias personales que me sitúan a años luz de ti, Joel. Ahora que está al tanto de dónde he salido, que ha confirmado lo poco que hasta ahora sabían sobre mí, Laura ha perdido esa leve confianza que empezaba a sentir conmigo. Ya no soy solo un friki interesante que parece venir de otro planeta.

Imagino sus dudas. ¿Y si soy peligroso? ¿Y si oculto otras motivaciones menos confesables para aproximarme a ellas? Incluso, a lo mejor, me estoy aprovechando de tu muerte para tener acceso a sus casas. No es un miedo tan descabellado; a fin de cuentas, acabo de admitir que soy un ladrón reincidente. Todos esos temores los veo en su cara, no ha logrado disimularlos.

Así que completo mi explicación. Por una vez, sin prisa. He calculado bien los tiempos. Le cuento lo de la colección de cadáveres que guardo en mi ordenador, cómo tu asesinato me llevó hasta ti, mi afición por adentrarme en otras vidas, mis paseos por los cementerios leyendo las inscripciones de las lápidas e imaginándome esas biografías que ya terminaron.

Es la primera vez que se lo cuento a alguien, aparte de ti.

Laura, poco a poco, va recobrando una tranquilidad cautelosa. Me entiende. El hecho de compartir conmigo esta atracción hacia lo que rodea a la muerte facilita las cosas. La charla fluye sin más sobresaltos; su recelo inicial da paso a un interés menos tenso hacia mí. Quiere recuperar esa complicidad que nos une.

Conforme se sumerge en mis secretos, pierde importancia para ella mi contexto. Ha dejado de juzgarme, y ahí está la clave. Por eso decido dar el paso que todavía me falta:

–Laura, hay algo más que debes saber.

Ella frunce el ceño, de nuevo con cara de susto.

–¿Qué te has guardado, Dani?

XXXVII

Laura se ha puesto en guardia, pero el momento es ahora. Cojo oxígeno y se lo suelto:

–Hace varias semanas, ingresaron a Iván en mi centro.

–¿A Iván...? –su reacción más inmediata la lleva a buscar otros conocidos comunes que podamos tener, pero incluso antes de preguntarme a quién me refiero, saca sus propias conclusiones–. No me jodas.

Asiento con la cabeza.

–¡Así que os conocéis!

–Hemos ido hablando. Con él suelo estar muy borde, no olvido lo que le hizo a Joel; pero me pidieron que lo ayudara durante los primeros días.

–Y lo hiciste.

Su expresión se ha endurecido. Me preocupa mucho que piense que he traicionado su confianza.

–Allí no te dan a elegir –me defiendo–. Me limité a obedecer. Ponte en mi lugar, por favor. Yo apenas conocía detalles de todo lo que he ido averiguando, ni siquiera me había cruzado con vosotras. Quería saber.

Laura me sigue observando con cierta severidad.

–¿Y ese contacto con Iván tiene algo que ver con tu repentino interés por Joel?

–Te juro que no. Yo empecé a interesarme por vuestro amigo en cuanto leí la noticia de su muerte. Después me encontré con vuestro vídeo.

Laura asiente.

–¿Cómo es?

Me doy cuenta de que ella nunca ha coincidido con Iván. Yo no me atrevo a compartir mis impresiones. No me siento capaz de explicar lo que pienso de él a estas alturas.

–No estoy seguro, Laura.

Ella se queda en silencio, analiza el alcance de mis palabras.

–Qué respuesta más rara, tratándose del asesino de Joel.

–¿Qué esperabas?

Ella no vacila:

–Una opinión más firme. No sé de qué tienes que asegurarte para pensar que es un hijo de puta.

Sus ojos me atraviesan y yo bajo la mirada.

«No es tan sencillo», se dibuja en mi mente. Pero prefiero callarme, seguir habitando en silencio este mundo de grises donde resulta tan arriesgado lanzar acusaciones absolutas. Para mi sorpresa, estas semanas en contacto con Iván me han vuelto prudente a la hora de juzgar. No soy indulgente: soy cauto.

Tú me habrías entendido, Joel. A pesar de todo.

–Yo solo sé de ese tío lo que nos contaba Joel –continúa Laura cuando ve que no voy a replicar–. Y mejor será que no me lo encuentre.

–Ni Begoña ni tú me habéis hablado de eso.

Ahora Laura parece confundida. Mi comentario la ha desorientado.

–Pues claro que lo hemos hecho.

Yo niego con la cabeza.

–Me habéis contado quién es Iván y qué papel jugó junto a sus dos amigos en la agresión, pero no qué pensaba Joel sobre él.

Estoy contraatacando. Llegados a este punto, solo me queda la huida hacia adelante.

–¿Qué iba a pensar? –Laura bebe un sorbo de su bebida–. Que era un imbécil con la sensibilidad de una piedra. ¿A qué viene esto?

Su contestación no me sirve, es una evasiva. La charla se ha convertido en una emboscada para ella, y no voy a permitir que escape. Todos debemos poner las cartas boca arriba.

–¿Iván era para él un imbécil sin sensibilidad? Entonces, Joel nunca se habría arriesgado a incumplir las normas del colegio acudiendo a esa cita prohibida –le digo–. Tiene que haber algo más, Laura.

Y vosotras lo sabéis.

Algo que Iván también se resiste a compartir.

El interrogante clave está sobre la mesa. ¿Por qué aceptaste caer en la trampa, Joel? ¿Qué te impulsó a aceptar ese encuentro inexplicable?

Porque seguro que nunca habías quedado de esa forma con ellos antes de ese día.

Recuerdo las miradas entre Begoña y Laura cada vez que la conversación se ha aproximado a este terreno tan resbaladizo; sus respuestas poco comprometidas, los comentarios sobre tu incomodidad en el colegio o la constatación de tu falta de amigos allí.

Todo está relacionado. Hace días que yo he atado cabos, que lo he deducido, pero necesito una confirmación.

Laura observa su vaso, repentinamente cansada o harta.

–Mira –continúo con suavidad–, comprendo que hace poco que nos conocemos, por muy bien que nos hayamos caído. Eso os obliga a ser prudentes, es lógico. Debéis proteger la intimidad de Joel, y lo respeto. Sois las mejores amigas que uno podría tener. Pero ya habéis cumplido.

Noto una sutil relajación en Laura, como si mis palabras le quitaran un peso de encima. No ha debido de ser fácil para ellas esquivar conmigo algunos temas a los que me he ido aproximando casi sin darme cuenta cada vez que nos hemos reunido.

Todavía soy ese desconocido que las espiaba en el cementerio, pero su indecisión se ha debilitado. Decido compartir mi sospecha, sin rodeos. Laura también se ha dado cuenta de que ya no tiene sentido ocultar nada. Lo presiento por el modo en que sus pupilas me contemplan ahora: han recuperado su habitual determinación.

Ha llegado la hora de hablar a las claras... Porque ella ha decidido confiar en mí a pesar de mis circunstancias, que aún la impresionan. Ahora sí.

Barreras fuera.

Lanzo mi teoría:

–Joel sentía algo por Iván, ¿verdad?

Segundos de inacción.

Laura hace, por fin, un gesto afirmativo.

Así que se trata de eso. El motivo tenía que ser de naturaleza sentimental, lo que explica, además, una discreción en ellas que también es lealtad hacia ti.

–Joel estaba pillado por él desde hacía meses –completa Laura–. No se lo quitaba de la

cabeza. Nosotras intentamos que lo olvidara.

–Pero no lo conseguisteis.

–No.

El corazón no suele atender a lo racional.

–Deduzco que tampoco lo logró ese chico rubio de ojos azules que he visto en algunas de sus fotos de Instagram...

Laura me señala con un dedo.

–No se te escapa una, ¿eh? –asiente–. Se llama Kevin. Tuvieron algo hace casi un año, pero acabaron mal. El rubio no quería una relación y, por lo que recuerdo, su familia se marchó fuera de Madrid, lo que complicó las cosas.

–Joel no quitó esas fotos de su perfil.

–Así era él. No quería renunciar a los buenos recuerdos de lo que habían compartido.

Mi mente vuelve a tus últimas semanas, Joel.

–¿Y qué pretendía vuestro amigo, entonces? –me falta perspectiva–. No tenía ninguna posibilidad con Iván.

Recuerdo la rabia de tu compañero al verse abandonado por su novia, esa tal Diana, de quien no ha vuelto a saber nada desde que lo ingresaron. No, Joel, no podías conseguir nada de Iván en ese sentido.

El semblante de Laura refleja una inmensa tristeza.

–Exacto. Joel sabía que era imposible, pero no podía evitar acercarse a él, buscarlo. Supongo que aspiraba a hacerse su amigo, yo qué sé, a lo máximo que alguien como él puede conseguir de un chico hetero –Laura hace una pausa–. Nosotros le hablábamos mal de Iván, créeme, pero no sirvió de nada. Cuanto más lo criticábamos, más empeñado estaba Joel en relacionarse con él. Lo idealizaba, como buen romántico. Tuvo su drama sin buscarlo. Tal vez –concluye con aire fatalista– fue eso lo que lo mató.

–Tal vez.

Joel, por fin sale a la luz tu vínculo con Endimión: el amor imposible, la belleza, el sueño para siempre. Tú siempre vas dejando pistas para quien quiera seguir tu rastro.

Las piezas encajan en esta tragedia donde nadie ha salido indemne.

Queda un último interrogante:

–¿Iván estaba al tanto de sus sentimientos hacia él? –es un dato importante, el cabo suelto que me permitirá interpretar sus silencios y sus gestos.

Laura se encoge de hombros.

–Ni Begoña ni yo lo sabemos. Hasta el último momento, al menos, Joel mantuvo en secreto lo que sentía por Iván, aunque no puedo asegurarte nada. Nosotras éramos sus confidentes, pero tengo la impresión de que esa última mañana pasaron muchas cosas.

Nos quedamos callados, una vez más. Mi tiempo en libertad se acaba, lo que me fuerza a terminar esta cita con la petición que había previsto y que, tras esta conversación tan profunda, me avergüenza un poco plantear:

–Necesito... necesito que me hagas un favor, Laura.

Ella se queda con la boca abierta. Conmigo no gana para sorpresas.

–Eres increíble, Dani. ¿Ahora vas a pedirme algo?

Sonríó con timidez mientras me dispongo a contarle la última locura que se me ha ocurrido. Como siempre, no tengo nada que perder.

–Suéltalo –dice Laura–. Lo que tengas que decir no me va a impactar más que lo anterior. Espero –añade, tras meditarlo un momento.

Seguro que piensa que quizá se ha precipitado al afirmarlo. Todo es posible conmigo.

Yo me he preparado el discurso. El hecho de que ella no haya huido al enterarse de mi realidad y la conversación tan franca que hemos mantenido son buenos indicios.

–Hay una cosa más que para mí es importante –comienzo–. Sobre Joel.

Casi puedo percibir su esfuerzo en anticiparse, en adivinar de qué se trata, pero no lo consigue.

–No sé si queda algo por decir. Te escucho.

Allá voy:

–Quiero visitar su último escenario.

Me ha quedado muy solemne. No lo pretendía.

Ella traduce mis palabras:

–¿Te estás refiriendo... a la piscina?

–Eso es. Quiero ver el lugar donde sucedió todo.

Esta propuesta me ayudará a cerrar esta fase de conocimiento hacia ti, Joel. A terminar esta historia. Podré guardar tu recuerdo completo.

–Pues sí –Laura pone los ojos en blanco–. Has logrado sorprenderme de nuevo. ¿Estás loco? ¿Cómo vas a meterte en ese colegio?

–Necesito que me ayudes. Tú puedes convencer a Begoña; con ella podré entrar. Seguro que es un centro grande con muchos alumnos.

Laura menea la cabeza y me mira como se mira un caso perdido.

–Pero ¿qué te pasa con Joel? ¡Nunca tienes bastante! A veces se me olvida que ni siquiera lo conocías. Puedo entender que te parezca alguien interesante, pero...

Tiene razón. Resulta difícil de comprender mi fijación contigo. Esta cuestión tenía que salir tarde o temprano. He puesto a Laura contra las cuerdas, y ahora ella también exige alguna respuesta.

–Ni yo puedo explicarlo –le digo–. Jamás me había ocurrido con nadie, te lo juro. Desde el primer momento he tenido con él la sensación de que... no sé, de que tendríamos que habernos conocido, de que su muerte ha impedido un encuentro que iba a producirse, que tenía que producirse. Como si estuviéramos predestinados. Y, por favor, no me digas que pertenecemos a mundos diferentes. Suena muy extraño, pero es lo que experimento con él. Asomarme a su vida ha despertado en mí sentimientos auténticos, y cuanto más sé de él, más fuertes son.

El amigo que nunca tuve y que jamás podré olvidar, a pesar de todo.

Tengo el convencimiento de que Iván me ha arrebatado algo que aún no poseía. Yo también he salido perdiendo con tu muerte, Joel.

–No sé qué decirte... –Laura es incapaz de terminar la frase.

Puede que dude, pero capto en su expresión que lo que oye no le parece tan extraño, porque compartimos una especie de inercia hacia la melancolía.

No podemos evitarlo.

–Qué fácil es sincerarse contigo –le digo–. Tú y yo no somos tan distintos.

–Lo sé.

Nos quedamos en silencio.

–Y entonces quieres de mí...

Mi explicación, tan confusa, ha sido suficiente para ella. Ahora busca concreción.

–Que le cuentes a Begoña quién soy. A ti te escuchará sin asustarse. Y que le pidas que me ayude a llegar hasta la piscina de su colegio.

–Insistes con eso...

–Sí. Lo necesito.

–¿Qué piensas hacer allí? ¿Una ceremonia de despedida para que Joel pueda descansar en paz?

Sonríe con cierta ternura. Laura ha decidido ponerle algo de humor al asunto, y me parece bien. Yo sonrío también. Humor negro. Por lo que sé de ti, tú también lo habrías preferido así.

–¿Me ayudarás?

Ella adopta un gesto de mártir.

–Sí –se rinde–. No puedo creer que esté dispuesta a hacer esto por un desconocido...

Comprendo esa cautela conmigo.

–Cada vez lo soy menos, ¿no?

Laura frunce el ceño.

–Cada vez menos, sí –hace una pausa–. Dani.

–Dime.

–No robarás nada si entras en el colegio, ¿verdad?

–¡Capulla!

Compartimos una risa absurda, incongruente. Es importante soltar la tensión acumulada, relativizar. A veces hay que reírse de la vida, aunque nos zarandee.

Somos supervivientes.

* * *

Iván ha recuperado la tranquilidad tras el ataque de Pardo. Ayer descubrieron la navaja durante un registro de su habitación, que ya me he encargado yo de provocar, y pasará unos cuantos días en aislamiento porque le han sancionado con una medida de separación del grupo. Si se llegan a enterar del intento de agresión, el castigo será mucho más serio.

Tu compañero y yo llevamos ya unas cuantas charlas sobre ti, Joel. Poco a poco, Iván te va conociendo en profundidad y noto en él un interés cada vez más honesto. Ya no eres un simple compañero de clase, y este proceso, aunque doloroso, le está sentando bien.

Hoy ha tenido un gesto muy significativo: durante la visita de su familia, le ha pedido a su hermano que le consiga más información sobre ti, que hable con Begoña. Y es una idea que no le he dado yo.

Sí, se lo está tomando en serio. Incluso cuando te menciona, lo hace sin la frialdad ni el resentimiento de los primeros días. Lo que le intriga, casi al punto de molestarle, es cómo he llegado a conocerte tanto. Yo le hablo de ti, de tus aficiones, de tu talento para la

fotografía... Y él alucina con el hecho de que tú y yo no coincidiéramos nunca mientras vivías.

Ahora nos encontramos en un curso de informática que se imparte en el centro. Tras la parte teórica, toca un rato de trabajo personal que decido aprovechar para avanzar en esta tarea que me he impuesto de mostrar a Iván tu identidad.

Tener a nuestra disposición ordenadores con conexión a la red es una buena oportunidad. Iván está sentado a mi lado y le paso la dirección de tu blog. Me mira con extrañeza.

–Es el blog de Joel –le indico–. Métete.

Ese material es nuevo para él porque solo ha revisado tu Instagram. Antes de obedecerme, Iván se gira hacia el profesor, aunque no hay peligro de que nos pillen porque permanece en su mesa, pendiente de su propio portátil.

Le indico las entradas que me interesan y él, una vez dentro, va deteniéndose en tus fotos y textos: la primera es una imagen en blanco y negro de tu mentón, parte de tus labios y el comienzo de la piel suave de tu mejilla; después viene un retrato tuyo completo sobre una letra de Love of Lesbian:

«Si al despertar, sin brumas ni presagios,
podemos aspirar a todo y nada».

Continuamos el recorrido de tus publicaciones: un paisaje de nieve en el que sonríes; un cielo nocturno cubierto de nubes; unos versos de Lorca en los que, ahora ya lo sé con certeza, se oculta tu secreto:

«El que quiera arañar la Luna
se arañará el corazón».

No podemos continuar, porque justo en este momento entra uno de los educadores y se acerca a Iván para susurrarle algo. El chico casi no tiene tiempo de minimizar la pestaña en el escritorio del ordenador para no ser descubierto, pero reacciona rápido.

Apenas hablan unos segundos.

En cuanto se marcha el educador, Iván se gira hacia mí.

Le ha cambiado el color del rostro.

–Me espera mi abogado –dice con voz débil–. Ya hay fecha para el juicio.

Así que se trata de eso.

Ha llegado el momento de enfrentarse a la verdad. Tenía que ocurrir.

Me comunica el dato: su juicio se celebrará dentro de ocho días.

Comienza la cuenta atrás.

Día 50

Me he ido mensajeando con Laura estos últimos días, siempre durante las mañanas de clase. Al menos, ya no caben los malentendidos: ella sabe que solo dispongo de teléfono durante mis salidas para ir al instituto. Al principio, sus respuestas sonaban muy poco consistentes y me he temido que Begoña, al enterarse de quién soy, le hubiera pedido cortar la relación conmigo.

Por suerte, no ha sucedido eso. Laura ha sabido cómo enfocar el asunto para no asustarla. Ha jugado a mi favor que Begoña ya me conociera. De todos modos, el hecho de que les haya ocultado mis circunstancias personales hasta ahora seguro que no ha ayudado a persuadirla.

Esta mañana, por fin, he recibido un wasap de Laura en el que me ha comunicado la noticia: Begoña está dispuesta a ayudarme para entrar en su colegio.

Ha dicho que sí.

¡Genial!

Voy superando niveles, como en un videojuego. Ya era hora de pasar de pantalla.

Todo lo voy repasando en silencio mientras acompaño a Iván, porque nos toca cuidar el huerto. Continúan poniéndonos juntos para algunas actividades, pero eso ha dejado de molestarme.

Desde que tiene fecha para el juicio, se le ve más distraído. Cada día, con creciente nerviosismo, me va contando lo que habla con su abogado.

–¿Cómo te sientes? –le pregunto–. Nada ha cambiado. Tú ya sabías que llegaría este momento. Casi es mejor que te lo quites cuanto antes, ¿no?

Así terminará, al menos, su incertidumbre. Para bien o para mal.

–Sí, pero... Voy a tener que enfrentarme a todo otra vez: me van a interrogar delante de un juez, tendré que repasar los hechos en público... Me cruzaré con su familia, con la gente del colegio, con periodistas. No sé si tengo fuerzas.

Se va a montar una buena, eso está claro.

Son experiencias que Iván no quiere vivir. Le aterra asomarse al exterior. Lo que le apetece es esconderse hasta que amaine la tormenta, y siente que durante el juicio va a ser exhibido como una pieza de caza. Un nuevo sentimiento aflora en él, aparte del miedo, de la tristeza y del arrepentimiento: la vergüenza.

Se avergüenza de lo que hizo.

–Si no has mentido en ningún momento, se trata solo de que repitas tu versión –procuro animarle–. Pasará pronto.

Enseguida compruebo que la inseguridad va ganando espacio en su interior con cada minuto que le acerca al juicio.

–Pero es que ya no estoy tan seguro de lo que viví, Dani –se lamenta–. Todo se ha revuelto en mi cabeza, mis propios recuerdos se mezclan. Fue tan rápido... Cada vez que mi abogado

me pide que repasemos lo que ocurrió, me surgen nuevas dudas, cambio detalles sin darme cuenta.

–No ha pasado tanto tiempo.

–Según me cuenta mi psicóloga, la mente adorna los hechos, los suaviza para soportar mejor los remordimientos. No era yo, Dani, lo que vino después fue un accidente. Joder, treinta segundos de equivocación.

–Quedan cinco días –le recuerdo–. Tienes que calmarte. Rescata esa valentía con la que has asumido delante de mí lo que hiciste. Y cuéntalo.

Uno no puede huir de sí mismo, ni siquiera borrar sus huellas. Ha llegado el momento de plantar cara a la realidad. La alternativa es resignarse a una vida de fugitivo, obligado a vagar sin rumbo con la sensación permanente de estar escapando de un pasado que siempre queda a la vista.

No compensa. Es una táctica condenada al fracaso.

–Lo intentaré.

Si se hunde justo ahora, si retrocede, su imagen ante el tribunal se tambaleará. Nadie ahí fuera va a sentir lástima por él.

–No basta con intentarlo. Tú obedeces a tu abogado.

–Ya me ha dicho que me centre, porque me pueden caer cinco años aquí.

A estas alturas, ese tipo no puede andarse por las ramas. El problema es que cinco años, para Iván, equivale a decir quinientos. Se trata de un plazo que supera su capacidad de comprensión. Cinco años, a nuestra edad, suena a cadena perpetua.

–¿Te ha recomendado alguna estrategia en su última visita?

Iván se encoge de hombros.

–Nada a lo que no hubiera llegado yo sin necesidad de sus consejos: que pida perdón, que me muestre arrepentido, que explique cuál era mi intención. Que hable de que llevaba días malos y de que, en el fondo, buscaba llamar la atención porque mi familia siempre está muy ocupada y me siento abandonado.

–¿Estás de acuerdo con eso?

–Me suena a argumento barato. Sé que van a llamar como testigos a gente que me conocía y que hablará bien de mí: profesores, compañeros, amigos... No tengo ningún antecedente. Ya te dije que nunca había hecho daño a nadie. Hasta ahora.

–¿Y tu familia?

Últimamente, Iván me ha ido hablando un poco más de esas visitas semanales que recibe. Entre otras cosas, su hermano le ha traído información sobre ti, pero ha comprobado que no es nada que yo no sepa ya. Sigue mosqueándole que yo conozca tantos datos sobre tu vida. Me he limitado a decirle que aprovecho mis salidas a clase para documentarme. Se ha conformado porque no tiene más remedio.

–En mi familia están todos muy nerviosos también –prosigue–. Mi madre, que es la fuerte, la que más me ha defendido, ha sufrido un ataque de ansiedad. Es posible que no le permitan acudir al juicio. Y mi padre se ha convertido en un zombi.

Un muerto en vida. Ya lo imagino: un hombre serio, adicto a su trabajo, con una escala de valores aparentemente sólida, que se ve incapaz de gestionar algo que le desborda por todos lados, para lo que nadie le ha preparado.

Sus convicciones hechas añicos. Las certidumbres son un espejismo, incluso para la gente como ellos. El padre de Iván se encuentra inmerso en su propio proceso de demolición. En

ese matrimonio será ella la pragmática, la que ha tomado las riendas para evitar el naufragio. Lo primero es sobrevivir; luego, ya veremos.

–Y mi hermano que apenas habla –termina Iván, con una tristeza nueva–, que no dice nada, que solo se encierra en su habitación. Lo van a cambiar de colegio sin esperar a que acabe el curso.

Daños colaterales. No eres la única víctima, Joel.

Día 52

Con el transcurso de los días, Ignasi y Abdou se han convertido en unos inesperados confidentes. Ambos son de naturaleza reflexiva y discretos (excepto cuando Ignasi, bajo una identidad oculta, presumía en las redes de sus ciberataques, un exhibicionismo frecuente entre los *hackers*). Se mueven con una timidez que los lleva a preferir pasar desapercibidos, virtudes que los convierten en dignos de confianza. Ellos no hablarán más de la cuenta ni buscarán un protagonismo fácil difundiendo mis secretos. Con ellos puedo contar.

¿Quién me lo iba a decir? Yo confesando mis intimidades. Pero es que todo lo que estoy viviendo contigo, Joel, es tan extraño, tan especial, que necesito compartirlo con alguien... Y aquí se encuentran ellos. Hasta ahora no me han defraudado en su papel de testigos. Tampoco me cuestionan ni juzgan; únicamente escuchan, aunque a veces lo hagan con gesto de pensar que estoy un poco loco.

–Iván no sabe nada, ¿no? –deduce Abdou.

Acabo de contarles que tengo intención de visitar la piscina de tu colegio, Joel.

–No –respondo–. Se trata de algo mío, personal. No tiene nada que ver con él ni con su juicio.

–¿Cuándo? –Ignasi envidia mis salidas para ir a clase porque me permiten recuperar el móvil y tener acceso a ordenadores. Suele bromear con que, aunque lo hayan encerrado aquí, en el metaverso su avatar continúa disfrutando de libertad de movimientos. Alguien como él es capaz de cualquier cosa incluso en esa otra dimensión, así que casi me lo tomo como una amenaza.

–Esta mañana me ha escrito Laura para decirme que tiene que ser pasado mañana –les digo–. La víspera del juicio de Iván.

–Buena fecha –dice Ignasi–. Es un momento... emblemático.

Sí, justo antes de que Iván se enfrente a la justicia. Ya llega el final de este limbo en el que él se ha movido durante semanas, a la espera de su destino.

De alguna forma, siento que visitar el último escenario sobre el que te moviste supone una especie de cierre en mi reconstrucción de quién eras, Joel. La conclusión de mi labor investigadora. Con esta iniciativa terminará el proceso que me ha llevado a sumergirme en tu vida y a conocer a tu asesino. A los demás los he arrastrado en mi fijación: al propio Iván, a Begoña, a Laura... y, durante estas semanas, también a Ignasi y a Abdou. Ha merecido la pena. Creo que, cuando todo acabe, habré logrado recuperar buena parte de lo que permanecía latente tras tu muerte. He arañado hasta el último vestigio de tu existencia que quedaba a mi alcance, y he ido acumulando ese material como algo valioso para disfrutar en soledad.

Te recordaré como si te hubiera conocido.

Tu cuerpo duerme en el panteón, pero tu huella la he conseguido retener entre nosotros. Sí, la he protegido como la policía científica cuando acordona la escena de un crimen, a

salvo de intromisiones y de la contaminación de rumores y habladurías. Ha sido un triunfo lo que he logrado con tan pocos medios y en mis circunstancias.

Te he rescatado, y creo que el resultado se aproxima bastante a quien fuiste realmente.

La herencia de esta aventura es una complicidad con Laura y Begoña que puede prosperar en el futuro. Lo vivo como si me tendieras la mano para acercarme a ellas, en un último gesto de generosidad. Tú ya no estás y, sin embargo, me brindas esa amistad que os unía. No se me ocurre mejor homenaje hacia ti que aprovecharla.

No morimos del todo mientras nos recuerda alguien, así que en nuestra compañía te harás presente. No te has ido para siempre, Joel. Ni te irás.

Quedan muchas conversaciones sobre ti.

Tu familia no será la única que custodie tu memoria, tu legado de imágenes, vivencias y versos.

Iván tampoco podrá olvidarte ni, por lo que me ha dicho, quiere hacerlo.

Sí, hoy puedo afirmar que te conozco, Joel. Excepto por una incógnita que estoy a punto de resolver:

¿Llegaste a confesar a Iván tus sentimientos?

Se lo voy a preguntar antes del juicio, y tendrá que contestarme. Debo cerrar esa última página de esta tragedia. Ahora que sé por qué acudiste a la cita, Joel, tengo que confirmar el motivo por el que Iván te tendió esa trampa.

Necesito esa respuesta.

La voz cavernosa de Abdou me devuelve a la realidad:

–¿Y cuál es el plan? –él tiene curiosidad sobre cómo voy a lograr colarme en tu colegio–. ¿Por qué tiene que ser este viernes?

Yo sonrío. En este caso, el mérito corresponde a Begoña.

–Pasado mañana, el colegio organiza una jornada de puertas abiertas orientada a familias interesadas en matricular a sus hijos para el próximo curso –explico–. Es una ocasión perfecta, porque habrá mucha gente desconocida recorriendo las instalaciones.

–Buena idea –opina el senegalés–. Nadie te impedirá el paso.

–¡Dame un ordenador y, en una hora, figurarás como alumno en la base de datos de ese colegio! –Ignasi lo ha propuesto con expresión astuta, no se trata de un farol–. Podrás entrar cuando quieras.

–Seguro que sí –le digo–, pero prefiero un método más tradicional, que no implique cometer ningún delito.

En nuestra situación de internos en este centro de menores, tenemos que ser muy cuidadosos.

Ellos se echan a reír, y solo entonces caigo en la cuenta de lo irónico que resulta lo que acabo de decir. Si hay alguien en este centro que nunca ha tenido ningún inconveniente en entrar de forma ilegal en recintos privados, ese soy yo.

Será que quiero probar cosas nuevas.

Día 53

Quedan dos días para el juicio sobre tu muerte, Joel. Un número muy limitado de horas que Iván ya ha empezado a afrontar con la solemnidad inquieta de un entrenador ante el partido de su vida. Se mueve por los pasillos con expresión concentrada y la mirada ausente, revisando mentalmente todo lo que le va diciendo su abogado para prepararse. Incluso han ensayado, por lo que me cuenta, simulacros de interrogatorio.

En estas circunstancias, me impresiona que no haya dejado de avanzar en su proceso de asimilación. Lo veo en la serenidad con que ha empezado a aceptar su responsabilidad en lo que te hizo.

–Creo que he dejado de huir –me dice durante el desayuno–. He sido un cobarde, pero ya no. Claro que tengo miedo, pero voy a dar la cara en el juicio, seré honesto y contaré lo que ocurrió tal y como fue. Joel se lo merece y yo necesito sacarlo. Ya le he dicho al abogado que no cambiaré nada de lo que recuerdo, aunque pueda perjudicarme. Lo he repasado para no dudar.

Asiento, me parece bien.

–¿Qué opinan tus padres?

Iván se encoge de hombros.

–Se empeñan en que adorne mi versión con detalles falsos que propone el abogado para suavizar los hechos –ha bajado la voz para que no nos escuchen los demás internos con los que compartimos mesa–. Todo ese rollo del trastorno mental transitorio, como si yo no fuera consciente de lo que hacía. Si por ellos fuera –añade–, se habrían inventado cualquier teoría que me haga parecer inocente. Están desesperados, tan asustados como yo, dispuestos a todo con tal de sacarme de aquí. Se lo agradezco, pero nada puede cambiar lo que hice. Lamento mucho hacerles pasar por esto, tampoco se lo merecen. Cuánto dolor he provocado, Dani.

Eso no se lo voy a discutir.

Hemos terminado de desayunar y nos levantamos para recoger las mesas. Iván me coge del brazo.

–La psicóloga me dijo que, cuando me sintiera preparado, escribiese una carta a la familia de Joel –añade–. Que me dirigiera a ellos. Hasta ahora me ha sido muy difícil, me veía incapaz. Al principio no quería, y luego... no sé cuántos textos he roto antes de conseguirlo. Pero ya la tengo.

Me tiende una hoja de papel escrita a mano con tinta azul. Yo hubiera esperado una letra de trazo tembloroso, tímida por la culpabilidad, sin fuerza. Por el contrario, compruebo que es cierto que Iván se enfrenta con entereza a lo que hizo: cada palabra parece atravesar el folio y se inclina a la derecha con una urgencia extraña. La carta lleva su firma y la fecha. La escribió ayer.

Nos alejamos del grupo. Todavía me quedan unos minutos antes de tener que irme al instituto. Me sorprende este gesto suyo de confianza; que comparta conmigo algo tan

íntimo y personal.

–¿Por qué quieres que yo la lea? –le pregunto–. No va destinada a mí.

Espero que no busque mi aprobación. Paso de implicarme en esto.

–No me atrevo a dársela a Jaime –reconoce–. Solo te pido que la leas. Me aterra pensar que podría hacerles aún más daño. Si no me dices lo contrario, se la entregaré.

Lo que me está pidiendo es que le dé el impulso suficiente. A eso puedo llegar.

Me gusta que esta iniciativa haya partido de la psicóloga y no del abogado en un momento como este. La hace más creíble. Por eso voy a leer esta carta. Creo que la ha escrito con el corazón:

Por mi culpa, habéis perdido a un hijo. Y sé que no tengo derecho a pedir que leáis ni una sola de mis líneas, que me dediquéis un segundo de vuestros pensamientos. No lo merezco. Nadie se atreve a imaginar que algo tan cruel llegue a ocurrir. Yo mismo me despierto en mitad de la noche convencido de que no es real, de que esta pesadilla terminará en algún momento y todo volverá a ser como antes, esa otra vida que todavía busco en la oscuridad y que ya no existe. Pero ha sucedido, yo soy el culpable.

Me odio a mí mismo y os suplico el perdón por este sufrimiento que os he provocado.

Jamás pensé que esto terminaría así, tenéis que creerme. Tampoco me di cuenta del daño que hacía a vuestro hijo. Lo que pretendíamos estaba mal, no tiene justificación. Sé que nada de lo que haga o diga devolverá la vida a Joel, y eso me duele muchísimo, porque es lo único que importa. Mi arrepentimiento no basta para cubrir el vacío que deja su ausencia. Me equivoqué, cometí un error terrible. Lo daría todo, de verdad, todo, si a cambio lograra retroceder en el tiempo, evitar lo que ocurrió, traerlo de vuelta. No son simples palabras: me cambiaría por él. Pero no es posible y yo me torturo cada día por ello. Joel era mucho mejor que yo, ahora lo sé. Su recuerdo permanecerá y a mí me seguirán consumiendo los remordimientos. Me parece justo. Lo siento.

Iván Romeo

Se la devuelvo.

–Está bien –le digo–. Es lo que tú sientes, ¿no?

–Sí.

–Pues adelante.

Ya ha comenzado a irse cuando le llamo:

–¡Iván! –Se gira hacia mí–. ¿Contestarás a todas las preguntas que te hagan?

Ese interrogante le sorprende. Retrocede unos pasos hasta situarse de nuevo junto a mí.

–Por supuesto –responde–. No pienso callarme. ¿Aún lo dudas?

–Es que todavía no me has contado por qué lo hicisteis. Hemos hablado mucho estas semanas, Iván: sobre Joel, sobre ti, sobre tus pesadillas, sobre tu familia, sobre cómo sucedió todo y lo mucho que te arrepientes. Pero no me has explicado el motivo que te llevó a organizar esa trampa. Y en el juicio te lo van a preguntar. Seguro que lo has comentado con tu abogado.

Iván suelta un largo suspiro. Sus ojos enfocan los míos.

Ya no tiene sentido ocultar nada, y lo sabe.

–Ese último sábado, me encontré con Joel en la calle –empieza–. Últimamente, en el colegio, parecía que me buscaba, no sé. Nunca habíamos hablado mucho, pero yo notaba que se estaba acercando. No había ningún motivo, y tampoco hablábamos de nada en particular. Para mí no era nadie, un tipo raro que se relacionaba poco con la gente, sin más.

Siempre aprovechaba cuando yo me encontraba solo. No me hacía mucha gracia que me vieran con él, si te soy sincero. Procuraba cortarle rápido y largarme.

–¿Qué pasó el sábado?

A Iván le cuesta más llegar a este punto. Vuelve a resoplar.

–Lo vi muy... lanzado.

–¿Lanzado?

–Como con más ganas de hablar conmigo. Estaba nervioso, me dijo que había tomado una decisión y que quería contarme algo. Yo tenía prisa, pero me pidió unos minutos. Joder –menea la cabeza–, no sé por qué tuvimos que encontrarnos y por qué esperé. Pero es que lo veía tan nervioso...

Todo va encajando. Joel, habías decidido contárselo. Tu cuerpo te lo pedía y aprovechaste aquella oportunidad por si no te atrevías a hacerlo en el colegio. Ahora o nunca, ¿verdad? Ya que lo que deseabas era imposible, al menos necesitabas decírselo a la cara para poder cerrar esa página y seguir adelante. Te arriesgabas mucho, pero te pareció todavía peor la perspectiva de continuar con esa obsesión que no te quitabas de la cabeza, viéndolo cada día a solo unos pupitres de distancia.

Así que lo hiciste. Le echaste valor, y quedaste al descubierto.

–¿Qué te dijo?

Iván carraspea.

–Que... sentía algo por mí.

Incógnita resuelta. Mi hipótesis se confirma. Por eso Iván llevó la iniciativa en el abuso: se trataba de un asunto personal. Beltrán y Nacho solo le apoyaron.

–¿Y tú qué respondiste?

Iván aprieta los dientes. No se siente orgulloso de cómo se comportó y le resulta incómodo rescatar esos recuerdos, lo noto.

–A mí no me va eso, Dani. Ya lo sabes. Me agobió. No sé por qué tuvo que contarme eso, qué esperaba de mí. Si se lo hubiera guardado...

–Joel fue valiente y honesto al hacerlo –le reprocho–. Confió en ti al compartir algo tan íntimo y tú... le traicionaste contándoselo a tus colegas –no es difícil deducirlo–. Porque fue así, ¿verdad?

El modo hosco en que guarda silencio lo dice todo.

–Y entonces decidisteis darle un escarmiento –completo, sin compasión–. Para que aprendiera y dejara de molestarte. ¿Eso lo contarás así durante el juicio?

Iván da un puñetazo en la pared. Su entrenamiento con el abogado no sirve cuando se alcanza el núcleo de su crimen y la culpa hierve dentro de él. No soportará el interrogatorio durante el juicio. Se vendrá abajo, como está haciendo ahora, en cuanto se vea obligado a repasar aquellas horas.

Por lo menos, su actitud demuestra que le repugna lo que hizo. Su arrepentimiento es auténtico.

–Yo no quería... –le falla la voz–. Ya no soy el mismo, Dani. Lo has visto.

No estoy dispuesto a frenar, tengo que llegar hasta el final.

–¿Y cómo reaccionaste?

Iván intenta defenderse:

–No estoy orgulloso de eso. Me equivoqué, me pilló fuera de juego. No me lo esperaba y...

–Déjate de rodeos, Iván. Te pido la verdad.

Tengo que visualizar la escena.

–Le dije que se olvidara de mí, ¿vale? –responde por fin–. Le aparté de un empujón y me largué.

Imagino lo que tuvo que dolerte esa respuesta, Joel. Te veo caminando por la calle, con los hombros hundidos y la cabeza baja, tan humillado que decidiste ocultar incluso a tus mejores amigas esa imprudencia que acababas de cometer. Al día siguiente habías quedado con ellas y fingiste, como fingiste en tu última foto del ascensor, ante el espejo, engañando a todos y a ti mismo. Como fingimos todos en las redes.

El dolor va por dentro, hay que mantener la dignidad.

¿Cómo de larga fue tu noche del domingo, Joel, el transcurso de esas horas que te separaban de volver a encontrarte con Iván al día siguiente? Seguro que no pegaste ojo, y eso que no sospechabas lo que te habían preparado.

No concedo tregua a Iván y recupero un interrogante que vuelve a surgir a raíz de esta última información:

–¿Fue entonces cuando se te ocurrió lo del bautismo de la piscina?

Él empieza a moverse, cada vez más nervioso.

–Ya sabes que no estoy seguro de quién tuvo la idea –confiesa–. Yo había quedado ese sábado con Nacho y Beltrán. Llegué tarde por culpa de Joel y me preguntaron. Nos pusimos a hablar los tres, se dijeron muchas cosas, nos reímos, estábamos bebiendo. Sigo creyendo que el primero que lo propuso fue Beltrán. A todos nos pareció divertido. Se trataba solo de espabilarlo, que se alejara de nosotros –Iván se interrumpe, con ese gesto de rendición que ya conozco–. Ahora jamás haría algo así, te lo juro. He cambiado.

No logro apartar sus palabras de mi mente. «Divertido». ¿Cómo puede ser divertido hacer sufrir a alguien?

–Y, al llegar a clase ese lunes, le pediste que os vierais durante el recreo en la piscina –concluyo–. Sin darle más explicaciones.

Qué fácil es jugar con los demás.

Iván asiente. No quiere añadir nada.

Con razón acudiste, Joel. No podías negarte.

–¿Le amenazasteis para que se metiera en la taquilla?

Es lo único que me falta por saber: cómo te convencieron para que te prestaras a eso.

–Fue la condición para que su secreto no se supiera –termina Iván, con sus pupilas orientadas al suelo.

El precio de su silencio.

Día 54

Ha llegado el día, Joel. Laura y yo nos detenemos ante la majestuosa fachada del edificio del colegio. Intimida el portón de entrada, abierto de par en par, y las enormes cristalerías del primer piso. Junto a las escaleras nos espera Begoña. Nos saluda con la mano al descubrírnos.

Por suerte, se ve bastante gente entrando y saliendo. No llamaremos la atención.

–¿Seguro que quieres seguir adelante con esto?

A Laura le da corte entrar ahí, y me lo pregunta conforme avanzamos intentando parecer lo que no somos. Ha procurado vestirse de una forma menos llamativa, lo que le agradezco. Yo también me he arreglado pidiendo ropa prestada.

No sé si hoy lograré regresar a tiempo al centro, y tampoco me preocupa. Nada es más importante que lo que nos proponemos hacer.

–Claro que quiero.

Laura resopla.

–Venimos en plan peregrinación –refunfuña–. Vaya ocurrencia la tuya. Ya verás como nos pillen... ¿Y si no nos dejan entrar?

Sí, a nuestro modo somos peregrinos. Acudimos a un lugar sagrado para nosotros. El paisaje último de tu tragedia.

–Recuerda el plan –le contesto–: camina con naturalidad y, si nos dicen algo, hay que responder que nuestros padres están ya dentro.

–Vale, vale.

Llegamos hasta Begoña, que se abraza a su amiga. A mí me da dos besos. Huele muy bien. Me hace ilusión comprobar que nadie diría que sabe de dónde vengo. No me juzga ni hace preguntas. Simplemente, ha aceptado la historia que llevo conmigo, lo que me convierte en quien soy.

La noto nerviosa, pero disimula bien.

Entramos. La compañía de Begoña nos ayuda a superar la mirada inquisitiva del conserje, que la conoce.

Nadie nos detiene.

En cuanto dejamos atrás el acceso principal, mi corazón comienza a latir con más fuerza. No dejo de pensar en las veces que tú habrás hecho este recorrido con la mochila a la espalda. Lo observo todo con avidez, intento retener lo que tus ojos contemplaban cada jornada hasta el día de tu muerte.

Así que aquí estudiabas. Repaso cada rincón, el mobiliario tan cuidado y moderno, las orlas de cada promoción que cuelgan en las paredes del vestíbulo. Nos llegan murmullos de conversaciones próximas.

Respiro este ambiente limpio y tranquilo, propio de los lugares elegantes.

Begoña nos conduce en silencio por varios pasillos hasta llegar a un patio central muy amplio. Los tres nos sentimos como espías, agentes infiltrados con una misión secreta.

Durante el camino nos vamos cruzando con familias, alumnos y profesores que no reparan en la extraña comitiva que formamos.

–Es allí –Begoña señala un pabellón independiente que se levanta en un extremo.

Mi pulso vuelve a acelerarse. *Es allí.*

Reanudamos el avance hasta alcanzar una puerta cerrada en el lateral menos visible del edificio. Por aquí tuvieron que pasar Iván, Nacho, Beltrán. Y tú, Joel.

Ya no saliste.

Begoña extiende un brazo y agarra el pomo. Contengo el aliento. ¿Y si está cerrada?

Ella lo hace girar y la puerta se abre con un chasquido. Los tres suspiramos con el mismo alivio.

La misión continúa.

Antes de entrar, Laura y yo nos giramos, estudiando el panorama a nuestro alrededor. No detectamos presencias inoportunas.

Hay que aprovechar.

–Vamos –nos anima Begoña.

Nos deja pasar y cierra a nuestra espalda. Apenas hemos dado un par de pasos hacia el interior cuando me alcanza la atmósfera cálida y un nítido olor a cloro.

Siempre lo imaginé así. Aspiro con los ojos cerrados y te siento aquí todavía.

Hemos llegado. Agradezco que hayan cancelado las actividades de natación esta tarde: necesito intimidad y silencio. Ojalá no aparezca ninguna familia durante este rato.

Me muevo con la misma solemnidad que si estuviese adentrándome en un templo.

Atravesamos una zona de vestuarios y enseguida queda ante nosotros un espacio que conozco bien: la piscina. Aquí está. Se extiende amplia, azulada, bajo un techo de cristal. Con sus calles bien delimitadas, las aguas quietas que acarician el bordillo y las escalerillas húmedas.

Al fondo, las gradas vacías.

Frente a nosotros se levanta la muralla de taquillas, apiladas verticalmente de dos en dos. Forman una larga fila que se extiende a lo largo del primer tramo lateral de la piscina. Se trata de armarios grandes y viejos, todos idénticos, con su cierre –que es una rueda negra de combinación numérica– en las portezuelas de metal. Se nota que los reciclaron de algún otro lugar y ahí se han quedado, a pocos metros del bordillo de la piscina, su destino final.

–Falta una –indica Begoña, mientras con su dedo índice nos guía hasta un extremo en el que solo está la taquilla inferior.

–La que se empleó con Joel –adivino.

Begoña hace un gesto afirmativo.

–Se la llevó la policía.

Hablamos y nuestras palabras resuenan. Hay eco, algo que de nada te sirvió a ti. No se puede gritar bajo la superficie del agua.

–Van a quitarlas todas –nos informa Begoña–. Lo han decidido esta semana. Desde la muerte de Joel, no han dejado que se utilice ninguna. No permiten ni tocarlas.

Lógico.

Me separo y voy rodeando la piscina hasta llegar a ese hueco en la muralla de armarios que delata tu ausencia.

Una taquilla menos, un alumno menos.

En ese tramo libre de murete se ve cómo sobresale el enganche que fijaba el armario al

tabique.

–Vendrían hasta este punto –les digo a Begoña y a Laura–. Aquí trajeron a Joel. Mientras hablaban con él, tal como me contó Iván, Beltrán sacó la taquilla y la colocó en el suelo. Nacho vigilaba.

El ritual del bautismo de la piscina.

Me vuelvo hacia el bordillo. Con la caja volcada, había que salvar poca distancia. Sí, Iván pudo hacerlo. Además, es un tipo fuerte y tú, Joel, pesabas poco.

Los otros miraban, alentaban quizá a tu asesino. No hicieron nada para impedirlo, estoy seguro.

Laura y Begoña se acercan. Yo me adelanto hacia la piscina y me asomo. Observo el fondo del agua. Allí debió de quedar la silueta de la taquilla, lanzando destellos metálicos, tras ir hundiéndose demasiado rápido, con la puerta cerrada y tu cuerpo en su interior.

Y las risas fuera, que se van apagando conforme transcurren los segundos sin que salgas.

Vuelvo hasta las taquillas. Las voy abriendo y cerrando sin ninguna dificultad. Las de arriba, las de abajo. Paso la palma de mi mano por todas ellas. Siento su contacto frío y el roce áspero de algunas manchas de óxido. En una de las taquillas descubro una chancla olvidada.

–Están todas abiertas –dice Begoña–. Las ruedas de cierre no han funcionado nunca.

Todas abiertas, pero justo la tuya se atascó cuando tu vida dependía de ello. ¿Tan irónico es el azar?

Intento desplazar la que ocupa el segundo espacio de la fila superior, que levanto sin excesivos problemas hasta soltarla del enganche trasero. Aun así, pesa. Junto a ella estaba la que emplearon contigo, Joel. Ojalá hubieran elegido esta, que tan fácilmente se abre. Estarías vivo.

Aquí te chantajearon para obligarte a esta humillación. Te metiste en la taquilla o te metieron, qué más da.

El caso es que aceptaste y, al hacerlo, sellaste tu destino.

Espero que se haga justicia con todos los que participaron en tu muerte.

Los semblantes pálidos de Laura y Begoña delatan el dolor que esta maniobra también les está provocando. Estar aquí, recrear los hechos, resulta duro. Es lógico. A pesar de ello, aguardan en un respetuoso silencio. Entienden lo que supone para mí encontrarme en este lugar que, de algún misterioso modo, me hermana contigo.

Noto a Laura especialmente afectada. Ella tampoco conocía este lugar y no contaba con el impacto que le produciría esta inmersión en tu último paisaje.

–Perdonad –me disculpo–. No debería haberos pedido esto.

Pero ya es tarde. Ellas no dicen nada; solo se encogen de hombros y continúan en su labor absorta de acompañamiento. Quieren terminar cuanto antes.

Mis ojos se detienen ahora en una desgastada y diminuta placa donde apenas se lee el número de la taquilla que acabo de mover. Está pegada en la parte inferior de la portezuela. Es la número tres.

–Arriba las impares, abajo las pares –me informa Begoña.

Voy mirando: tres, cinco, siete...

La fila inferior completa la serie: dos, cuatro, seis...

Contigo usaron la primera, claro. La número uno. La que no está.

De pronto, una voz ajena rompe esta quietud:

–¿Qué hacéis aquí?

Los tres damos un respingo a la vez. Acaba de aparecer junto a los vestuarios un señor bastante mayor que lleva un mono azul de trabajo.

–Es don José, un encargado de mantenimiento –nos susurra Begoña.

El hombre se ha percatado de que estamos solos, sin padres.

–Son amigos míos –improvisa ella–. Nos hemos venido aquí mientras sus padres terminan la visita.

Al señor no le convence mucho la situación.

–Sabes que no podéis estar aquí sin la supervisión de un adulto –advierte–. Y menos desde que...

Se interrumpe al darse cuenta del lugar exacto en el que estamos. Su mirada sagaz descubre la taquilla que he movido.

–¿A qué habéis venido? –su tono se ha vuelto más receloso.

Piensa que lo que nos ha traído hasta aquí es el morbo por tu muerte, y eso le molesta. Seguro que ha tenido que echar a muchos curiosos desde la fecha maldita.

Hay que reaccionar y abandonar esta actitud tan sospechosa, o nos obligará a irnos. Tengo que actuar.

Le echo valor y me dirijo hasta él para estrecharle la mano.

–Me llamo Dani –me presento–. Buenas tardes. Ella es Laura, y a Begoña ya la conoce, ¿verdad?

Le desconcierta mi desparpajo, pero responde al saludo.

–No voy a engañarle. Nos estábamos despidiendo de Joel –le digo–. Nosotros no somos alumnos de este colegio y queríamos hacer esta última visita. Éramos amigos suyos.

Él titubea, pero nuestros semblantes tristes lo tranquilizan.

–Deberíais iros –insiste, ahora con mayor amabilidad–. Si os pilla algún profesor...

–¿Usted le conocía?

No he podido evitarlo. La posibilidad de un nuevo testimonio sobre ti es muy tentadora.

–¡Claro! –parece ofenderle que lo haya puesto en duda–. Era un chico muy majo y educado. Ha sido una auténtica pena. Quién iba a pensar que Iván Romeo sería capaz de algo así... No era mal chico tampoco.

A mi lado, Begoña y Laura parecen inquietas. Esto no estaba en el plan. Me dicen con la mirada que hay que largarse antes de que sea demasiado tarde. Nos podemos meter en un buen lío si nos pillan, y yo me juego mucho. Por eso, aunque me cueste abandonar este lugar al que nunca más regresaré, acepto que toca irse.

–Nos vamos, entonces –le digo al encargado–. Muchas gracias. Supongo –añado en el último momento– que no les devolverán la taquilla número uno, ¿verdad?

Señalo el hueco vacío en la muralla de armarios y me estremezco. Doy por hecho que la policía la custodia como prueba. Qué sensación, imaginar que allí estuvo tu cuerpo todavía con vida.

Don José me mira y niega con la cabeza.

–No sé por qué falta una taquilla ahí, pero al chico lo metieron en la once.

–¿Cómo? –ahora soy yo el que no entiende–. Pero... si la que no está es la primera...

–No, no... –se empeña don José–. La que se atascaba era la once. La uno tiene que estar por ahí.

Para demostrármelo, llega hasta las taquillas, se pone a buscar y, efectivamente, enseguida localiza la uno. Justo después de la nueve.

En el hueco que hubiera debido ocupar la once. Encima de la doce.

–No sé quién las habrá cambiado ni me importa. Bastante trabajo tengo ya...

Laura me toca en el brazo.

–Vámonos –me susurra–. Hay que irse ya.

Begoña también se ha ido aproximando a la zona de vestuarios, impaciente.

Yo, sin embargo, continúo sin moverme. Llevo semanas estudiando la escena de tu muerte hasta el mínimo detalle, Joel. No sé por qué, pero un dato tan irrelevante como el número de la taquilla donde te metiste –o te metieron– me ha descolocado por completo.

–¿La que se atascaba era la once? –repito, procesando lo que implican las palabras del hombre–. Pero... entonces, ¿ya se sabía en el colegio que había una taquilla que fallaba?

Don José se encoge de hombros.

–A veces, algún estudiante no podía recuperar sus cosas y me llamaban para que le abriera la taquilla –responde–. La única que se atascaba era la once. Me alegro de que se la hayan llevado. Un problema menos.

El centro ha ocultado ese dato, supongo que para no arriesgarse a incurrir en alguna responsabilidad que suponga el pago de una indemnización. Me parece una actuación terrible cuando descansa sobre la mesa el cadáver de un alumno.

Laura me empuja hacia la salida. Tenemos que desaparecer de inmediato o nos descubrirán.

Ellas se han arriesgado por mí. No quiero complicarles la vida. Nos despedimos del señor y abandonamos el pabellón.

Yo todavía no acierto a asimilar estas novedades de última hora. Es una reacción un tanto exagerada por mi parte, que tampoco entiendo. Vaya tontería. Un cambio de número de taquilla y que ya se supiera que había una taquilla defectuosa son cuestiones anecdóticas. En cualquier caso, hay que largarse de aquí.

Qué final tan raro para esta ceremonia de despedida, Joel.

Hemos llegado a la plaza y ya estamos sentados en el banco de la otra vez. Desde donde nos encontramos, todavía queda a la vista el edificio de tu colegio. Aunque lo que me pide el cuerpo es descansar después de esta incursión en territorio prohibido, no quiero relajarme, porque me queda poco tiempo. Si puedo evitar llegar tarde al centro de menores, mejor.

Ya habrá ocasión de desconectar tras tanta tensión acumulada, pero todavía no.

Tengo la sensación de que queda algo pendiente.

–¿Qué te pasa? –Laura me observa y algo en mi semblante la inquieta–. Ya hemos terminado, ¿no? Era lo que querías hacer y ha sido un éxito. Hemos cumplido con esta visita. Tu objetivo de conocer a Joel ha concluido. ¡Lo has logrado!

Es cierto. Ahora ya solo queda el seguimiento del juicio a tus agresores, Joel, que empieza mañana. Sin embargo, no me quito de la cabeza el impacto que me han supuesto las últimas novedades.

¿Por qué?

Cojo mi mochila y extraigo de ella mi viejo portátil.

–¿Qué haces? –pregunta Begoña.

–Necesito comprobar algo –contesto mientras enciendo el ordenador.

Las dos me miran, intrigadas.

He abierto la carpeta donde guardo todo el material sobre ti, Joel: noticias de prensa, textos tuyos del blog, imágenes de tu Instagram...

Recupero una fotografía fechada el día del crimen. Se trata de un plano general que algún periodista tomaría desde las gradas. Se ven policías, personal del colegio –incluso reconozco la figura de don José– y la taquilla utilizada para tu agresión, abierta ya fuera del agua, junto al bordillo de la piscina. Tu cadáver no está; se lo habrían llevado al Instituto de Medicina Legal pocos minutos antes.

Se distingue bien la muralla de taquillas. Compruebo que, en efecto, según la fotografía, el hueco que dejó la que emplearon contigo no es el de la número once, que tendría que ocupar la sexta posición de la fila superior, sino el de la primera.

Falta una única taquilla, la once, que es la que sacaron del agua. Todas las demás están. Y, sin embargo, el hueco libre es el que en circunstancias normales habría ocupado la número uno.

Lo que se ha publicado en los medios es que la taquilla que eligieron Iván y sus amigos fue la primera de la fila superior. Tiene sentido, es la que estaba más a mano, eso ya lo hablamos. No hay que olvidar que contaban con muy poco margen (el tiempo restante del recreo), y resulta mucho más difícil separar y arrastrar alguna de las que están en medio o cualquiera de las de abajo.

Por eso eligieron la primera: por agilidad. Una taquilla que tendría que haber sido la número uno, si hubieran estado en el orden correcto.

Y la número uno no se atasca.

Demoledor. Joel, si las taquillas hubieran estado bien colocadas, habrías sobrevivido.

Qué fuerte. ¿Estamos ante un supuesto de maldita casualidad? ¿El azar ha jugado un papel tan determinante en tu muerte?

Empiezo a dudarlo. Si el personal del colegio sabía que una taquilla se atascaba, si varios alumnos ya habían tenido problemas con la número once, cualquiera podía estar al tanto de eso.

Beltrán y Nacho, también.

Recupero las palabras de Iván cuando me describió cómo se había desarrollado todo: «Beltrán colocó la taquilla en el suelo mientras yo lo entretenía».

Beltrán. El meticuloso, el ordenado. El encargado de ayudar a Iván con los preparativos. El chico discreto que planifica desde las sombras.

La sospecha se abre camino dentro de mí.

–¿Qué ocurre? –Laura se impacienta–. ¿Has visto algo?

Las dos llevan varios minutos esperando, calladas junto a mí en este banco. Han querido respetar mi gesto de concentración, que les indica que algo no me cuadra.

Es evidente que no estoy tranquilo.

Amplío la foto y giro la pantalla del portátil para que puedan estudiar la imagen.

–¿Recordáis? –señalo el comienzo de la fila superior de taquillas, donde falta la que emplearon tus agresores–. Begoña, tal como nos dijiste cuando os enseñé mi plano, eligieron la primera taquilla. Por eso el hueco que se ve es el de la número uno, no el de la once.

–Ya –comenta Laura.

–¿Y...? –pregunta Begoña.

–Se confirma, entonces, que el día de la muerte de Joel, las taquillas uno y once estaban mal colocadas, ¿no?

Begoña no tiene claro adónde quiero ir a parar. En cambio, Laura –de nuevo nuestra complicidad– se ha erguido bruscamente. Acaba de anticiparse a una conclusión que yo ya manejo. Una conclusión inquietante.

–Alguien las intercambió –dice, sin aventurarse a llegar más lejos.

–No es la primera vez que se mueven las taquillas –Begoña intenta frenar nuestras suposiciones–. A veces las sacan de su sitio, las dejan más lejos... Siempre hay algún gamberro que se divierte así.

–Puedo admitir que un estudiante mueva una taquilla como broma, incluso que la saque de su lugar y la deje en el suelo –comienzo–. Pero ¿intercambiarla por otra?

–¿Para qué? –añade Laura, entrando de lleno en la cuestión esencial–. ¿Para qué iba a hacer eso alguien?

–Por hacer el tonto. No le deis más vueltas –Begoña insiste–. Los tíos son así.

En esta ocasión no me sirve su argumento, porque alguien interesado en intercambiar las taquillas necesitaría perder varios minutos por culpa de las fijaciones al tabique, lo que implica demasiado riesgo en un colegio donde tanta gente puede aparecer en cualquier momento.

No tiene ninguna lógica exponerse de ese modo a un castigo seguro, y menos entre un alumnado como el de tu colegio.

–Ese intercambio de taquillas no es complicado, pero requiere habilidad para hacerlo con prisa –opino–. Quien lo hizo debía de tener un buen motivo.

Begoña abre mucho los ojos, captando por fin nuestra hipótesis.

–Estáis insinuando que...

Incluso a mí me falta la respiración cuando me atrevo a compartirlo:

–A lo mejor la muerte de Joel no fue tan accidental.

–¡Imposible!

Begoña se muestra reticente a aceptar una teoría tan siniestra, que enturbia todavía más tu muerte, Joel. Entonces sí estaríamos ante un auténtico asesinato: con intención y alevosía.

–Es una acusación muy fuerte –dice–. Tal vez las taquillas ya estaban así cuando ellos llegaron.

Laura le da la razón:

–No podemos confirmar el tiempo que llevaban colocadas así, si es cierto que ya ha ocurrido otras veces.

Yo me quedo pensando. ¿Hemos llegado a un callejón sin salida? ¿Nos quedaremos para siempre con la duda de si realmente alguien quiso matarte y lo consiguió, Joel?

Un crimen perfecto, oculto bajo la apariencia de un homicidio imprudente.

–Begoña –me dirijo a ella–, ¿siempre utilizáis la misma taquilla cada vez que os toca natación?

–No, no hay taquillas asignadas. Cogemos cada uno la que vemos libre. Solo las usamos para las gafas, las chanclas... Lo demás se guarda en los vestuarios.

Interesante.

–Seguro que aquellos que alguna vez hayan elegido la once la evitarán –reflexiono en voz alta–, pero a alguien tiene que tocarle. Hay treinta, justo un grupo grande de clase.

–No lo sé. A mí no me ha pasado.

Me van quedando pocos minutos. Yo continúo dándole vueltas. Mi mente está acostumbrada a calibrar meticulosamente, a observar cada detalle, por insignificante que sea. Un error, cuando te planteas entrar en una casa ajena, puede resultar muy peligroso.

Y entonces se me ocurre una idea muy prometedora.

–Una cerradura que funciona mal no se atasca por completo en todas las ocasiones – comienzo–. Lo normal es que abrir y cerrar la taquilla número once haya sido siempre un engorro, que exija varios intentos, pero que solo de cuando en cuando se atasque por completo y haya que avisar al encargado.

–Don José lo ha comentado como si ocurriera con poca frecuencia –recuerda Laura–. «A veces», ha dicho.

–En caso contrario, ya la habrían cambiado –coincide Begoña–. Vale, de acuerdo.

Estoy tan concentrado que ni me entero de lo que ocurre a mi alrededor, en esta plaza. Para mí, ahora mismo, solo existen mi portátil, ellas y yo.

El problema es que los minutos siguen transcurriendo.

–Y, cuando metes tus cosas en una taquilla –prosigo–, te fijas en el número para no perderlas ni confundirlas con las de otro compañero. Por tanto...

–Por tanto –Laura termina por mí–, alguien utilizó la taquilla número once en las clases anteriores a la muerte de Joel y lo sabe.

–O, lo que es lo mismo –concluyo–, alguien puede confirmarnos si la taquilla número once estaba en su sitio habitual ese día.

–¡Venga ya! –Begoña se resiste; es demasiado terrible el desenlace al que nos dirigimos como kamikazes–. No soy capaz de recordar dónde he dejado el estuche esta mañana, como para acordarme del número de una taquilla que utilicé hace casi dos meses. Se os está yendo la olla.

–¿Tú crees? –no puedo reprimir un gesto calculador–. ¿Tan segura estás de que no recordarías haber utilizado una taquilla en la que murió un compañero tuyo horas después?

Los tres nos quedamos en silencio. Eso cambia la perspectiva. Radicalmente.

Conocemos cómo es la gente; es casi imposible que, cuando se conocieron los detalles de tu muerte, Joel, alguna de las personas que emplearon la taquilla número once esa mañana no haya estado comentando entre compañeros, en plan interesante, eso de «es la que yo utilicé justo antes de que metieran a Joel... Qué fuerte».

Lo sucedido ese día lo tendrá todo el mundo grabado en la memoria, luego alguien próximo a Begoña guarda la información que necesitamos.

Tanto ella como Laura están impresionadas ante las implicaciones de lo que estamos deduciendo, pero ya no hay vuelta atrás.

–¿Y ahora? –Laura es audaz; llegados a este punto, tampoco querrá detenerse–. ¿Dónde nos sitúa eso?

–Mañana comienza el juicio de Iván –les digo–. Si realmente sucedió lo que parece, esto lo puede cambiar todo.

A lo mejor tenemos en nuestras manos la llave que permitirá que los verdaderos responsables de este truculento plan no queden impunes.

–¿Y entonces? –la voz de Begoña suena tímida. Intuye que, por su condición de alumna de ese colegio, va a tener que jugar un papel protagonista en la nueva estrategia.

Yo miro a Laura. Si hay una persona que puede convencerla para que nos ayude, es ella. En cuanto capta mi gesto, lo entiende.

–Begoña, te necesitamos –la coge de las manos–. Eres la única que puede averiguar quién utilizó la taquilla número once ese día.

Ella se agobia. Es normal: la dimensión de tu muerte sigue creciendo ante nosotros, y Begoña no tiene la experiencia vital que te prepara para afrontar episodios tan oscuros.

–Pero es que yo...

Laura no está dispuesta a dejarle una vía de escape.

–Es por Joel –le dice–. Para que se haga justicia.

Se trata de un argumento rotundo, definitivo. Begoña no puede negarse, y no lo hace.

–Vale –acepta con resignación–. ¿Qué tengo que hacer?

Le damos un abrazo de agradecimiento. A continuación, yo le indico lo único que hay que explicar:

–Basta con que mañana compruebes qué horarios de natación hay los lunes a primera y segunda hora en tu colegio y empieces a preguntar en esos cursos. O mucho me equivoco, o enseguida sabrán decirte quién anda contando que fue el último en emplear la taquilla maldita.

* * *

Iván pasea solo en el patio. Hoy ha venido también a verle su familia, pero apenas ha querido estar con ellos. Su última sesión con el abogado ha terminado. Ya no queda nada por hacer salvo esperar.

Ahora camina con pasos rígidos, bajo una crispación que apenas se esfuerza en disimular.

No ha tenido noticias de la reacción de tu familia ante su carta, si es que ha llegado a su destino y tus padres han encontrado las fuerzas suficientes para leerla. Tal vez aún no ha sido entregada.

Es la hora de la merienda de la víspera de su juicio. Quedan catorce horas para que llegue el coche patrulla y se lo lleve de aquí. Catorce horas para que Iván se enfrente al tribunal y luche por su versión de los hechos.

No imagina que, mientras tanto, nosotros nos estamos dedicando a rastrear la verdad. Me sorprendo deseando que ojalá coincidan.

Solo hay una certeza: los testimonios que Beltrán y Nacho habrán preparado con sus abogados no le ayudarán. Ellos estarán dispuestos a hundirle con tal de salvarse.

Quizá Beltrán contaba ya con ello.

Sabes que no he olvidado en ningún momento lo que te hizo Iván, Joel. Sin embargo, un impulso me lleva a querer ayudarle. No voy a engañarme, hace días que me sucede. Mi conciencia se debate entre hacerlo o mantenerme al margen. Todo dependerá de la responsabilidad real que tuvo en los hechos.

Joel, quiero desentrañar lo que ocurrió durante tus últimos minutos de vida. Será mi homenaje final hacia ti.

Entonces, realmente, podrás descansar en paz.

Me acerco a Iván. Hace solo unas semanas, habría deseado que le vaya mal, que lo declaren culpable de asesinato y le caiga la pena máxima por lo que te hizo. Ahora, en cambio, ni yo mismo sé cómo quiero que termine esto para él. Ocurra lo que ocurra, nadie te devolverá la vida. Conforme avanzo en este oscuro episodio de tu muerte, las víctimas se

multiplican y el mal parece agazaparse. Ya no estoy tan seguro de quiénes juegan esta partida y quiénes son simples piezas sobre el tablero.

–Hola –mi saludo es breve. Debo comprobar si le apetece compañía.

–Hola, Dani. Ya me han contado que has vuelto a llegar tarde hoy.

Vaya, las noticias vuelan aquí.

–Ha sido por muy poco. Me lo han perdonado por esta vez. No creo que me lo metan en el expediente.

–Me alegro.

–Cómo lo llevas.

–Como puedo –se aparta el flequillo de la frente; levanta la cabeza y contempla el firmamento–. ¿Sabías que por asesinato me pueden caer hasta ocho años en régimen cerrado?

–¿Eso te ha dicho tu abogado?

Iván asiente.

–Por lo visto, lo de meter a Joel en la taquilla puede considerarse alevosía –le tiembla la voz– porque genera indefensión. Es un agravante en los casos de homicidio. Si la Fiscalía consigue convencer a la jueza de que, además, ha habido intención de matar a Joel, lo considerará asesinato.

Todo lo que me cuenta lo conozco ya, pero dejo que hable. Le vendrá bien desahogarse.

–Yo estoy dispuesto a aceptar mi responsabilidad en lo que hice, pero te juro que no fue un asesinato. Yo no pretendía que Joel acabara así, ni se me ocurrió que pudiera ocurrir.

Beltrán y Nacho declararán lo contrario, asesorados por sus abogados.

–Te creo.

Es la primera vez que me lo escucho decir en voz alta. La primera que lo admito ante ti, Joel. Hay gente que actúa por maldad pura, que disfruta con el daño que provoca. Pero no es el caso de Iván, aunque durante tantos días he deseado que así fuera. A estas alturas debo retroceder, considero que ya estoy convencido: lo de Iván fue torpeza, inconsciencia, la maldad patética –sí, también maldad– de quien se deja manipular sin siquiera detenerse a pensar en la posibilidad del dolor de la víctima.

Por eso debe pagar por ello, aunque no por lo que quizá les corresponde a otros.

–Sueno tremendo –continúa él–. ¿Cómo hemos llegado hasta aquí? Tengo la impresión de estar viviendo la pesadilla de otro. Yo estaba enfadado con Joel, nervioso. Me sentí... –no sabe cómo expresarlo y calla durante unos segundos–. Me superó la situación, simplemente. Ya te lo dije: por eso decidimos gastarle lo que veíamos como una simple broma. Ahora me doy cuenta de que no lo era –hace una pausa, le falta el aliento–. Parece que fue ayer cuando me echaba unas risas con Nacho y Beltrán en ese bar. En aquel momento, todo parecía mucho más inocente...

Vaya palabra ha elegido.

–Os sonaba inocente a vosotros –le aclaro–. Suele pasar con los acosadores. La perspectiva de la víctima es muy diferente.

Iván intenta rectificar:

–Me refiero a que nunca me planteé hacerle daño, y mucho menos que corriera ningún peligro.

–Hay daños que no son físicos, Iván. La humillación puede doler mucho más.

Su expresión es ahora de una tristeza inmensa.

–Ya lo he aprendido.

Un poco tarde. Yo vuelvo a aquella mañana que te atrapó para siempre, Joel:

–Tú querías llegar hasta el final con lo del bautismo de la piscina...

Iván coge aire de nuevo.

–Antes de que lo prohibieran, se hacía con todos los nuevos fichajes del fútbol y de otros deportes, sin que se enteraran los entrenadores. Jamás pasó nada. Puedes comprobarlo. ¿Cómo me iba a imaginar que la taquilla se atascaría?

–Bueno –lanzo mi anzuelo–. No era la primera vez que sucedía, ¿verdad?

–A mí no –su respuesta parece sincera–. Siempre dejo las cosas en las primeras taquillas y no he tenido ningún problema. Al contrario: están tan mal las bisagras, son tan viejos esos armatostes que, en cuanto te descuidas, se quedan con la puerta abierta.

–Excepto una.

Analizo su reacción. No exterioriza ninguna actitud sospechosa. Me escucha con naturalidad, sin ponerse en guardia.

–A veces, a algún compañero le ha costado abrir la suya –concede–. Puede ser.

Le quita importancia. Típico de los líderes: no se enteran de lo que pasa entre los compañeros grises de la clase. Para la gente como él son las taquillas mejor situadas, los asientos buenos en el autobús, el protagonismo en el patio...

Iván, con toda su apariencia de triunfador, no se entera de nada. Presa fácil de individuos como Beltrán.

–Me dijiste que, mientras hablabas con Joel, quien se encargó de poner la taquilla en el suelo fue...

–Beltrán.

–Ya veo. ¿Y por qué os situasteis en esa zona de la piscina? El muro de taquillas alcanza casi la otra escalerilla.

Iván se encoge de hombros.

–Llegué con Nacho. Beltrán ya estaba allí, esperándonos. Quizá se colocó en ese tramo de la piscina porque queda más cerca de los vestuarios.

Ese dato no me lo esperaba.

–Tenía la idea de que habíais acudido juntos. ¿No os reunisteis primero en el patio, al salir de clase, y de ahí fuisteis al pabellón?

–Ese era el plan. Pero poco antes de que sonara el timbre de la segunda hora, Beltrán tuvo que ir al baño. Por eso quedamos directamente en la piscina.

–¿Eso lo sabe tu abogado?

–Sí, sí. Se lo he contado todo.

Qué... providencial. Cuanto más hurgo en este asunto, peor me huele. Así que Beltrán dispuso de algo más de tiempo, a solas, en el recinto de la piscina. Me pregunto cuánto tiempo necesita un chico en buena forma para intercambiar dos taquillas vacías de la fila superior que se encuentran a una distancia una de otra de unos cuatro metros.

Beltrán conocía bien las instalaciones; sabía cómo coger esas taquillas, cómo desengancharlas y volverlas a colocar.

Y apuesto a que sabía cuál se atascaba, por supuesto.

Si efectivamente intercambió la número once por la número uno, tuvo que costarle alrededor de diez minutos.

Tuvo margen suficiente.

–¿Y por qué el lunes?

En realidad, no tenían prisa. Si te encontraste con Iván el sábado por la tarde, ¿a qué venía esa urgencia por escarmentarte?

–Beltrán lo sugirió para evitar que Joel siguiera molestándome.

Beltrán. Siempre Beltrán. Empiezo a hartarme de ver su sombra detrás de cada decisión.

–¿Ha acabado el interrogatorio? –Iván sonríe, pero es una sonrisa apagada.

–Has pasado la prueba, sí.

Bastante tendrá mañana.

Como no espabile, lo van a machacar.

Día 55

Ha llegado la fecha del juicio.

Yo no he podido escaparme del instituto para ir a ver a Laura y a Begoña. Me han llamado la atención por alguna de mis ausencias y, aunque no lo han comunicado al centro de menores, debo andarme con cuidado. Toca portarme bien aquí.

Da igual. Han venido ellas, ¡incluso Begoña! Es la hora del recreo.

Recibir su mensaje de wasap con esa propuesta ha sido toda una novedad, que he aceptado sin vacilar. No conocían este centro, pero ya veo que lo han encontrado.

Supongo que, para Begoña, llegar hasta aquí habrá sido como apuntarse a un safari en medio de la naturaleza salvaje. A ti quizá también te lo habría parecido, aunque tú tenías alma de explorador.

Y aquí están. Laura, más gótica que nunca, con su piel blanquísima y esos ojos negros como un abismo. Begoña permanece a su lado, ligera y primaveral, tal cual es ella, envuelta en sus ropas de tonalidades suaves. Me saluda y centellea la plata de sus anillos. Solo verlas me sube el ánimo, aunque nuestros semblantes reflejan la tensión que soportamos.

Nadie les ha impedido el paso, claro. En este instituto de la periferia, ningún perfil resulta extraño.

Me puede la curiosidad. ¿Habrá averiguado Begoña lo que necesitamos?

Mientras me aproximo a ellas estudio su rostro, a la caza de alguna señal que anticipe el motivo de esta visita tan repentina.

No descubro nada que me oriente, salvo su impaciencia. Da igual, no tardaré en salir de dudas.

Después de saludarnos con un par de besos, las conduzco hasta una zona de descanso donde podremos hablar con tranquilidad.

Begoña no pierde el tiempo:

–Tenías razón, Dani –reconoce–. Nadie ha olvidado lo que ocurrió ese día. Ha sido fácil encontrar a la persona que ocupó la taquilla número once.

–¿Y...? –no aguanto más.

–Me ha confirmado que aquel lunes, al menos a primera hora, la taquilla once estaba en su sitio y, efectivamente, se atascaba. A segunda hora no hubo clases de natación, así que la piscina no se utilizó. La programación semanal se puede consultar en la web del colegio.

Resoplo. Ahora sí que el enigma de tu muerte ha subido de nivel, Joel. La que se va a montar.

–¡Lo sabía! –no logro contenerme–. Quien esté detrás de esto no ha conseguido engañarnos.

–¿Y por qué don José no dijo nada a la policía? ¡Él vio el hueco donde debería haber estado la taquilla uno y sabía que la taquilla que había caído en la piscina era la once! –a Laura le sabe mal que haya pasado inadvertido un hecho tan comprometedor.

–No le habrían tomado en serio –le contesto.

Don José es como yo: otro de los invisibles, con los que nadie cuenta.

–Se callaron –Begoña habla con una seguridad sorprendente, el aplomo que provoca la rabia–. El colegio lo ocultó a propósito, ahora estoy convencida. Jamás admitirán que una presunta novatada acabó en tragedia por culpa de unas instalaciones en mal estado. Eso los convertiría en responsables de la muerte de Joel.

–Una cuestión de dinero y de prestigio –apoya Laura–. Es mucho más práctico que los alumnos carguen con todo a salir en los titulares por una negligencia así.

Tiene sentido; sobre todo porque desde el colegio ignoran que, en realidad, no se trata de una novatada.

–Sin pretenderlo, han ayudado a tapar la verdad –murmuro.

–¿Y entonces? –Begoña no puede parar quieta, se la ve cada vez más angustiada–. ¿Qué significa este descubrimiento?

Teme el alcance de las consecuencias, verse salpicada de algún modo por esta historia tan cruel que parece no terminar nunca. Noto que te echa mucho de menos, como Laura.

–Significa que la muerte de Joel no fue fruto de una vejación, de una broma de mal gusto, sino una ejecución –sentencio–. Alguien quería acabar con vuestro amigo y aprovechó la oportunidad que le brindaba la ira de Iván. Lo utilizaron.

Ella abre mucho los ojos.

–¿Quién? –Laura hace sus cálculos–. Tuvo que ser Beltrán, seguro.

Estoy de acuerdo.

–Nacho es quien se mantuvo más al margen –argumento–. Se vio arrastrado a esa locura por apoyar a su compañero de equipo. La estúpida camaradería. Beltrán, en cambio, era quien más animaba a Iván, el que tuvo la idea y el único que pudo preparar las taquillas. Yo tampoco tengo dudas. Tuvo que ser él.

La elección del día que le propuso a Iván para tu castigo no creo que sea casual. Beltrán consultaría el horario de la piscina en la web del colegio, como ha hecho Begoña. Lo único que necesitaba era que el pabellón estuviese vacío justo antes del recreo.

–Pero si Joel no le había hecho nada a Beltrán... –Begoña está al borde de las lágrimas–. No lo entiendo. ¿Lo preparó todo a conciencia? ¿Fue capaz?

Laura la abraza.

–No se trata de lo que Joel podría haberle hecho, sino de quién era, de qué era –les digo–. Beltrán no soportó enterarse de que tenía un compañero homosexual. Y actuó.

–Pero... –Laura tampoco alcanza a comprenderlo–. ¿Cómo iba a llegar tan lejos por un motivo así? No estamos hablando de que preparara a Joel una trampa para humillarlo o de unos insultos...

Ni siquiera, incluso, de una agresión física, lo sé. Esto va mucho más allá. Beltrán no es un simple compañero: su perfil auténtico va tomando forma en mi mente conforme avanzo en mis deducciones. Sin conocerlo, adivino en sus ojos la mirada de Cristian Pardo. Sí, apuesto a que, si algún día me lo cruzo, descubriré en él ese mismo brillo gélido, ese vacío en sus pupilas tan propio de los psicópatas.

Beltrán era peligroso mucho antes de que Joel se interpusiera en su camino, aunque se mimetizaba bien entre el alumnado pijo de vuestro colegio. Joel, has tenido la mala suerte de convertirte en el detonante que ha despertado los impulsos violentos que ese chico lleva dentro.

–Intuyo que la simple presencia de Joel la viviría Beltrán, a partir de ese momento, como

una amenaza –contesto–. El encuentro de aquel sábado fue lo que activó en él su odio hacia el diferente. Bajo su enfermiza visión, tenía que defenderse. Seguramente, Iván exageraría el encuentro con Joel, hablaría de que se le había echado encima...

–Si además estaban bebiendo... –concede Laura.

Asiento. Un cóctel mortal.

–Conozco a ese tipo de gente: Beltrán no soportaría la idea de compartir el día a día en el colegio con Joel, en la misma clase. Pero es inteligente: no se mancharía las manos. Por eso manipuló a Iván.

Pero le ha salido mal.

–¿Y ahora qué? –plantea Laura.

La veo con ganas de actuar. No quiere limitarse a seguir hablando. Este último descubrimiento nos ha provocado a los tres una furia que va creciendo en nuestro interior. Laura quiere venganza y yo también. Begoña está, sencillamente, abrumada.

Tenemos que ir contra el verdadero culpable, contra el cerebro que concibió ese monstruoso plan que acabó contigo.

No se saldrá con la suya.

–Le daremos esta información a Iván –propongo–. Para que su abogado la use durante el juicio. Su voz se escuchará mucho más que la nuestra.

Y debemos hacerlo rápido, antes de que el proceso avance.

Joel, nunca imaginé que terminaría ayudando a tu agresor en su defensa. Vaya un giro de los acontecimientos.

Iván me mira sin dar crédito a lo que le acabo de contar.

El inicio de su juicio ha sido muy duro para él, y ha regresado esta mañana al centro como si le hubiera pasado por encima una avalancha que arrastrara todo lo que vivió aquel día.

Y ahora llego yo con esta información brutal, que no logra asimilar.

–Así que llevas semanas investigando a Joel –empieza, incrédulo, mientras se deja caer en una silla del comedor–. Ahora me explico todo lo que sabes de él. ¿Por qué... por qué has hecho eso?

Su confusión le impide valorar aún las implicaciones reales de lo que acabo de compartir con él. Necesita aterrizar, y no me apetece justificarme. Lo que tenemos entre manos es mucho más urgente.

–¿Importa por qué lo he hecho, en tu situación? –yo también estoy nervioso–. Gracias a eso, hemos descubierto algo que puede ayudarte. ¿Te das cuenta? ¡Aprovéchalo!

Estas novedades suponen un vuelco vital en su defensa. Tiene que reaccionar o perderá. Y ya no habrá vuelta atrás.

De nuevo me descoloca esta situación: estoy ayudando a Iván. En el fondo, con lo que ahora sabemos, tengo la seguridad de que tú habrías hecho lo mismo, Joel. Perseguimos que se haga justicia y eso, de algún modo misterioso, nos une.

Iván, junto a mí, se va reponiendo.

–¿Que lo aproveche? –me pregunta–. ¿Te refieres a esa teoría absurda que acabas de contarme? ¿Pretendes que acepte que quien ha sido mi amigo durante estos años se ha convertido de pronto en un loco que me ha utilizado para acabar con Joel? ¡Es imposible que Beltrán sea capaz de eso!

Iván está sobrepasado. Se juega mucho en el juicio, y una maniobra nueva a estas alturas suena a apuesta a la desesperada. Casi puedo escuchar sus pensamientos: «¿Y si sale mal y me perjudica?». Ahora mismo no tenemos pruebas que apoyen la hipótesis que manejamos, por muy verosímil que resulte.

Tampoco es fácil para él asumir que se ha dejado manipular hasta ese punto.

–Beltrán no se ha convertido de pronto en un tipo frío y peligroso –le aclaro–. Esa gente siempre ha sido así. Lo que pasa es que lo ha estado ocultando... hasta que Joel se encontró contigo. Eso ha desatado sus impulsos.

Iván se levanta y comienza a caminar en círculos.

–Beltrán no se está portando bien conmigo, como tampoco Nacho, pero es porque tienen tanto miedo como yo –dice–. Quieren salvarse. En esto te equivocas, tienes que equivocarte. Me han decepcionado, me han traicionado, pero...

–Mírame a la cara y repítelo –acerco mi rostro al suyo–. Dime que me has escuchado y que no he conseguido, al menos, que dudes, que te lo plantees.

Iván se aparta. En sus pupilas leo un espanto que contesta a mi pregunta.

–¿Y de qué me sirve eso? –grita–. ¿Crees que os van a tomar en serio? Todo el mundo me ha condenado ya.

–A nosotros no nos creerán, Iván. Pero a tu abogado sí –vuelvo a aproximarme a él–. Sé que tienes visita con él dentro de un rato. Déjame acompañarte. Si tu abogado considera que no hay posibilidades de que estos indicios te ayuden, nos retiraremos y no volveré a sacar el tema. Te lo prometo. Pero dame la oportunidad de que me escuche.

Iván aprieta los labios. Se siente sometido a una presión insoportable.

Al fin, toma una determinación:

–De acuerdo –acepta–. Habla con él. Yo ya no puedo más.

La preparación que ha llevado a cabo durante los últimos días se ha ido al garete. Ahora se enfrenta a una nueva incertidumbre.

Este sí es mi último movimiento, Joel.

EPÍLOGO

Once meses después

Hola, Joel. Aquí estoy, ante el panteón donde descansas. Hace un día bonito, sin nubes. Sopla un ligero viento que mueve las ramas de los árboles sobre el camino de tierra. El cementerio está tranquilo, con esa quietud solemne que tanto me gusta.

Nos rodea un bosque de tumbas y sepulturas. No se ve a nadie cerca. Laura, con quien me sigo viendo, también disfrutaría del encanto melancólico de este paisaje.

Pero hoy no estoy aquí por eso.

No me encuentro solo. Me acompaña Iván, y un poco más allá aguarda su educador. A tu antiguo compañero le han autorizado esta salida en el centro de menores. Yo ya llevo meses en libertad. Hemos venido a verte. Para despedirnos definitivamente, Joel.

Ahora sí ha terminado todo. Por fin.

Podremos empezar una nueva etapa, dejar atrás esta pesadilla.

El proceso ha sido largo. Por suerte, el abogado de Iván nos creyó desde el primer momento y trasladó al tribunal los hechos descubiertos, lo que provocó una suspensión del juicio. Tal como nos contó el abogado, no había pruebas suficientes para sustentar la nueva acusación, y eso obligaba a una «instrucción complementaria» para llevar a cabo investigaciones adicionales.

Tendrías que haber visto la que se organizó. Menudo escándalo. Seguro que los medios de comunicación se frotaron las manos ante tanta carnaza. Vuestro colegio no consiguió tapar el giro de los acontecimientos, que se filtraban con una rapidez impresionante. Todo el mundo se metió de lleno en lo que se acababa de convertir en un crimen repleto de sabrosos ingredientes: conspiración, alevosía, manipulación, homofobia...

Tu muerte despertó el morbo de la gente. A mí me ha llegado a molestar semejante circo, sobre todo cuando comenzaron a exhibir detalles de tu vida. Qué falta de respeto hacia ti.

Las familias, el colegio, los periodistas, los expertos... Ha habido muchísima gente implicada. Por lo visto, incluso llamaron a un perito para que analizase el mecanismo de apertura de la taquilla número once. También hicieron recreaciones en el pabellón de la piscina para reproducir los hechos, y se llegó a cronometrar lo que duraba un intercambio de taquillas. El estudiante que guardó sus cosas en la taquilla número once esa mañana fue llamado a declarar, entre otros compañeros.

He perdido la cuenta de los interrogatorios que ha habido, pero puedo asegurarte que ni siquiera los psicólogos convocados por cada parte se pusieron de acuerdo. A lo largo de estos meses, según he ido leyendo en internet, se ha afirmado que tus tres compañeros actuaron durante la agresión de forma fría y calculadora, pero también se los ha calificado como impulsivos e inconscientes. Incluso se ha llegado a dudar de su salud mental, frente a los que opinan que sabían muy bien lo que hacían.

Sobre ti, perdona que te lo diga, también se han vertido todo tipo de comentarios: desde el que te ve como una inocente víctima, hasta el que te culpa de acosar sexualmente a Iván.

No te preocupes: la verdad ha prevalecido.

He aprendido la infinidad de interpretaciones que caben sobre un mismo episodio de la realidad y la forma obscena en que pueden adulterarse unos recuerdos.

Todo depende de lo que busque quien habla. El fin justifica los medios, supongo.

El líder de la agresión ha sido Iván para unos, Beltrán para otros. Nacho ha salido mejor parado en cuanto a reputación, pero ya no volverá a jugar al fútbol allí. Ha sido expulsado del equipo.

Lo que nadie esperaba es que se localizara a un testigo que os vio en la calle aquel sábado en el que os encontrasteis. Era el empleado de una cafetería, que contó lo que vio: vuestra discusión, el empujón que te dio Iván, cómo se marchó.

Enseguida comprobé que todo iba coincidiendo con la versión de tu compañero.

Sin embargo, nada parecía suficiente para inclinar la balanza a un lado o a otro. Yo no pude acudir al juicio, pero, por lo que he leído, eran todos abogados muy buenos. De los caros.

Llevaban tres meses de juicio y seguía sin haber pruebas sólidas que vinculasen a Beltrán con la taquilla defectuosa, lo que situaba a Iván muy cerca de un homicidio agravado.

Tanto la declaración de Beltrán como la de Nacho no se apartaron de la defensa prevista. Atacaron a Iván sin compasión: que si él los convenció, pero no querían; que si se puso agresivo cuando ya estabas en la taquilla y no les dejó acercarse; que si intentaron frenarle. Afirmaron que nunca supieron que Iván había decidido someterse al bautismo de la piscina, hasta que lo hizo. «Pensábamos que solo pretendía meterlo en la taquilla», insistían una y otra vez.

Cuando pienso que la idea de tirarte a la piscina se la dio Beltrán...

Y llegó el día en que Iván fue llamado a declarar. Según recogen los medios, estuvo sorprendentemente bien. Nadie se lo esperaba. Por lo que se ha visto en un vídeo, subió al estrado como un reo y bajó al terminar su intervención con una dignidad que hizo enmudecer al público de la sala.

Ahí empezó a cambiar el panorama.

Iván ha crecido con tu tragedia. Se ha convertido en alguien muy diferente, casi irreconocible. El peso de tu muerte lo ha vuelto más taciturno, pero al mismo tiempo le ha enseñado a afrontar la vida con la mirada al frente, aceptando las consecuencias de sus actos.

Se avergüenza de lo que te hizo, y así lo dijo. Ha pedido perdón.

Iván se ha negado a utilizar la carta que escribió a tus padres. Su abogado se empeñó en emplearla, pero él se ha mostrado inflexible: si tu familia, Joel, no hacía alusión a ella durante el juicio, él tampoco lo haría.

No quería que nadie pensara que la había escrito como una estrategia para el juicio. Sus disculpas y sus remordimientos eran sinceros.

Tu familia no ha respondido todavía a la carta. Quizá fue demasiado pronto para enviarla. Necesitan más tiempo, que la herida cicatrice. Y eso que el dolor por la muerte de un hijo no creo que desaparezca nunca.

Iván lo hizo bien durante su declaración, sí. Comenzó a hablar muy tenso, pero pronto encontró en su interior el aplomo que necesitaba. No sé de dónde lo sacó, tal vez de la tranquilidad de espíritu que le da el haber admitido ante sí mismo su propia culpa, el tener como único objetivo mostrar la verdad. Fue un ejemplo de serenidad y franqueza.

Y lo hizo sin perder el miedo, sabiendo a lo que se enfrentaba.

Los abogados de Beltrán y Nacho intentaron en vano conducirlo hacia afirmaciones que habrían resultado letales, pero supo esquivarlas. Nacho y Beltrán, bien aleccionados, no cayeron tampoco en las trampas que había preparado el abogado de Iván.

Hubo muchas lágrimas. De todos. Algunas más auténticas que otras.

Seguía sin haber pruebas suficientes para convencer a la jueza.

Nuevas comparecencias, nuevos testimonios.

Citaciones.

Y entonces ocurrió. Alguien pidió algo que nadie había considerado oportuno hasta ese momento: las grabaciones de una cámara de seguridad situada lejos del pabellón deportivo, en un extremo del patio del colegio, cuya orientación no permitía abarcar la zona del acceso a la piscina.

¿Qué utilidad podía tener?

Ninguna. Pero las pidieron.

Los expertos contratados por el abogado de Iván fueron analizando el material fotograma por fotograma. Revisaban cada detalle, incansables. La defensa de Iván se estaba quedando sin argumentos, se hubieran agarrado a un clavo ardiendo.

Se acababa el tiempo.

Y, cuando ya estaban a punto de rendirse, después de haber pasado las imágenes varias veces, lo vieron: se trataba de un breve reflejo en una ventana. Algo así de insignificante. Por lo que han contado, tuvieron que ampliar la imagen para confirmarlo.

No había duda: ocho minutos antes de que sonara el timbre del recreo, se distingue el reflejo de Beltrán caminando por el patio y entrando en el pabellón deportivo.

Era él, Joel.

Toda su versión, desmontada por tres segundos de grabación. Aquella prueba demostraba que Beltrán había tenido la oportunidad de mover las taquillas. Motivo, medios y oportunidad.

Ese descubrimiento no solo lo condenaba a él, sino que libraba a Iván y a Nacho de la sospecha de intencionalidad en tu muerte.

Las sentencias se han conocido hoy. Ha ido muy bien, teniendo en cuenta a lo que se enfrentaba Iván.

Beltrán ha sido declarado culpable de un delito contra la integridad moral, porque te humillaron al meterte en la taquilla, y, tal como he leído, de asesinato «por autoría mediata» (empleó a su presunto amigo como instrumento para su plan), al considerarse que tuvo intención de matarte, con los agravantes de alevosía y odio, ya que lo que le impulsó a hacerlo fue la homofobia. Le han caído ocho años de internamiento en régimen cerrado.

A Iván y a Nacho se les ha declarado culpables de un delito contra la integridad moral y de homicidio por imprudencia. La sentencia reconoce que no tuvieron intención de acabar con tu vida, Joel. Atendiendo a la manipulación que sufrieron, la jueza ha sido indulgente y los han condenado a dos años de internamiento en régimen semiabierto.

Teniendo en cuenta que a ese tiempo hay que descontar el que ya lleva Iván acumulado por las medidas cautelares, le queda poco para salir en libertad.

Podrá rehacer su vida. Está a tiempo.

Si no fuera porque tú sigues muerto, Joel, este sería un buen final.

Al menos espero que, allá donde estés, querido amigo a quien nunca conocí, brindes

porque hoy ha triunfado la justicia. Se ha sabido la verdad.

A mi lado, ahora, Iván se arrodilla y coloca un ramo de flores sobre la placa con tu nombre. Está llorando.

No hablamos entre nosotros porque nada queda por decir.

No te olvidaremos y yo seguiré celebrando tu recuerdo en compañía de Laura y Begoña, Joel.

Duerme, Endimión. Sueña. Ahora la Luna queda ya a tu alcance.

AGRADECIMIENTOS

Intruso es un proyecto que, de algún modo, nació de una tragedia real que leí en la prensa hace años, un episodio que me impactó y que ha terminado por conducirme hacia un territorio poco conocido: el de los delitos cometidos por menores. Para llevarlo a cabo he contado con la ayuda de varios amigos cuyo apoyo ha resultado imprescindible: Gabriel Brandariz, lector de confianza y cómplice en tantos desafíos; la doctora Asun Utande y Pepe Trívez, mi sabio favorito de la LIJ; Begoña Oro, a cuya hospitalidad debo, además, buena parte de la novela, y Paloma Muiña, responsable de una exquisita labor de edición. He de agradecer su generosidad, además, a Guille Montenegro, que me cedió varios contenidos de su Instagram, y, dado que la propia naturaleza de esta historia ha hecho que el proceso de documentación fuera complicado, también quiero destacar muy especialmente la valiosa colaboración de diferentes profesionales que desarrollan su labor en ese ámbito: Gonzalo García, trabajador social de dilatada trayectoria, que me ha acompañado con infinita paciencia a lo largo de todo el proceso; María Celorrio, Magistrada-Juez del Juzgado de Menores de Huesca, que se prestó a asesorarme sobre las cuestiones jurídicas, y Concha Ramo, psicóloga, que también aportó la perspectiva de su experiencia. Por último, mencionar a Paco Álvarez, cuya web sobre mitología me resultó muy útil para repasar la figura de Endimión.



DAVID LOZANO

Licenciado en Derecho por la Universidad de Zaragoza, máster en Comunicación y con estudios en Filología Hispánica, ha ejercido como abogado y en la actualidad compagina la escritura y la docencia con su labor como guionista para algunas productoras españolas. En 2006 obtuvo el XXVIII Premio Gran Angular de literatura juvenil con la novela *Donde surgen las sombras*, y en 2018, el XXVI Premio Edebé por su novela *Desconocidos*, cuya edición catalana también obtuvo en 2019 los premios Menjallibres y Protagonista Jove, así como el Frei Martín Sarmiento en lengua gallega. Finalista del Premio Edebé de Literatura Infantil con su novela *El ladrón de minutos*, es autor de la trilogía de fantasía gótica *La Puerta Oscura*. Especializado en el género de suspense, cuenta entre sus títulos más conocidos con las novelas *Hyde*, *Cielo Rojo* y *Valkiria*.



fundación sm

**La Fundación SM destina los beneficios
de las empresas SM a programas culturales
y educativos, con especial atención a los
colectivos más desfavorecidos.**

Si quieres saber más sobre los programas
de la Fundación SM, entra en
www.fundacion-sm.org

LITERATURASM.COM

Dirección editorial: Berta Márquez
Coordinación editorial: Paloma Muiña
Dirección de arte: Lara Peces
Cubierta: Julián Muñoz

© del texto: David Lozano Garbala, 2024

© Ediciones SM, 2024

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

www.grupo-sm.com

ISBN: 978-84-1182-425-5

Coordinación técnica: Iria Torres

Digitalización: ab serveis

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.